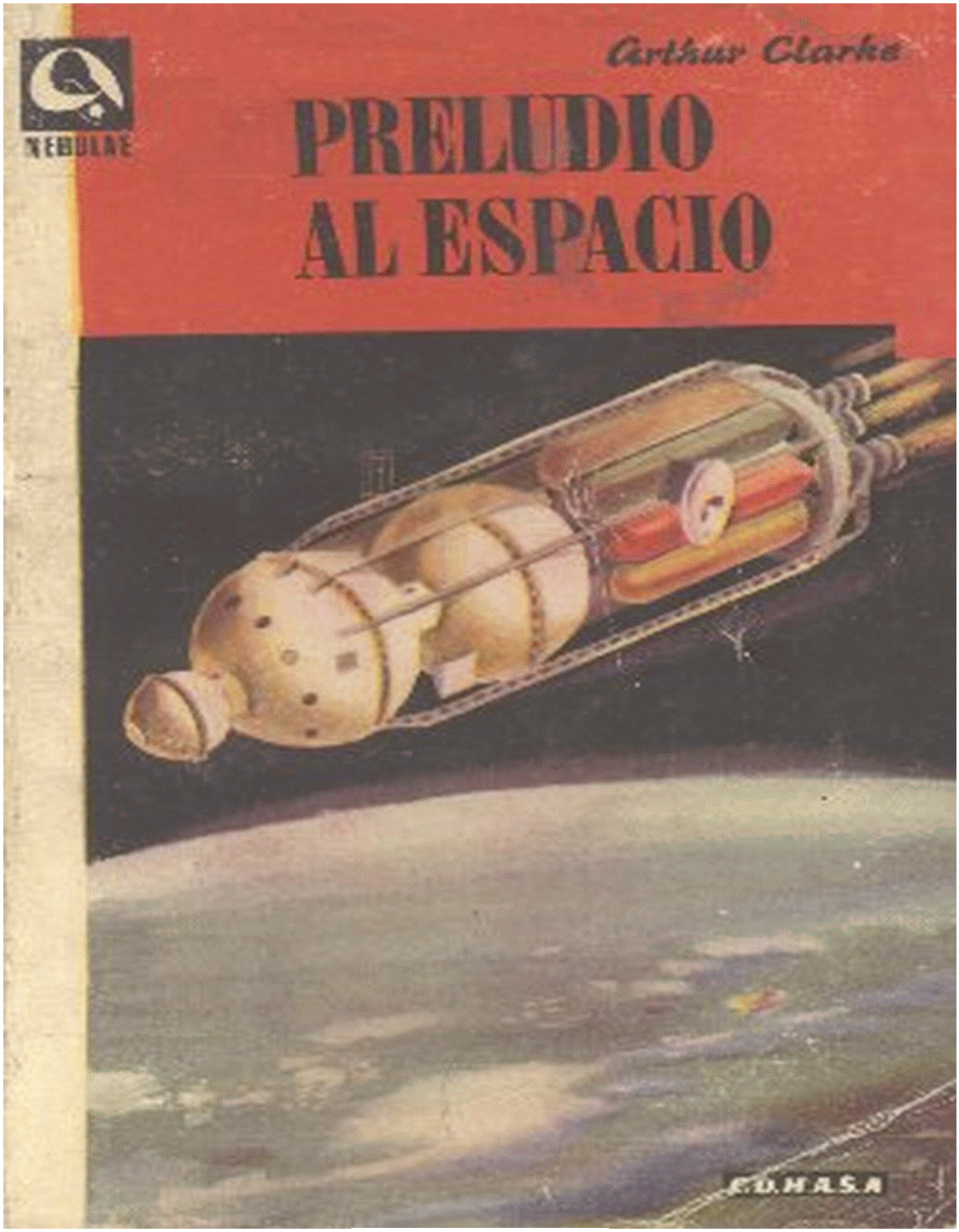
PRELUDIO AL ESPACIO

Arthur C. Clarke



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

En una longitud de cinco millas, recta como una flecha, la reluciente pista de metal se extendía sobre la faz del desierto en dirección al noroeste, a través del muerto corazón del continente y el océano que se extendía más allá. Sobre esta tierra, un día hogar de los aborígenes, se habían elevado muchas extrañas y rugientes formas durante la última generación. El mayor y más extraño de estos artefactos yacía ahora en el extremo de la pista de despegue, desde lo largo de la cual tenía que remontarse hacia el cielo.

En el desierto de aquel valle, formado por dos bajas colinas, había crecido una pequeña ciudad. Era una ciudad construida con un propósito, un propósito que estaba centralizado en los grandes tanques de reserva de combustible y la central de energía, situados al extremo de la larga pista. Allí se habían reunido ingenieros y científicos de todos los países del mundo. Y allí, el «Prometheus», primera de todas las naves del espacio, había sido montada durante los tres últimos años.

El Prometeo de la leyenda había traído a la Tierra el fuego del cielo. El «Prometheus» del siglo XX tenía que devolver el fuego atómico al hogar de los dioses y probar que el hombre, por su propio esfuerzo, se había liberado por fin de las cadenas que lo había sujetado a este mundo durante un millón de años.

Nadie, al parecer, sabía quién había dado su nombre a la nave del espacio. En realidad, no se trataba de una sencilla nave, sino que consistía en dos máquinas separadas. Con una notable falta de imaginación, los constructores habían bautizado los dos componentes con los nombres de «Alfa» y «Beta». Sólo el componente superior, «Alfa», era el verdadero cohete. «Beta», para darle su verdadero nombre, era un «athodyd hipersónico». La mayoría de la gente lo llamaban un expulsor atómico, lo cual era a la vez más sencillo y más expresivo.

Había un gran trecho entre las bombas volantes de la Segunda Guerra Mundial y «Beta» con sus doscientas toneladas, recorriendo el techo de la atmósfera a miles de millas por hora. Y, sin embargo, ambas operaban bajo el mismo principio: el empleo de la velocidad de avance para procurar la compresión del chorro. La principal diferencia residía en el combustible. V-1 había quemado gasolina; «Beta» quemaba plutonio y su radio de acción era prácticamente ilimitado. Mientras sus inyectores de aire podían captar y comprimir el tenue gas de la atmósfera superior, el horno al rojo blanco de la pila atómica lanzaría sus chorros. Sólo cuando, finalmente, él aire era demasiado tenue para crear energía o sostenimiento, la nave necesitaba inyectar en la pila el metano procedente de los tanques de combustible, convirtiéndose de esta forma en un verdadero cohete.

«Beta» podía salir de la atmósfera, pero no podía escapar nunca totalmente a la Tierra. Su tarea era doble. Primero tenía que transportar tanques de combustible a la órbita alrededor de la Tierra, e instalarlos girando alrededor de ella como diminutas lunas hasta que fuesen necesitados. Sólo una vez conseguido esto, la nave elevaría a «Alfa» en el espacio. La nave más pequeña se surtiría entonces del combustible de los

tanques en la órbita libre, y pondría en marcha sus motores para romper contacto con Tierra y emprender su viaje a Luna.

Girando pacientemente, «Beta» esperaría el regreso de la nave del espacio. Al final de su viaje de medio millón de millas, «Alfa» tendría escasamente suficiente combustible para maniobrar dentro de una órbita paralela. La tripulación y su equipo serían entonces transbordados a «Beta», que estaba esperando, la cual llevaría todavía suficiente combustible para devolverlos sanos a Tierra.

Era un plan complicado, pero incluso con la energía atómica era la única forma practicable de realizar un viaje circular alrededor de Luna con un cohete de un peso no inferior a muchos miles de toneladas, aún, tenía otras diversas ventajas. «Alfa» y «Beta» podían ser destinadas separadamente a llevar a cabo sus diferentes misiones con una eficiencia que ninguna simple nave, destinada a todos los propósitos, podría jamás esperar realizar. Era imposible combinar en una sola nave la facultad de volar a través de la atmósfera de Tierra y aterrizar en Luna carente de aire.

Cuando llegase el momento de realizar el próximo viaje, «Alfa» estaría todavía girando en torno a Tierra, para ser avituallada en el espacio y usada de nuevo. Ningún viaje posterior sería tan difícil como el primero. Con el tiempo habrían motores más eficientes, y más tarde aun, una vez hubiese sido fundada la colonia lunar, habría estaciones de servicio en Luna. Después de esto, la cosa sería fácil y el vuelo a través del espacio se convertiría en una empresa comercial, si bien todo esto no ocurriría antes de un siglo, si no más.

Entretanto, la nave «Prometheus», alias «Alfa» y «Beta», seguía reluciendo bajo el sol australiano mientras los técnicos trabajaban todavía en ellas. Los últimos dispositivos estaban siendo instalados y probados; el momento de iniciar su destino se estaba aproximando. Dentro de pocas semanas, si todo iba bien, transportaría las esperanzas y temores de la Humanidad a las solitarias profundidades que yacen más allá del cielo.

1

Dirk Alexson dejó su libro y subió el corto tramo de escalera hasta la cubierta de observación. Era todavía demasiado pronto para ver tierra, pero la proximidad del final del viaje lo había puesto inquieto e incapaz de concentrarse. Se acercó a las angostas ventanas circulares abiertas en el borde principal de la gran ala y se asomó sobre el informe océano que tenía bajo él.

Era totalmente imposible ver nada; desde aquellas alturas la más imponente tormenta del formidable Atlántico hubiera sido invisible. Estuvo algún tiempo contemplando la masa gris que tenía a sus pies y se dirigió a la instalación de radar de los pasajeros.

La ondulante línea de luz de la pantalla había comenzado a trazar los primeros tenues ecos en los límites de su alcance. La tierra estaba delante de ellos, a diez millas a sus pies y doscientas de distancia, la tierra que Dirk no había visto nunca, pese a que era para él más real

que el terreno donde había nacido. De aquellas ocultas playas, más de cuatro siglos antes, habían salido hacia el Nuevo Mundo sus antepasados en busca de fortuna y libertad. Ahora, él regresaba, atravesando en menos de tres horas las vastas extensiones que ellos habían surcado durante tantas semanas de hastío. Y venía con una misión en la cual, en su más fantasiosa imaginación, jamás hubiera podido soñar.

La imagen luminosa de Land's End había curado ya la mitad de la pantalla de radar antes de que Dirk hubiese dirigido la primera mirada a la costa que se acercaba, mancha negra casi perdida en las brumas del horizonte. A pesar de que no había sentido ningún cambio de dirección, sabía que la nave debía estar ahora deslizándose por la pendiente que llevaba al aeropuerto de Londres, a cuatrocientas millas de allí. Dentro de poco minutos volvería a oír, débil, pero infinitamente tranquilizador, el ronco zumbido de los grandes chorros a medida que el aire se espesaba a su alrededor y llevaba una vez más la música a sus oídos.

Cornualles era una gran mancha gris que se hundía a popa a demasiada velocidad, para que pudiese verse ningún detalle. Por lo que era capaz de juzgar, el rey Marke podría estar todavía esperando sobre aquellas crueles rocas la nave que tenía que traerle a Isolda, mientras en las colinas Merlín podía estar todavía hablando con los vientos y pensando en su sino. Desde aquellas alturas, la tierra debía ofrecer el mismo aspecto cuando los constructores pusieron la última piedra de las murallas de Tintagel.

Ahora la nave se deslizaba hacia una masa de nubes tan blancas y deslumbrantes que herían los ojos. Al principio parecían sólo rotas aquí y allá por algunas leves ondulaciones, pero ahora, a medida que se elevaban hacia él, Dirk se dio cuenta de que las montañas de nubes sobre las que volaba tenían unas proporciones dignas del Himalaya. Un momento después, los altos picos se elevaban por encima de él y la nave se dirigía hacia un ancho paso abierto entre dos altas paredes de nieve. Tuvo un estremecimiento involuntario al ver las dos grandes paredes blancas precipitarse hacia él, después relajó sus músculos cuando la blanca niebla los envolvió y no pudo ver nada más.

La capa de nubes debía ser muy espesa, porque tuvo apenas una cortísima visión de Londres y fue sorprendido por el suave choque del aterrizaje. Entonces los ruidos del mundo exterior llegaron precipitadamente a sus oídos; las voces metálicas de los altavoces, los cierres sonoros de las escotillas, y, por encima de todos ellos, la muriente caída de las grandes turbinas a medida que iban parándose para descansar.

El húmedo suelo de asfalto, los camiones que esperaban y las nubes grises que se cernían sobre ellos, desvanecieron las últimas impresiones de novela o aventura. Nevaba ligeramente, y cuando el diminuto y ridículo tractor remolcó la gran nave, sus relucientes flancos le dieron el aspecto de un monstruo de las profundidades del mar, más que del cielo que tenían encima. Sobre los alvéolos de los chorros flotaban pequeñas nubéculas de vapor que se convertían en agua sobre las alas.

Con gran alivio por su parte, Dirk se encontró en la barrera de la Aduana. Cuando su nombre fue comprobado en la lista de pasajeros, un hombre corpulento, de mediana edad, se acercó a él con la mano tendida:

—¿Doctor Alexson? Encantado de conocerlo. Mi nombre es Matthews. Tengo que llevarlo a la Central del Southbank y ocuparme de usted durante toda su estancia en Londres.

—Encantado de saberlo —dijo Dirk sonriendo—. ¿Supongo que esto se lo debo a McAndrews?

—Exacto. Soy su ayudante en Relaciones Públicas. Déme su maleta... Vamos a tomar el metro-exprés; es el medio más rápido, y el mejor, porque se entra en la ciudad sin tener que soportar los suburbios. No hay más que un hueso, sin embargo.

—¿Y cuál es?

—Quedaría usted sorprendido —dijo Matthews con un suspiro— al saber el número de visitantes que cruzan el Atlántico sin incidentes y desaparecen en el metropolitano sin ser vistos nunca más.

Matthews no esbozó la menor sonrisa mientras daba estas inverosímiles noticias. Como Dirk tenía que observar más tarde, su curioso sentido del humor parecía ir unido a una total incapacidad de sonreír. Era una combinación de lo más desconcertante.

—Hay una cosa de la cual no estoy claramente enterado —comenzó Matthews en el momento en que el largo convoy rojo arrancaba de la estación del aeropuerto—. Hemos tenido muchos científicos americanos que han venido a vernos, pero tengo entendido que la ciencia no es la especialidad de usted.

—No, yo soy historiador.

Las cejas de Matthews formularon una pregunta inaudible.

—Comprendo que le parezca un poco extraño —prosiguió Dirk—, pero es muy lógico. Durante el pasado, cuando se formó la historia, no había casi nadie capaz de escribirla debidamente. Hoy, desde luego, tenemos periódicos y películas, pero es sorprendente ver cuántos acontecimientos fueron omitidos simplemente porque en su tiempo todo el mundo los consideró naturales. Pues bien, el proyecto que están ustedes estudiando es uno de los más grandes de la historia y si sale adelante cambiará el futuro, como quizá ningún otro acontecimiento lo ha cambiado jamás. De manera que mi universidad ha decidido que tiene que haber un historiador profesional presente para llenar las omisiones que pudieran producirse.

Matthews asintió.

—Sí, es razonable. Será un agradable cambio para nosotros, los que no somos científicos tampoco. Estamos verdaderamente cansados de conversaciones en las cuales tres palabras de cada cuatro son símbolos matemáticos. Sin embargo, ¿supongo que debe usted tener un fondo de conocimientos técnicos considerable...?

Dirk lanzó un suspiro de perplejidad.

—Si tengo que decirle la verdad —confesó—, hace cerca de quince años que no me he dedicado a la ciencia; y además no la había tomado

nunca muy en serio tampoco. Tendré que ir aprendiendo lo que tenga que saber a medida que lo vaya necesitando.

—No se preocupe; tenemos un curso a alta presión para hombres de negocios fatigados y políticos perplejos, que le dará todos los conocimientos necesarios quedará usted sorprendido de ver todo lo que puede aprender con sólo escuchar las peroraciones de los Boffins.

—*¿Boffins?*

—¡Dios mío! ¿No conoce usted esta palabra? Viene de la guerra y significa estos tipos de científico de pelo largo con una regla de cálculo en el bolsillo. Creo mi deber avisarle de antemano que aquí tenemos un vocabulario que tendrá que aprender. Hay tantas ideas nuevas y conceptos en nuestro trabajo, que tenemos que inventar nuevas palabras. ¡Hubiera usted debido traer un filólogo también!

Dirk permanecía silencioso. Había momentos en que la enorme intensidad de su tarea casi lo avasallaba. En el transcurso de los seis próximos meses, el trabajo de miles de hombres durante medio siglo alcanzaría su culminación. Era su deber, y su privilegio, hallarse presente mientras se iba formando la historia en aquel desierto australiano en otro lado del mundo. Tenía que observar aquellos acontecimientos a través de los ojos del futuro, y consignarlos de forma tal que durante los siglos futuros otros hombres pudieran captar nuevamente el espíritu de aquella edad y tiempo.

Salieron a la superficie en la estación de New Waterloo y recorrieron a pie los pocos metros que los separaban del Támesis. Matthews había tenido razón al decir que aquella era la mejor manera de llegar a Londres por primera vez. La espaciosa extensión del nuevo muelle, que sólo tenía veinte años, llevó la mirada de Dirk río abajo hasta que fue detenida por la cúpula de San Pablo, reluciendo húmeda bajo un inesperado rayo de sol. Su mirada siguió el río corriente arriba, pasando por delante del gran edificio blanco antes de Charing Cross, pero los edificios del Parlamento eran invisibles detrás de la curva que describía el Támesis.

—¿Bonita vista, verdad? —preguntó Matthews—. Ahora estamos sumamente orgullosos de ella, pero hace treinta años todo esto era una horrible amalgama de muelles y orillas de barro. A propósito..., ¿ve usted aquel barco, allí?

—¿Quiere usted decir el que está amarrado en la otra orilla?

—Sí, ¿sabe usted qué es?

—No tengo la menor idea.

—Es el *Discovery,* que llevó al capitán Scott al Antártico a principio de siglo. Con frecuencia me lo miro cuando voy a trabajar, y me pregunto qué debería pensar del viajecito que estamos proyectando.

Dirk miraba intensamente el gracioso casco de madera, los esbeltos mástiles y la maltrecha chimenea. Su mente evocó imágenes del pasado y le parecía ver aquella embarcación deslizándose por entre altas montañas de hielo en un país desconocido. Comprendía los sentimientos de Matthews, y la sensación de continuidad histórica fue súbitamente muy fuerte. La línea que se extendía a través de Scott

hasta Drake y Raielgh, y aun a viajeros anteriores, seguía intacta; sólo la escala de las cosas había cambiado.

—Aquí lo tiene —dijo Matthews en un tono de orgullosa excusa—. No es tan impresionante como hubiera podido ser, pero no teníamos mucho dinero en aquellos tiempos. Lo cual no quiere decir que lo tengamos ahora...

El alto edificio blanco de tres pisos, que se hallaba frente al río, era de una arquitectura sin pretensiones y había sido visiblemente construido hacía sólo algunos años. Estaba circundado por grandes espacios abiertos, escasamente cubiertos por una mezquina hierba. Dirk supuso que habían sido ya destinados a futuras edificaciones. La hierba parecía haberse dado cuenta de ello también.

Sin embargo, pese a aquellos edificios administrativos, la Central no carecía de atractivos y la vista sobre el río era indiscutiblemente muy bella. A lo largo del segundo piso había una línea de letras, tan claras y prácticas como todo el resto del edificio. Formaban una sola palabra, pero al verla Dirk sintió una curiosa palpitación en sus venas. Parecía, en cierto modo, fuera de lugar, allí, en el corazón de aquella urbe, en la que millones de hombres estaban constantemente absorbidos por los problemas de la vida cotidiana. Estaba tan fuera de lugar como el *Discovery,* amarrado al lejano muelle, al final de su largo viaje; y hablaba de un viaje más largo que el que él o barco alguno hubiese realizado jamás:

INTERPLANETARIO

2

El despacho era pequeño, y tenía que compartirlo con dos dibujantes jóvenes; pero dominaba el Támesis, y cuando estaba cansado de sus anotaciones y ficheros, Dirk podía descansar sus ojos sobre la gran cúpula que flotaba por encima de Ludgate Hill. De cuando en cuando aparecían Matthews o su jefe para hacer un poco de conversación, pero, en general, lo dejaban tranquilo, sabiendo que éste era su deseo. Anhelaba ser dejado en paz hasta haber estudiado y profundizado los centenares de memorias y libros que Matthews le había procurado.

Había un largo espacio de tiempo desde el Renacimiento italiano hasta el Londres del siglo veinte, pero la técnica que había adquirido cuando escribió su tesis sobre Lorenzo el Magnífico le era ahora de gran utilidad. Era capaz de decir, casi con una sola mirada, lo que carecía de importancia y lo que tenía que ser estudiado cuidadosamente. Al cabo de pocos días la línea general de la historia estaba completa y pudo comenzar a llenarla en detalle.

El sueño era más antiguo de lo que él había supuesto. Dos mil años antes los griegos habían imaginado que la Luna era un mundo no muy diferente de la Tierra, y durante el siglo dos d.C. el satírico Luciano escribió la primera de todas las novelas interplanetarias. Habían sido necesarios más de diecisiete siglos para salvar el abismo entre la ficción y la realidad, y la mayor parte del progreso sabía sido realizado durante aquellos últimos cincuenta años.

La era moderna había empezado en 1923, cuando un oscuro profesor, natural de Transilvanía, llamado Hermano Oberth, publicó un libelo llamado *El Cohete en el Espacio Interplanetario.* En él desarrollaba por primera vez las matemáticas del vuelo por el espacio. Hojeando uno de los raros ejemplares existentes, a Dirk le parecía difícil creer que una superestructura tan enorme hubiese brotado de tan frágil principio. Oberth, ahora un anciano de 84 años, había iniciado la reacción en cadena, que tenía que llevar, todavía en Vida de él, a la travesía del espacio.

Durante el decenio que precedió la Segunda Guerra Mundial, los discípulos alemanes de Oberth habían perfeccionado el cohete de combustible líquido. Al principio también ellos habían soñado en la conquista del espacio, pero el sueño había sido olvidado con la subida de Hitler. La ciudad sobre la cual Dirk con tanta frecuencia se asomaba, llevaba todavía las cicatrices de los tiempos, hacía treinta años, en que los grandes cohetes habían caído procedentes de la estratosfera en el torbellino de un aire contaminado.

Menos de un año después se había producido aquel horrendo amanecer en el desierto de Nuevo México, cuando pareció que el Río del Tiempo se hubiese detenido por un momento, para convertirse en espuma y lluvia formando un nuevo cauce hacia un futuro cambiado y desconocido. Con Hiroshima había venido el final de la guerra y el final de una era; la energía y la máquina se habían juntado por fin, y la ruta del espacio aparecía abierta ante los hombres.

Había sido una ruta muy abrupta y se requirieron treinta años para treparla, treinta años de triunfos y desalentadoras decepciones. Mientras iba conociendo a los hombres que lo rodeaban, mientras escuchaba sus relatos y sus conversaciones, Dirk iba llenando lentamente su memoria con detalles personales que ni los archivos ni los sumarios podían jamás aportar.

«El cuadro de televisión no era muy bueno, pero cada pocos segundos iba mejorando y conseguimos una buena imagen. Aquella fue la mayor emoción de mi vida, pues había sido el primer hombre en ver el otro lado de la Luna. Ir allá será un poco difícil.

»...la explosión más terrible jamás vista. Cuando nos levantamos oí a Goering que decía: «Si es esto lo mejor que sabéis hacer, le diré al Führer que todo esto es malgastar dinero.» Hubiera usted tenido que ver la cara de von Braun...

»El KX 14 sigue allá arriba; describe una órbita cada tres horas, lo cual es exactamente lo que nos proponíamos; pero el maldito transmisor de radio falló al lanzamiento de manera que no hemos conseguido las indicaciones de los instrumentos.

»Yo estaba observando a través del reflector de doce pulgadas cuando la carga de polvo de magnesio alcanzó la Luna a unos cincuenta kilómetros de Aristarchus. Puede ver el cráter que produjo si dirige una mirada sobre la puesta de sol.»

Algunas veces Dirk envidiaba a aquellos hombres. Tenían un propósito en la vida, aunque fuese uno que él no podía plenamente comprender. Expedir sus grandes máquinas a centenares de miles de millas en el espacio tenía que procurarles una sensación de potencia. Pero la energía era peligrosa y con frecuencia se descomponía. ¿Podía confiarse en ellos con todas las fuerzas que aportaban al mundo? ¿Podía el mismo mundo ser digno de confianza estando ellos en él?

Pese a su fondo científico, Dirk no era completamente ajeno al temor de la ciencia que había sido el factor común desde los grandes descubrimientos de la era Victoriana. En aquel nuevo ambiente se sentía no solamente aislado sino a veces un poco nervioso. La escasa gente con quien hablaba era invariablemente cortés y deferente, pero una cierta timidez y su ansia de dominar el fondo de su misión en el tiempo más breve posible lo mantenía alejado de toda relación social. La atmósfera de la organización le gustaba, ya que era casi agresivamente democrática, y más tarde le sería muy fácil conocer a todos los que quisiera.

De momento, el contacto de Dirk con todos los que no perteneciesen al Departamento de Relaciones Públicas, se reducía a la hora de las comidas. La pequeña cantina del Interplanetario era frecuentada, por turnos, por todo el personal, desde el Director-General hacia abajo. Era dirigida por un comité muy osado con fuerte tendencia a la experimentación, y si bien accidentalmente se producían catástrofes culinarias, la comida era en general muy buena. Por lo que Dirk podía decir la jactancia del «Interplanetario» de ser la mejor cocina de Southbank estaba plenamente justificada.

Como la hora de la comida de Dirk, como la Pascua de Resurrección, era movible, veía generalmente una nueva serie de rostros cada vez y no tardó en conocer de vista a la mayoría de los más importantes miembros de la organización. Nadie prestaba atención a él; el edificio estaba lleno de aves de paso de las universidades y firmas comerciales de todo el mundo y era evidente que era tomado por un científico más de visita.

Su colegio, a través de las ramificaciones de la Embajada de los Estados Unidos, había conseguido encontrarle un modesto piso a unos cuantos centenares de metros de Grosvenor Square. Cada mañana se dirigía a la estación del metro de Bond Street y se trasladaba a Waterloo. Poco tardó en aprender a eludir las aglomeraciones de la mañana y al poco tiempo era el último en llegar al centro Interplanetario. Las horas descentradas eran frecuentes en Southbank; si bien Dirk algunas veces permanecía en el edificio hasta medianoche y constantemente sentía a su alrededor sonidos de actividades, generalmente procedentes de las secciones de investigación. Algunas veces, a fin de aclararse la cabeza y hacer un poco de ejercicio, salía a dar un paseo por los desiertos corredores, tomando mentalmente nota de los departamentos interesantes que un día podría visitar oficialmente. Aprendió mucho más sobre aquella casa de esta forma que a través de los complicados y tan corregidos documentos de la

organización que Matthews le había procurado, y volvía siempre a reclamarle.

Con frecuencia Dirk pasaba por delante de puertas entreabiertas que dejaban ver laboratorios descuidados y talleres mecánicos en los cuales taciturnos técnicos observaban equipos e instrumentos que sin duda alguna se negaban a funcionar. Si la hora era ya avanzada, el espectáculo quedaba suavizado por el humo del tabaco, e invariablemente por una tetera eléctrica que ocupaba el sitio de honor en el fondo de la habitación. Accidentalmente, Dirk llegaba en el momento de un triunfo técnico y si no tomaba sus precauciones era probable que se viese invitado a compartir el ambiguo líquido que los ingenieros estaban continuamente elaborando. De esta forma llegó a cambiar su saludo con mucha gente, pero conocía escasamente una docena de personas a quienes pudiese dirigirse por su nombre.

A los treinta y tres años, Dirk Alexson se sentía todavía un poco nervioso entre la gente que lo rodeaba durante su trabajo cotidiano. Había sido más feliz en el pasado, entre sus libros y aun cuando había viajado mucho a través de los Estados Unidos, había pasado casi toda su vida en círculos académicos. Sus colegas reconocían en él al trabajador constante y capacitado, con un olfato casi intuitivo para la solución de situaciones complicadas. Nadie sabía si llegaría a ser un gran historiador, pero su estudio sobre los Medicis había sido aceptado y reconocido en su justo valor. Sus amigos no fueron jamás capaces de comprender como un hombre de la plácida disposición y temperamento de Dirk pudo analizar tan minuciosamente los motivos y conducta de la incendiaria familia.

Una mera casualidad, al parecer, lo había llevado de Chicago a Londres y se daba todavía perfecta cuenta del hecho. Hacía algunos meses que la influencia de Walter Poter había empezado a desvanecerse; el exiguo y atestado escenario del Renacimiento Italiano iba perdiendo sus encantos... si una palabra tan plácida podía ser aplicada a aquel microscomos de intrigas y asesinatos. Aquel no había sido su primer cambio de interés puesto en un tema y temía que no sería tampoco el último, porque Dirk Alexson estaba todavía buscando un tema al que pudiese consagrar su vida. En un momento de depresión había confiado al Dean de la Universidad que probablemente sólo el futuro podía ser un tema que tuviese un verdadero atractivo para él. Esta casual y medio seria queja, había coincidido con una carta de la Fundación Rockefeller y antes de que se diese cuenta de ello Dirk estaba en camino hacia Londres.

Durante los primeros días se encontró obsesionado por el fantasma de su incapacidad, pero pronto se dio cuenta de que aquello ocurría cada vez que uno iniciaba una nueva actividad y no tardó en dejar de ser una preocupación. Al cabo de una semana se dio cuenta de que tenía una clara visión del ambiente y organización en medio de la cual tan inesperadamente se había encontrado. Su confianza comenzó a renacer y con ella su tranquilidad.

Desde los tiempos de sus primeros estudios, Dirk había llevado un diario, con frecuencia descuidado, salvo en determinadas crisis, y ahora

empezó de nuevo a consignar sus impresiones sobre los acontecimientos cotidianos de su vida. Estas notas, escritas para su propia satisfacción, le permitían controlar sus pensamientos y podían servirle más tarde como base de la historia oficial que tenía un día que escribir.

«Hoy, 3 mayo 1978. Llevo en Londres exactamente una semana y no he visto de la ciudad más que las zonas que circundan Bond Street y Waterloo. Cuando hace buen tiempo, Matthews y yo solemos ir a dar un paseo por los bordes del río después de almorzar. Cruzamos por el puente a Nuevo (que hace sólo cuarenta años fue construido) y seguimos hacia abajo de la corriente según nuestra fantasía, volviéndolo a cruzar por Charing Cross o Blackfriars. Hay una serie de variaciones, de acuerdo con el reloj o contra el reloj.

»Alfred Matthews tiene unos cuarenta años, y lo he encontrado muy servicial. Tiene un sentido del humor extraordinario, pero no lo he visto jamás sonreír; es más serio que una sartén. Al parecer conoce perfectamente su oficio, mucho mejor, diría yo, que McAndrews quien, no obstante, pasa por su jefe. Mac tiene diez años más que él; se graduó, como Alfred, a través del periodismo, en relaciones públicas. Es un hombre delgado con cara de hambre y generalmente habla con un ligero acento escocés, que se desvanece completamente cuando se excita. Esto seguramente debe probar algo, pero no sé qué. No es un mal compañero, pero no sé si es muy inteligente. Alfred hace todo el trabajo y me parece que no hay mucho cariño entre los dos. Algunas veces es un poco difícil mantenerse en buenas relaciones con ambos a la vez.

»La semana próxima tengo intención de comenzar a conocer más gente y salir un poco más. Tengo especial interés en conocer las tripulaciones, pero me mantengo apartado del camino de los científicos hasta que entienda un poco más en caminos atómicos y órbitas interplanetarias. Alfred va a ponerme al corriente de todo esto la próxima semana; por lo menos así lo dice. Lo que también espero averiguar es, en primer lugar, como pudo formarse una entidad tan extraordinariamente híbrida como este Interplanetario. Parece un convenio típicamente británico y no hay casi nada consignado sobre papel acerca de su formación y orígenes. Toda esta institución es una amalgama de paradojas. Existe en una nación de bancarrota crónica y no obstante es responsable de un gasto de unos diez millones al año (libras, no dólares). El Gobierno tiene muy poco que decir en su administración y bajo muchos conceptos parece tan autócrata como la B.B.C. Pero cuando es atacado en el Parlamento (lo cual ocurre un mes por otro), siempre se levanta algún ministro para defenderlo. Quizá, después de todo, Mac es mejor organizador de lo que yo imagino.

»He dicho «británico», pero desde luego no lo es. Más de una quinta parte de su personal es americano, y en la cantina he oído todos los acentos imaginables. Es tan internacional como el Secretariado de las Naciones Unidas si bien los ingleses aportan la mayor parte de las fuerzas motrices del personal administrativo.

La razón de esto, la ignoro; quizá Matthews podría explicármelo.

Otra cosa extraña; aparte de sus acentos, es sumamente difícil ver diferencia alguna entre las diferentes nacionalidades que se reúnen aquí. ¿Es ello debido a la... digámoslo así... la naturaleza supranacional de su trabajo? Y si sigo aquí el tiempo suficiente, supongo que me sentiré desarraigado también.»

3

—Me estaba preguntando —dijo McAndrews— cuándo me haría usted esta pregunta. La respuesta es bastante difícil.

—Me sorprendería mucho —respondió secamente Dirk— que fuese tan complicada como las maquinaciones de la familia Medicis.

—Quizá no; hasta ahora no hemos echado mano del asesinato, a pesar de que hemos sentido con frecuencia el deseo. Mis Reynolds, ¿quiere usted tomar nota de las llamadas mientras hablo con el doctor Alexson? Gracias.

»Bien, como usted sabe los fundamentos de la astronáutica, la ciencia del viaje por el espacio, quedaron bastante bien establecidos a finales de la segunda Guerra Mundial. La V-2 y la energía atómica convencieron a la mayoría de que el espacio podía ser cruzado, si alguien quería intentarlo. Hubo varias sociedades, en Inglaterra y en los Estados Unidos que propalaron la idea de que teníamos que ir a la Luna y a los planetas. Se hicieron lentos pero progresivos avances hasta 1950, que fue cuando las cosas comenzaron realmente a progresar.

»En 1959, como puede usted... quizá recordar, el Ejército Americano mandó el proyectil dirigido «Orphan Annie», a la Luna con una carga de veinticinco libras de pólvora explosiva a bordo. A partir de aquel momento el público comenzó a darse cuenta de que el viaje a través del espacio no era cosa de un remoto futuro, sino que podía realizarse en el curso de esta generación. La Astronomía comenzó a situar la Física Atómica como la Ciencia Número Uno, y las listas de los socios de las sociedades de cohetes comenzaron a llenarse gradualmente. Pero una cosa era mandar un proyectil no ocupado por el hombre a la Luna y otra, muy diferente, aterrizar en ella con una nave del espacio de gran tamaño y regresar a la Tierra. Algunos pesimistas creyeron que la tarea podía tardar todavía unos cien años más.

»Había en este país un gran número de personas que no tenían intención de esperar tanto tiempo. Creían que la travesía del espacio era tan esencial para el progreso como lo había sido el descubrimiento de América cuatrocientos años antes. Aquello abriría nuevas fronteras y daría a la raza humana una meta tan retadora que anularía las diferencias nacionales y situaría los conflictos raciales del anterior siglo XIX en su verdadera perspectiva. Las energías que se hubieran podido desplegar para las guerras serían totalmente aplicadas a la colonización de los planetas..., lo cual podía dar ocupación para varios siglos. Esta era, en todo caso, la teoría.»

McAndrews sonrió ligeramente.

—Había, desde luego, muchos otros motivos. Ya sabe usted lo inquieto que fue el primer período de los años 50. El cínico argumento

en pro del vuelo del espacio fue resumido en la famosa frase: «La energía atómica hace el viaje interplanetario, no sólo posible, sino imperativo». Mientras quedase reducida a la Tierra, la humanidad tenía demasiados huevos, en una cesta demasiado frágil.

»Todo esto fue comprendido por un curioso grupo de científicos, escritores, astrónomos, editores y hombres de negocios de la vieja Sociedad Interplanetaria. Con un capital muy limitado se empezó la publicación del *Spacewards,* que se inspiró en el éxito de la revista de la «American National Geographic Society». Lo que esta entidad había hecho para la Tierra, podía, se afirmaba, ser hecho para el sistema solar. *Spacewards* era una tentativa de hacer al público accionista, por decirlo así, de la conquista del espacio. Aquello creó un nuevo interés en la astronomía, y los que se suscribieron tuvieron la sensación de que estaban ayudando a financiar el primer vuelo al espacio.

»El proyecto no hubiera tenido éxito unos años antes, pero lo época estaba ya madura para él. En pocos años hubo cerca de un cuarto de millón de suscriptores en todo el mundo y en 1962 fue fundado el «Interplanetary» para consagrar todo su tiempo a las investigaciones y estudio de los problemas del vuelo a través del espacio. Al principio la entidad no podía ofrecer los salarios de los grandes establecimientos de cohetes patrocinados por el Estado, pero lentamente fue atrayendo a los grandes científicos del ramo. Preferían trabajar en un proyecto constructivo, incluso a un salario inferior, a fabricar proyectiles para transportar bombas atómicas. En los primeros tiempos la organización fue ayudada también por una o dos de las tormentas financieras. Cuando el último millonario inglés murió en 1965, privó al Tesorero de casi toda su fortuna convirtiéndola en un Trust para nuestro uso.

»Desde el principio, el Interplanetario fue una organización mundial, y es debido en gran parte a un accidente histórico que su Cuartel General se halle hoy en Londres. Hubiera podido perfectamente situarse en América y son muchos sus compatriotas que están todavía contrariados de que no sea así. Pero por una u otra razón, ustedes, los americanos, han sido siempre un poco escépticos respecto al vuelo espacial y no lo tomaron en serio hasta bastantes años más tarde que nosotros. Sin embargo, los alemanes nos batieron a los dos.

»Debe recordar usted también, que los Estados Unidos son un país demasiado pequeño para la investigación astronómica. Sí, ya sé que esto puede parecer extraño, pero si mira usted un mapa de la población comprenderá lo que quiero decir. Hay sólo dos sitios en el mundo realmente apropiados para la investigación del cohete de largo alcance. Uno es el desierto de Sahara, y aún éste está demasiado cerca de las grandes ciudades de Europa. El otro es el gran desierto de Australia Occidental, donde el Gobierno británico comenzó a construir su cohete de gran alcance en 1947. Tiene más de mil mullas de longitud, y detrás de él hay dos mil millas más de océano, dando un total de más de tres mil millas de extensión. En todos los Estados Unidos no encontrará usted un solo lugar donde se pueda lanzar con seguridad un cohete ni tan sólo a quinientas millas. De manera que es en parte un accidente geográfico la causa de que las cosas hayan sucedido de esta forma.

»¿Dónde estaba? ¡Ah, si...! hacia 1960 o cosa así. Fue a partir de entonces cuando empezamos a ser verdaderamente importantes, y esto por dos razones generalmente ignoradas. Por aquel tiempo, toda una sección de la Física Nuclear se había parado en seco. Los científicos del Departamento Atómico creyeron que podían iniciar la reacción helio-hidrógeno —y no me refiero a la reacción «tritium» de la vieja bomba H—, pero el experimento crucial había sido muy cuerdamente desterrado. ¡Hay verdaderamente demasiado hidrógeno en el mar! De manera que los físicos nucleares permanecían sentados mordiéndose las uñas hasta que nosotros pudiésemos construirles laboratorios en el espacio. En estas condiciones, no tenía importancia que algo ocurriese. El sistema solar adquiriría meramente un segundo y sumamente efímero sol. El D.D.A. quería también que suprimiésemos los productos peligrosos de fusión de las pilas, que son demasiado radiactivos para ser conservados en Tierra, pero que pueden ser útiles algún día.

»La segunda razón no era tan espectacular, pero era quizá de una importancia más inmediata. Las grandes compañías de radio y telégrafo *tenían* que ir al espacio; era la única manera de que pudiesen transmitir la televisión sobre el mundo entero y procurar un servicio universal de comunicaciones. Como usted sabe, las ondas muy cortas de radar y televisión no se inclinan alrededor de la Tierra, recorren líneas prácticamente rectas, de manera que cada estación sólo puede mandar señales hasta el horizonte. Se habían construido enlaces aéreos para solventar esta dificultad, pero pronto se vio que la solución definitiva sólo se encontraría cuando se pudiesen construir estaciones de repetición a miles de millas encima de la Tierra; lunas artificiales describiendo probablemente órbitas de veinticuatro horas, de forma que pareciesen estacionarias en el cielo. No me cabe la menor duda de que ha leído usted ya mucho sobre este proyecto de manera que no entraré en detalles sobre él.

»Así, pues, sobre 1970 teníamos el apoyo de algunas de las mayores organizaciones técnicas del mundo, con unos fondos prácticamente ilimitados. *Tenían,* pues, que acudir a nosotros, puesto que disponíamos de todos los técnicos. En los primeros tiempos, temo que hubo su poquitín de rencillas y los Departamentos de servicio no nos han perdonado nunca el haberles robado sus mejores científicos. Pero en conjunto, seguimos en bastante buenas relaciones con el D.D.A. Westinghouse, General Electric, Rolls-Royce, Lockhead, de Havilland y todos los demás. Todos tienen oficinas aquí, como habrá usted ya probablemente observado. Pese a que nos hacen concesiones realmente substanciales, los servicios técnicos que nos prestan no tienen relativamente precio. Sin su ayuda no hubiéramos alcanzado esté nivel por lo menos antes de veinte años.»

Hubo una breve pausa y Dirk salió de aquel torrente de palabras como un galgo que trepa al galope por una montaña. McAndrews hablaba demasiado aprisa, repitiendo frases y párrafos enteros que llevaban años siendo usados. Dirk tuvo la impresión de que casi todo lo que le había dicho procedía probablemente de otras fuentes y no tenía nada de original.

—No tenía idea —respondí— de lo extenso que eran sus ramificaciones.

—Créame, esto no es nada —exclamó McAndrews—. No creo que existan muchas grandes firmas industriales que no estén convencidas de que de una u otra forma podemos ayudarlos. Las compañías del cable economizarán centenares de millones el día en que puedan reemplazar sus estaciones terrestres y sus líneas de conducción por algunos repetidores en el espacio; las industrias químicas...

—¡Oh, sí, sí, lo creo bajo palabra! Me preguntaba de dónde salía tanto dinero, pero ahora me hago cargo de lo grande que es la empresa.

—No olvide —intercaló Matthews, que hasta entonces había guardado un resignado silencio— nuestra más importante contribución a la industria.

—¿Cuál es?

—La importación del vacío a alto grado para el relleno de bombillas eléctricas y tubos electrónicos.

—Haciendo caso omiso de las habituales payasadas de Alfred —dijo McAndrews severamente—, es perfectamente cierto que la física en general avanzará a pasos gigantescos cuando podamos montar laboratorios en el espacio. Y puede usted imaginar cómo los astrónomos suspiran por observatorios que no estarán nunca obstruidos por las nubes.

—Ahora sé —dijo Dirk marcando los puntos con los dedos—, como se produjo el movimiento interplanetario y también las esperanzas que se pueden poner en él. Pero sigo encontrando difícil definir exactamente *qué es.*

—Legalmente es una organización sin beneficios («¡Y tanto!» intercaló Matthews *sotto voce*) destinada, como dicen sus estatutos, «a la investigación del problema del vuelo por el espacio». Originalmente obtuvo sus fondos del *Spacewards,* pero éste no tiene ahora ninguna relación oficial con nosotros desde que estamos conectados con el *National Geographic,* si bien tiene muchas oficiosas. Hoy la mayor parte de nuestros fondos proceden de concesiones del gobierno y de entidades industriales. Cuando el viaje interplanetario esté plenamente establecido sobre una base comercial, como lo está hoy la aviación, evolucionaremos probablemente hacia algo distinto. En todo esto hay una serie de ángulos políticos y nadie es capaz de prever qué ocurrirá cuando los planetas empiecen a ser colonizados.

McAndrews soltó una risita ahogada, medio de excusas, medio defensiva.

—Hay muchos sueños fantasiosos que flotan por esta atmósfera, como probablemente se dará usted cuenta. Hay quien tiene la idea de poner en marcha utopías científicas en mundos asequibles y todo esto. Pero la meta inmediata es puramente técnica, tenemos que averiguar cómo son los planetas antes de decidir en qué forma utilizarlos.

En el despacho reinó la calma; durante un momento nadie demostró querer hablar. Por primera vez Dirk comprendió la verdadera importancia del objeto por el cual aquellos hombres estaban trabajando. Se sintió avasallado y más de un poco atemorizado. ¿Estaba

la humanidad dispuesta a ser lanzada al espacio, capaz de aceptar el reto de desnudos e inhóspitos mundos jamás destinados al hombre? No estaba seguro de ello, y en el fondo de su mente se sentía profundamente turbado.

4

Desde la calle Rochdale Avenue, 53, S.W.5, parecía una de aquellas residencias neogeorgianas que los banqueros más prósperos de principios del siglo veinte erigieron para descanso de sus años de vejez. Estaba situada apartada de la calle, precedida de bien diseñados céspedes y parterres de flores, si bien algo abandonados. Cuando hacía buen tiempo, lo cual ocurrió con cierta frecuencia durante la primavera de 1978, podían verse algunas veces a cinco hombres jóvenes consagrados a labores de jardinería con herramientas inadecuadas. Se veía claramente que lo hacían meramente como ejercicio y que sus pensamientos estaban muy lejos de allí. ¿A qué distancia? Al transeúnte le hubiera sido bastante difícil calcularlo.

Había sido un secreto extraordinario bien guardado, debido en gran parte a que los que tenían que preservarlo eran a su vez antiguos periodistas. Por lo que sabía el mundo, la tripulación del «Prometheus» no había sido todavía seleccionada, mientras, en cambio, su entrenamiento había comenzada hacía ya más de un año. Y había continuado con progresiva eficiencia, a menos de cinco millas de Fleet Street, y sin embargo completamente libre de las candilejas del público interés.

En un momento dado, no era probable que existen en el mundo más allá de un puñado de hombres capaces de pilotar una nave del espacio. Jamás un trabajo había exigido una tal combinación de características físicas y mentales. El piloto perfecto tenía no solamente que ser un astrónomo de primera clase, un ingeniero experimentado y un especialista en electrónica; tenía que ser también capaz de operar con eficiencia, tanto cuando era «ingrávido», como cuando la aceleración del cohete le hacía pesar un cuarto de tonelada.

No había ningún individuo capaz de reunir todas estas condiciones y desde hacía ya muchos años se había tomado el acuerdo de que la tripulación de una nave del espacio tenía que estar formada por no menos de tres hombres, cada dos de los cuales tenían que ser capaces de asumir las funciones del tercero en un caso de urgencia. El Interplanetario estaba entrenando cinco; dos eran reservas para un caso de enfermedad de última hora. Hasta entonces, ninguno de ellos sabía quienes serían los reservas.

Pocos dudaban de que Victor Hassell sería destinado a ser el capitán. A los veintiocho años, era el único hombre del mundo que había aguantado cien horas en caída libre. El «record» había sido puramente accidental. Dos años antes, Hassell había llevado un cohete de pruebas a una órbita, girando alrededor de la Tierra treinta veces antes de poder reparar una avería producida en los circuitos de encendido y poder así reducir su velocidad para caer de nuevo en Tierra. Su más próximo

rival, Pierre Leduc, no tenía más que veinte horas de vuelo de órbita a su crédito.

Los tres restantes no eran pilotos profesionales. Arnold Clinton, el australiano, era ingeniero electrónico y especialista en computadores y controles automáticos. La Astronomía estaba representada por el brillante joven americano Lewis Taine, cuya prolongada ausencia del Observatorio de Monte Palomar exigía ahora complicadas explicaciones.

El Departamento de Desarrollo Atómico había contribuido con la aportación de James Richard, técnico en propulsión nuclear. Siendo un hombre ya maduro de treinta y cinco años, era llamado el «abuelo» por sus colegas.

La vida en la «Nursery», como era generalmente llamada por aquellos que detentaban el secreto, era una combinación de las características de colegio, monasterio y estación de operaciones de bombardeo. Estaba animada por las personalidades de los cinco «discípulos» y de los inacabables grupos de científicos que venían a visitarlos para comunicar sus conocimientos o, algunas veces compartir, a cambio, los de los demás. Era una vida de intensa ocupación pero muy feliz, porque tenía un objeto y un fin.

Sólo había en todo esto una sombra, y esta sombra era inevitable. Cuando llegase el momento de la decisión, nadie sabía quién tendría que ser abandonado en las arenas del desierto, viendo el «Prometheus» desaparecer en el cielo hasta que el rugido de sus chorros de propulsión no se oyese ya.

La conferencia sobre astronáutica estaba en todo su esplendor cuando Dirk y Matthews entraron de puntillas por la parte trasera de la sala. El conferenciante les dirigió una mirada de reproche, pero los cinco hombres sentados a su alrededor no se dignaron siquiera levantar la vista hacia los intrusos. Lo más disimuladamente posible, Dirk estudió a los cinco hombres mientras su guía le daba sus nombres en voz baja.

A Hassell lo reconoció por las fotografías de los periódicos, pero los otros cuatro le eran totalmente desconocidos. Dirk se dio cuenta con sorpresa de que no respondían a ningún tipo determinado. Sus únicos puntos comunes eran la edad, la inteligencia y la viveza. De vez en cuando dirigían preguntas al conferenciante y Dirk sacó la consecuencia de que estaban discutiendo las maniobras de aterrizaje en la Luna. Toda la conversación estaba tan por encima de él que no tardó en cansarse de escuchar y se alegró al ver que Matthews le hacía una señal interrogadora señalando la puerta.

Una vez en el corredor, encendieron sus cigarrillos.

—Bien —dijo Matthews—, ahora que ha visto usted a nuestros cobayos, ¿qué piensa usted de ellos?

—Me es difícil juzgar. Lo que me gustaría es conocerlos sin formalismo y poder hablar con ellos libremente.

Matthews lanzó al aire una bocanada de humo azul y la miró mientras iba desvaneciéndose.

—La cosa no sería fácil. Como puede usted suponer, no tienen mucho tiempo libre. En cuanto han terminado aquí, suelen desaparecer en medio de una nube de polvo para volver con sus familias.

—¿Cuántos de ellos están casados?

—Leduc tiene dos hijos; lo mismo que Richards, Vic Hassell se casó hace un año. Los demás son todavía solteros.

Dirk se preguntó qué debían pensar sus esposas de todo aquel asunto. En cierto modo no le parecía muy leal con ellas. Se preguntó también si aquellos hombres consideraban su tarea como un trabajo cualquiera o si sentían el entusiasmo —no había otra palabra para calificarlo— que había sin género de duda inspirado a los fundadores del Interplanetario.

Los dos amigos acababan de llegar a una puerta con un cartel: PROHIBIDA LA ENTRADA. SOLO PERSONAL TÉCNICO. Matthews hizo una tentativa de empujar la puerta y ésta se abrió.

—¡Descuidados! —dijo—. No parece que haya nadie por aquí, sin embargo. Vamos a entrar; me parece que es uno de los lugares más interesantes que conozco, pese a que no soy científico.

Esta era una de las frases favoritas de Matthews que ocultaba probablemente un muy hondo complejo de inferioridad. En realidad tanto él como McAndrews sabían bastante más ciencia de la que ellos pretendían.

Dirk lo siguió a través de la semioscuridad e hizo una fuerte aspiración al ver a Matthews buscar el interruptor e inundar la habitación de luz. Se encontró en una sala de controles, rodeado de hileras de interruptores y esferas. Los únicos muebles consistían en tres lujosos asientos suspendidos en un complicado sistema cardan. Tendió la mano para tocar ligeramente uno de ellos y comenzó a balancearse suavemente en todos sentidos.

—No toque nada —le advirtió Matthews rápidamente—. Por si no se había enterado le diré que no tenemos derecho a estar aquí.

Dirk examinó aquella ostentación de controles y llaves desde una respetuosa distancia. Podía juzgar del propósito de algunas de ellas por el letrero que ostentaban, pero otras le eran totalmente incomprensibles. Las palabras «Manual» y «Auto» aparecían una y otra vez. Casi tan común era «Combustible», «Temperatura», «Presión» y «Distancia Terrestre». Otros, como «Corte de Urgencia», «Previsión de Aire» y «Pila Jettison», tenían un sabor francamente amenazador. Un tercer y todavía más enigmático grupo ofrecía materia para interminables cogitaciones. «Alt. Trig. Sync.», «Net. Count» y «Video Mix», eran quizá la mejor selección dentro de esta categoría.

—Cualquiera creería, no cree usted —dijo Matthews— que la casa está a punto de remontar el vuelo de un momento a otro. Es desde luego, una copia idéntica del cuarto de controles de «Alfa». Los he visto practicar en él y es fascinador observarlos aunque uno no sepa lo qué es todo esto.

Dirk soltó una risa ligeramente forzada.

—Es una sensación un poco extraña, encontrarse en el cuarto de controles de una nave del espacio en un tranquilo suburbio de Londres.

—No estará tan tranquilo la semana próxima. Vamos a dar la noticia a la Prensa y probablemente nos lincharán por haber guardado el secreto durante tanto tiempo.

—¿La semana próxima?

—Sí, si todo sale conforme al plan. «Beta» habrá pasado ya sus pruebas finales de plena velocidad y estaremos todos haciendo nuestras maletas hacia Australia. A propósito, ¿ha visto usted aquellas películas de los primeros lanzamientos?

—No.

—Recuérdeme que se las haga ver. Son de lo más impresionante.

—¿Qué velocidad ha alcanzado, hasta ahora?

—Cuatro millas y media por segundo a plena carga. Es un poco corto como velocidad orbital, pero todo funcionaba perfectamente. Es una lástima, sin embargo, que no podamos probar «Alfa» antes del vuelo definitivo.

—¿Cuándo será esto?

—No está fijado todavía, pero sabemos que el despegue será cuando la Luna esté en su primer cuadrante. La nave aterrizará en la región de *Mare Imbrium,* mientras sean todavía las primeras horas de la mañana. El regreso está previsto para finales de la tarde, de manera que tendrán unos diez días terrestres allí.

—¿Por qué *Mare Imbrium* en particular?

—Porque es llano, muy bien estudiado y tiene uno de los más bellos paisajes de la Luna. Además, las naves del espacio han aterrizado siempre allí desde los tiempos de Julio Verne. Supongo que ya sabe usted que este nombre quiere decir «Mar de Lluvias…»

—Estudié el latín bastante a fondo en otros tiempos —dijo Dirk secamente.

Matthews se aproximó más que nunca en su vida a la sonrisa.

—Ya lo supongo. Pero salgamos de aquí antes de que nos pesquen. ¿Ha visto usted bastante?

—Sí, gracias. Es bastante impresionante pero no mucho más que un pozo de lanzamiento a chorro transcontinental.

—Lo es más cuando uno sabe lo que ocurre detrás de estas paredes —dijo Matthews con una mueca—. Arnold Clinton, que es el rey de los electrónicos, me dijo un día que sólo en los circuitos de control y cómputo hay tres mil tubos. Y debe haber algunos centenares en la sección de comunicaciones.

Dirk casi no lo oía. Por primera vez se daba cuenta de lo aprisa que caía la arena del reloj. Cuando llegó, hacía quince días, el despegue parecía todavía acontecimiento remoto del futuro indefinido. Esta era la impresión general del mundo exterior; ahora parecía completamente falsa. Se volvió hacia Matthews sinceramente asombrado.

—Su Departamento de Relaciones Públicas parece por lo visto haber desorientado completamente a todo el mundo —dijo—. ¿Con qué fin?

—Es cosa de mera política —respondió el otro—. En tiempos pasados teníamos que hablar mucho y hacer promesas espectaculares para atraer la atención. Ahora preferimos decir lo menos posible hasta que todo esté cocido y arreglado. Es la única manera de evitar fantásticos

rumores y crear el resultante anti-climax. ¿Recuerda usted el KY 15? Fue la primera nave tripulada que alcanzó las mil millas de altura, pero meses antes de que estuviese a punto todo el mundo creía que la íbamos a mandar a la Luna. Cuando hizo exactamente aquello a que estaba destinada, la decepción fue general. De manera que ahora algunas veces a mi oficina la llamo «Departamento de Publicidad Negativa». Será un gran alivio el día en que todo haya terminado y podamos seguir adelante con nuestros trabajos.

Esto, pensó Dirk, era un punto de vista muy centralista. Le parecía que los cinco hombres que había estado observando tenían mejores razones para desear que «todo hubiese terminado».

5

«Hasta ahora», escribió Dirk en su Diario aquella noche, «no he hecho más que rondar por los bordes del Interplanetario. Matthews me ha tenido describiendo órbitas a su alrededor como un planeta menor, tengo que alcanzar una velocidad parabólica y escapar, como sea empiezo a aprender el lenguaje, como me había prometido.

»La gente que quiero conocer ahora son científicos e ingenieros que constituyen la verdadera fuerza motriz detrás de la organización. ¿Qué les hace «picar», para decirlo crudamente? ¿Son una banda de Frankensteins meramente interesados por el proyecto técnico sin la menor consideración por las consecuencias? ¿O ven, quizá más claramente que McAndrews y Matthews, donde va a llevar todo esto? M. y M. algunas veces me recuerdan un par de corredores de fincas tratando de vender la Luna. Hacen su oficio, y lo hacen bien, pero al principio alguien debió inspirarlos. En todo caso, están un grado o dos por encima de la jerarquía.

»El Director-General me pareció una personalidad muy interesante cuando lo conocí durante algunos minutos el día de mi llegada, pero me es difícil ir a él y catequizarlo. El Delegado del D.G. debe ser una buena pareja para él, puesto que los dos son californianos, pero no ha regresado todavía de los Estados Unidos.

»Mañana tengo el curso de «Astronáutica sin lágrimas» que Matthews me prometió a mi llegada. Al parecer es un film instructivo de seis rollos, pero no me ha sido posible verlo antes porque en este bendito antro de genios nadie fue capaz de reparar un proyector de treinta y tres milímetros. Una vez lo haya visto, Alfred me jura que estaré en condiciones de alternar con los astrónomos.

»Como buen historiador supongo que no debo tener prejuicios de ninguna clase y ser capaz de observar las actividades del Interplanetario con ojo desapasionado. Empiezo a estar preocupado por las consecuencias finales de todo esto y las solicitudes que Alfred y Mac siguen demostrando no me satisfacen en absoluto. Supongo que es por esto que ahora tengo ansia de llegar a los científicos de arriba y oír sus puntos de vista. Entonces, quizá, estaré en condiciones de formular juicio..., si es de mi incumbencia formularlo. *Más tarde.* ¡Claro que es de mi incumbencia! Fíjense en Gibbon, fíjense en Toynbee. A menos que

un historiador saque conclusiones (justas o erróneas) no es más que un vulgar escribiente.

»*Todavía más tarde*. ¿Cómo puedo haberlo olvidada? Esta noche he subido a Oxford Circus en uno de los nuevos autobuses de turbina. Es muy silencioso pero si se escucha atentamente se oye un zumbido muy agudo de soprano. Los londinenses están extraordinariamente orgullosos de ellos porque son los primeros del mundo. No comprendo como una cosa tan sencilla como un autobús puede haber necesitado para perfeccionarse casi el mismo tiempo que una nave del espacio, pero así me lo han dicho. Tiene algo que ver con la parte económica de la ingeniería, creo.

»Decidí ir a pie hasta mi casa y al salir del Bond Street vi un magnifico carruaje dorado tirado por caballos que parecía salir directamente del Pickwick. Iba a repartir género de un sastre, creo, y llevaba un letrero ornamental que decía: «Est. 1768».

»Todas estas cosas hacen que el británico sea muy desconcertante para el extranjero. Desde luego, McAndrews diría que es el inglés, no el británico, el que está loco... pero yo me resisto a admitir esta sutil distinción.»

6

—Me perdonará que lo deje —se excusó Matthews—, pero aunque es un muy buen film, levantaría la casa a gritos si tuviese que verlo otra vez. Haciendo un cálculo, debo haberlo visto unas cincuenta veces por lo menos.

—No importa, no importa —dijo riéndose Dirk desde el fondo de su sillón en el pequeño auditorio—. Es la primera vez que soy el único cliente de un cine, de manera que para mí será una cosa nueva.

—Muy bien, volveré cuando haya terminado. Si quiere usted que le pasen otra vez algún rollo dígaselo al operador.

Dirk volvió a hundirse en su asiento. Se le ocurrió pensar que no era suficientemente cómodo para invitar a nadie a descansar y a tomar la vida con ligereza. Lo cual demostraba un buen sentido por parte del fabricante, ya que el cine era un establecimiento estrictamente funcional.

El título con algunos detalles de los pormenores apareció en la pantalla:

EL CAMINO AL ESPACIO
Consejos técnicos y efectos especiales
por Interplanetario
Producción Águila-León

La pantalla estaba obscura; después, en el centro, apareció una estrecha franja de luz estelar. Fue ensanchándose gradualmente y Dirk se dio cuenta de que se encontraba bajo los hemisferios de la cúpula de algún gran observatorio que se iban abriendo. El campo estelar comenzó a extenderse; avanzaba hacia él.

«Por espacio de dos mil años —dijo una voz pausada— los hombres han soñado en viajes a otros mundos. Las historias de los vuelos interplanetarios forman legión, pero hasta nuestra era no se había perfeccionado una máquina que pudiese convertir estos sueños en realidad.»

La silueta de algo oscuro se destacaba sobre el campo estelar; algo delgado, puntiagudo y ansioso de escapar. La escena se iluminó y las estrellas se desvanecieron. Sólo quedó el gran cohete, con su brillante casco de plata descansando bajo el sol sobre el desierto.

Las arenas parecían hervir a medida que las explosiones las devoraban. Después, el gigantesco proyectil fue ascendiendo lentamente como si tirase de él un invisible alambre. La cámara se inclinó hacia arriba; el cohete disminuyó de tamaño y se perdió en el espacio. Menos de un minuto después, sólo era visible el tenue rastro del vapor.

«En 1941 —prosiguió el narrador—, el primero de los grandes cohetes modernos fue lanzado en secreto desde las playas del Báltico. Este era el V-2 destinado a la destrucción de Londres. Siendo como era el prototipo de todos los artefactos posteriores, vamos a examinarlo en detalle.»

Seguían una serie de dibujos parciales de la V-2 mostrando todos sus componentes esenciales; los tanques de combustible, sistema de inyectado y motor.

Por medio de dibujos animados la operación del mecanismo fue demostrada tan claramente que nadie podía dejar de entenderla.

«V-2 —continuó la voz— podía alcanzar alturas de cien millas y después de la guerra fue activamente empleado para la experimentación de la ionoesfera.

»A finales de 1940 se produjeron algunas explosiones espectaculares en Nuevo México, y algunas más espectaculares todavía de falsos lanzamientos y otras formas de fracasos.

»Como pueden ver, no siempre era una cosa segura y pronto fue superado y substituido por artefactos más potentes y fáciles de controlar, como éstos...»

La alisada forma de torpedo iba siendo sustituida por largas y delgadas agujas que se elevaban silbando por el cielo y volvían a caer bajo hinchados paracaídas. Uno tras otro los récords de altura y velocidad quedaron anulados. Y en 1959...

«Fue cuando el «Orphan Annie» fue acoplado. Consistía en cuatro fases diferentes, o «pasos», volviendo cada uno de ellos a caer cuando su provisión de combustible estaba agotada. Su peso inicial era de cien toneladas..., su carga suplementaria sólo de veinticinco libras. Pero la carga suplementaria de polvo de magnesio fue el primer objeto de la Tierra que alcanzó otro mundo.»

La Luna llenó la pantalla; sus cráteres brillaban blancos y sus largas sombras se extendían, agudas y negras, a través de las desoladas llanuras. Estaba bastante menos que medio llena y la accidentada línea terminal encerraba un gran óvalo de oscuridad. Súbitamente, en el corazón de esta tierra oculta, brilló durante un instante el tenue

destello de una chispa y desapareció. El «Orphan Annie» había alcanzado su objetivo.

«Pero todos estos cohetes eran meros proyectiles; ningún ser humano había salido hasta entonces de la atmósfera para regresar sano y salvo a la Tierra. La primera máquina tripulada llevando un solo hombre a una altura de doscientas millas, fue la «Aurora Australis», que fue lanzada en 1962. Por aquel tiempo todos los estudios referentes a los cohetes de largo alcance estaban basados en los grandes campos experimentales construidos en el desierto australiano.

»Después de la «Aurora» vinieron otras naves más poderosas y en 1970 Lonsdale y McKinley, con un artefacto americano, hicieron el primer vuelo orbital alrededor de la Tierra, circundándola tres veces antes de aterrizar.»

Después vino una impresionante secuencia, pasada sin duda a mayor velocidad, que mostraba casi toda la Tierra girando en enormes proporciones. Aquello dejó a Dirk casi deslumbrado por algunos momentos y, cuando se serenó, el locutor estaba hablando de la fuerza de gravedad. Explicaba en qué forma sostenía todo lo de la Tierra y cómo disminuía con la distancia, pero sin desvanecerse completamente jamás. Unos diagramas más animados demostraban en qué forma se podía dar a un cuerpo una tal velocidad que circulase alrededor de la Tierra eternamente, compensando la gravedad con la fuerza centrífuga, de la misma forma que la Luna lo hace en su órbita. Esto era ilustrado con la imagen de un hombre haciendo girar una piedra atada con un trozo de cordel alrededor de su cabeza. Iba alargando lentamente el cordel, pero manteniendo siempre la piedra girando cada vez más lentamente.

«Cerca de Tierra —explicaba la voz—, los cuerpos tienen que moverse a cinco millas por segundo para mantenerse en órbitas estables, pero la Luna, situada a un cuarto de millón de millas en un campo de gravitación mucho más débil, necesita moverse sólo a una décima parte de esta velocidad.

»¿Pero qué ocurre si un cuerpo, como por ejemplo un cohete, abandona la Tierra a *más* de cinco millas por segundo? Fíjense...»

Apareció una maqueta de la Tierra flotando en el espacio. Por encima del Ecuador se movía un diminuto punto trazando un sendero circular.

«Aquí tenemos un cohete avanzando a cinco millas por segundo en el borde mismo de la atmósfera. Verán ustedes que su recorrido forma un círculo perfecto. Si ahora aumentamos su velocidad hasta seis millas por segundo, el cohete sigue corriendo alrededor de la Tierra en una órbita más cerrada, pero su recorrido se ha convertido en una elipse. Al seguir aumentando su velocidad, la elipse va alargándose y alargándose y el cohete se aleja en el espacio. Pero regresa siempre. «Sin embargo, si aumentamos la velocidad inicial del cohete hasta siete millas por segundo, la elipse se convierte en parábola... y el cohete se ha escapado para siempre y la gravedad de la Tierra no podrá *volverlo* a capturar; ahora recorre para siempre el espacio como un minúsculo cometa salido de la mano del hombre. Si la Luna se encontrase en la posición

debida, nuestro cometa se aplastaría contra ella como el «Orphan Annie».»

Esto, desde luego, es la última suerte que se desea a una nave del espacio. A esto seguía una larga explicación demostrando todas las fases de un hipotético viaje a la Luna. El comentarista demostraba la cantidad de combustible que tendría que llevar para conseguir un aterrizaje seguro y la cantidad que se necesitaría para un regreso más seguro todavía. Rozó levemente el problema de la navegación por el espacio y explicó en qué forma podían tomarse precauciones para la seguridad de la tripulación. Finalmente terminó:

«Con cohetes de propulsión química hemos obtenido grandes resultados, pero para conquistar el espacio y no hacer meros *raids* de limitada duración, tenemos que haber dominado las ilimitadas fuerzas de la energía atómica. En la actualidad, los cohetes atómicamente impulsados están todavía en la infancia; son peligrosos e inseguros. Pero dentro de pocos años los habremos perfeccionado y la humanidad habrá dado el primer gran paso por el Camino del Espacio.»

La voz se hizo más fuerte y se oyó un tembloroso fondo de música. Entonces a Dirk le pareció quedar suspendido, inmóvil, en el espacio, a unos centenares de pies del suelo. Sólo tuvo tiempo de percibir algunos edificios diseminados y darse cuenta de que se encontraba en un cohete que acababa de ser lanzado. Después la noción del tiempo volvió a él; el desierto comenzó a alejarse con velocidad acelerada. Una cordillera de bajas colinas apareció a la vista y quedó rápidamente convertida en una llanura. El cuadro iba girando con lentitud y súbitamente la línea de una costa cortó el campo de visión. La escala visual se contrajo considerablemente y se dio cuenta de que estaba contemplando toda la costa de Australia Meridional.

El cohete no aceleraba ya, sino que giraba alejándose de la Tierra a una velocidad no lejana de la de escape. Las dos islas gemelas de Nueva Zelanda aparecieron a la vista, y entonces, en el borde mismo de la imagen, apareció una línea blanca que al primer momento creyó nubes.

Algo pareció agarrarse a la garganta de Dirk cuando se dio cuenta de que estaba viendo los eternos muros de hielo de la Antártida. Recordó el *Discovery,* amarrado allá, a menos de media milla de él. Sus ojos abarcaron en un momento la totalidad de las tierras en las que Scott y sus compañeros, hacía menos de una vida, habían luchado y sucumbido.

Y entonces el borde del mundo retrocedió ante sus ojos. La maravillosa y eficiente giroestabilización comenzaba a faltar y la cámara vagaba por el espacio. Durante largo rato, aparentemente, todo fue noche y tinieblas; después, sin transición, la cámara quedó inundada de sol y la pantalla se hizo deslumbradora. Cuando reapareció la Tierra pudo ver el hemisferio entero reflejado en la pantalla. La imagen se hizo nuevamente borrosa mientras la música cesaba, de manera que tuvo tiempo de percibir los continentes y océanos de aquel remoto y desconocido mundo que tenemos debajo.

Durante largos minutos el lejano globo quedó suspendido delante de sus ojos; después, lentamente, se fue disolviendo. La lección había terminado, pero no la olvidaría fácilmente.

7

De una manera general, las relaciones de Dirk con los dos dibujantes que compartían su despacho eran cordiales. No estaban muy seguros de su posición oficial (con lo cual, pensaba algunas veces, con él, eran tres) y, por lo tanto, lo trataban con una curiosa mezcla de deferencia y familiaridad. Había un aspecto, sin embargo, bajo el cual lo molestaban intensamente.

A Dirk le parecía que referente al vuelo interplanetario sólo había dos actitudes a adoptar. O se estaba en pro o en contra. Lo que no podía comprender era una actitud de absoluta indiferencia. Aquellos jóvenes (él tenía, desde luego, sus buenos cinco años más), que se ganaban la vida en las entrañas mismas del Interplanetario, no parecían demostrar el menor interés por el proyecto. Trazaban sus planos y hacían sus cálculos con el mismo entusiasmo que si estuviesen dibujando proyectos de máquinas de lavar ropa en lugar de naves del espacio. Estaban, sin embargo, dispuestos a dar muestras de rasgos de vivacidad cuando se trataba de defender su actitud.

—El mal en usted, doctor —dijo el mayor, Sam, una tarde—, es que se toma usted la vida demasiado en serio. No vale la pena. Es malo para las arterias y todos estos chismes...

—Mientras no haya gente que se preocupen por ciertos problemas —les había contestado Dirk—, la gente como Bert y ustedes no tendrán trabajo.

—¿Y qué mal hay en ello? —dijo Bert—. Deberían estar agradecidos. Si no fuese por tipos como Sam y yo no tendrían nada de qué preocuparse y se morirían de aburrimiento. A la mayoría de ellos es lo que les ocurre, por otra parte.

Sam cambió su cigarrillo de lugar. (¿Usaba acaso liga para mantenerlo colgando de su labio inferior en aquel ángulo absurdo?)

—Se pasa usted la vida preocupándose del pasado, que está muerto, o del futuro, que no tendremos ocasión de ver. ¿Por qué no olvida todo esto y se divierte un poco, para cambiar?

—Es que ya me divierto —dijo Dirk—. Me parece que no se da usted cuenta de que hay gente a quien gusta el trabajo.

—Se engaña creyéndolo así —explicó Bert—. Todo es cuestión de ambientarse. Nosotros hemos sido suficientemente inteligentes para eludirlo.

—Me parece —dijo Dirk con admiración— que si siguen ustedes consagrando tantas energías a buscar excusas para eludir el trabajo, crearán una nueva filosofía. La filosofía del Futilitarismo.

—¿Ha inventado usted esto bajo el impulso del momento?

—No —confesó Dirk.

—Lo imaginaba. Me ha parecido que llevaba ya usted tiempo reservándonoslo.

—Dígame —preguntó Dirk.—, ¿no sienten ustedes curiosidad intelectual alguna por nada?

—No de una manera particular, con tal de que sepa de dónde me llegará el cheque de mi próxima paga.

Se estaban burlando de él, desde luego, y sabían que él lo sabía. Dirk se echó a reír y prosiguió:

—Tengo la impresión de que en Relaciones Públicas han pasado por alto un pequeño oasis de inercia en sus mismas puertas. Me parece que les importa a ustedes un comino que el «Prometheus» alcance la Luna o no.

—Yo no diría tanto —dijo Sam—, me he jugado cinco libras a que sí.

Antes de que Dirk pudiese encontrar una respuesta tan cáustica como aquella salida, se abrió súbitamente la puerta y apareció Matthews. Sam y Bert, con dos rápidos movimientos coordinados que evitaban la mirada se absorbieron en sus dibujos instantáneamente.

Matthews llevaba visiblemente prisa.

—¿Una taza de té gratis? —dijo.

—Depende. ¿Dónde?

—En la Cámara de los Comunes. Me decía usted el otro día que no había estado nunca.

—Parece interesante. ¿De qué se trata?

—Coja sus cosas y se lo diré por el camino.

En el taxi, Matthews se calmó y pasó a explicarle:

—Con frecuencia tenemos ocupaciones como ésta. Mac tenía que venir, pero ha tenido que salir para Nueva York y no estará de regreso antes de un par de días. De manera que he pensado que podía usted querer venir. Como memoria, puede usted ser uno de nuestros consejeros legales.

—Ha sido por su parte una gran idea —dijo Dirk agradecido—. ¿Ya quién vamos a ver?

—A un viejo camarada llamado sir Michael Flannigan. Es un Tory irlandés acérrimo. Algunos de sus correligionarios no están de acuerdo con estas modernísimas naves del espacio, de manera que vamos a tener que explicar de qué se trata.

—No me cabe la menor duda de que conseguirá usted desvanecer sus dudas —dijo Dirk mientras pasaban por delante de County Hall y doblaban hacia Westminster Bridge.

—Así lo espero; he trazado un plan que me parece pondrá muy claramente las cosas en su sitio.

Pasaron bajo la sombra del Big Ben y siguieron durante cien metros la fachada del gran edificio gótico. La entrada ante la cual se detuvieron era una arcada insignificante que llevaba a una larga sala que parecía sumamente alejada del ruidoso tránsito del exterior. Reinaba el fresco y el silencio, y para Dirk aquella sensación del pasado y de las tradiciones de siglos pretéritos era avasalladora.

Después de haber subido un corto tramo de escaleras se encontraron en un vasto vestíbulo del cual irradiaban corredores en todas direcciones. Un pequeño grupo de gente estaba arremolinada en el centro y en los bancos de madera podían verse varias personas en

actitud de expectativa. A la derecha había la mesa de recepción, a cuyo lado se mantenía erguido un robusto policía de uniforme de gala, casco y todo.

Matthews se acercó a la mesa, recogió una hoja, la llenó y la tendió al policía. Durante algún tiempo no ocurrió nada. Después apareció un oficial de uniforme, gritó una retahíla de incomprensibles palabras y recogió las hojas del policía. Después se desvaneció en uno de los corredores.

—¿Qué diablos ha dicho? —preguntó Dirk en medio del profundo silencio que repentinamente se hizo.

—Ha dicho que Mr. Jones, lady Carruthers y alguien más cuyo nombre no he podido captar no están en la Cámara en este momento.

El mensaje debió ser generalmente entendido, porque grupos de descontentos constituyentes empezaron a salir de la habitación, privados de su presa.

—Ahora tendremos que esperar —dijo Matthews—, pero no creo que sea largo, ya que somos esperados.

Durante los diez minutos que siguieron diferentes nombres fueron llamados de vez en cuando y algunos miembros aparecían a recoger a sus invitados. Algunas veces Matthews le señalaba alguna personalidad de la cual Dirk no había oído nunca hablar, si bien hacía cuanto podía por disimularlo.

Al poco rato se dio cuenta de que el policía les señalaba a un hombre joven y alto cuyo aspecto difería totalmente del concepto que se había formado de un anciano «baronet» irlandés.

El hombre joven se acercó a ellos.

—¿Cómo están ustedes? —dijo—. Me llamo Fox. Sir Michael está ocupado en estos momentos y me ha encargado que los atienda. ¿Quizá les interesaría a ustedes oír el debate hasta que sir Michael esté libre?

—Con toda seguridad —respondió Matthews con excesiva solicitud. Dirk comprendió que el caso no era nuevo para él, pero estaba encantado de asistir al Parlamento en acción.

Siguieron a su guía a lo largo de interminables corredores y pasaron bajo innumerables arcadas. Finalmente los dejó en manos de un viejo servidor que hubiera podido perfectamente asistir a la firma de la Carta Magna.

—El les encontrará un buen sitio —les prometió Mr. Fox—. Sir Michael los mandará a buscar dentro de algunos minutos.

Le dieron las gracias y siguieron al servidor que los llevó hacia arriba por una escalera de caracol.

—¿Quién era éste? —preguntó Dirk.

—Robert Fox, diputado laborista por Taunton —le explicó Matthews—. Esta es una particularidad de esta casa, todo el mundo ayuda siempre a los demás. Los partidos no tienen tanta importancia como los extraños pueden creer.

Se volvió hacia el servidor.

—¿Qué se está debatiendo ahora?

—La Sección Segunda del Acta de Control de las Bebidas No-Alcohólicas.

—¡Ay, Dios mío, esperemos que sea por unos minutos! —dijo Matthews.

Los bancos de la parte alta de la galería les ofrecieron una buena vista sobre toda la Cámara. Las fotografías habían familiarizado mucho a Dirk con el ambiente, pero siempre se había imaginado una escena de animación con miembros levantándose y gritando: «¡Es una vergüenza!» «¡Fuera!» «¡Retiradlo!» y demás ruidos parlamentarios. En lugar de esto vio unos treinta lánguidos caballeros sentados en los bancos mientras un ministro joven leía un estado no muy apasionante de precios y beneficios. Mientras estaba mirando, dos miembros decidieron que tenían bastante ya y con una ligera reverencia al «speaker» se retiraron precipitadamente, en busca sin duda, pensó Dirk, de bebidas que no correspondiesen al debate.

Su atención pasó de la escena que se desarrollaba abajo, al ambiente que lo rodeaba. Le pareció muy bien conservado por su edad, y era maravilloso evocar las escenas históricas de que había sido testigo durante el transcurso de los siglos, desde...

—¿Ha quedado bonito, verdad? —le susurró Matthews—. Sólo fue terminado en 1950.

Dirk volvió a la Tierra con un fuerte porrazo.

—¡Válgame Dios! ¡Yo creía que tenía siglos!

—¡Oh, no! Hitler arrasó la antigua cámara durante el *Blitz.*

Dirk se sintió vivamente contrariado contra sí mismo por no haberlo recordado y fijó nuevamente su atención en el debate. Había quince miembros presentes en el banco de gobierno, mientras los conservadores y laboristas de los bancos de la oposición no ascenderían a más de una docena de panadero.

La ornamentada puerta que tenían detrás de donde estaban sentados se abrió abruptamente y apareció un rostro sonriente y colorado. Matthews se puso inmediatamente de pie mientras el recién llegado los saludaba con mil excusas. Ya fuera en el corredor, donde las voces podían elevarse, fueron hecha las presentaciones y siguieron a sir Michael por nuevos corredores hasta el restaurante. Dirk pensó que no había visto en su vida más metros de paredes forradas de madera.

El anciano «baronet» debía tener más de setenta años, pero caminaba con paso flexible y tenía un aspecto casi de querube. Su afeitado rostro le daba una semejanza con algún prócer medieval tan impresionante que a Dirk le pareció haber entrado en los ambientes de Glastonbury o Wells antes de la disolución de los monasterios. Y no obstante si cerraba los ojos, el acento de sir Michael lo transportaba inmediatamente al metropolitano Nueva York. La última vez que se había encontrado ante un mapa de aquella especie, su propietario le estaba tendiendo un papelito por haber pasado una luz roja.

Se sentaron para tomar el té y Dirk rehusó diplomáticamente el café que le ofrecían. Durante el té discutieron trivialidades evitando el objeto de la reunión. Este sólo fue abordado cuando hubieron salido a una larga terraza que dominaba el Támesis, donde Dirk no pudo menos de observar que se desarrollaba una escena de muchísima más actividad que en la propia cámara. Había pequeños grupos de gente de pie o

sentados, hablando animadamente en medio del constante ir y venir de los mensajeros. Algunas veces los miembros se liberaban en masa, excusándose con sus invitados y se dirigían a registrar sus votos. Durante uno de estos intervalos, Matthews hizo cuanto pudo para aclarar a Dirk el procedimiento parlamentario.

—Verá usted —le dijo— que la mayor parte del trabajo se realiza en las salas de comité. Salvo durante los debates importantes, sólo los especialistas, o los miembros que están particularmente interesados, permanecen en la Cámara. Los demás trabajan en la redacción de memorias o visitando constituyentes en sus cubículos, diseminados por todo el edificio.

—¡Bueno, muchachos! —estalló sir Michael regresando después de haber recogido una bandeja de bebidas de paso—. Háble me de este proyecto que tienen de ir a la Luna.

Matthews se aclaró la voz y Dirk se vio *in mente* sorteando a una velocidad vertiginoso toda clase de posibles peligros.

—Pues verá usted, sir Michael —comenzó—, no es más que la lógica continuación de lo que la humanidad ha estado haciendo desde que la historia comenzó. Durante miles de años la raza humana ha ido extendiéndose por todo el mundo hasta que todos los países del globo han sido explorados y colonizados. Ahora ha llegado el momento de dar el siguiente paso y cruzar el espacio hacia los otros planetas. La humanidad tiene que tener siempre nuevas fronteras, nuevos horizontes. De lo contrario tendría que caer tarde o temprano en la decadencia. El viaje interplanetario es la próxima fase de nuestro desarrollo y es cuerdo realizarla antes de que nos veamos obligados a ello por escasez de materia prima o espacio. Y hay también razones psicológicas para intentar el vuelo al espacio. Hace muchos años alguien comparó nuestra Tierra a una bola de cristal para peces de colores dentro de la cual la mente humana no puede girar indefinidamente sin agotarse. El mundo era suficientemente grande en los días de las diligencias y los barcos de vela, pero es demasiado pequeño ahora, que podemos darle la vuelta en un par de horas.

Matthews se echó atrás para ver el efecto de su táctica de choque. De momento, sin Michael pareció quedar un poco deslumbrado; después reaccionó rápidamente y liquidó el resto de su bebida.

—Todo esto es un poco impresionante —dijo lentamente—. Pero, ¿qué van ustedes a hacer una vez hayan llegado a la Luna?

—Debe usted comprender —insistió Matthews sin el menor remordimiento— que la Luna no es más que el principio. Quince millones de millas cuadradas ya es un buen principio, desde luego, pero sólo la consideramos como la piedra de apoyo para el paso a los planetas. Como sabe usted, no hay en ella ni aire ni agua, de manera que las primeras colonias tendrán que ser herméticamente cerradas. Pero la baja gravedad facilitará la construcción de grandes estructuras y se han hecho planes de grandes ciudades bajo inmensas cúpulas transparentes.

—Me parece —dijo sir Michael agudamente— que se van ustedes a llevar también las bolas de cristal de los peces de colores.

Matthews casi sonrió.

—Un buen punto para usted —accedió—, pero probablemente la Luna será principalmente utilizada por los astrónomos y científicos para sus investigaciones científicas. Para ellos tiene una importancia enorme y, una vez se hayan podido construir laboratorios y observatorios, se abrirán ante ellos nuevos campos de conocimientos.

—¿Y esto va a hacer del mundo un lugar mejor o más feliz?

—Esto, como siempre, depende de la humanidad. El conocimiento es neutral, pero es necesario poseerlo para hacer el bien o el mal.

Matthews hizo un amplio gesto con el brazo abarcando las sucias aguas del río que se deslizaban por entre sus atestadas riberas.

—Todo lo que vemos, todo lo que existe en nuestro mundo moderno ha sido posible gracias a los conocimientos adquiridos por el hombre en los tiempos antiguos. Y la civilización no es estática; si permanece inmóvil, muere.

Hubo unos instantes de silencio. Casi a pesar suyo, Dirk se sentía profundamente impresionado. Se preguntaba si no se habría equivocado al juzgar a Matthews un mero vendedor eficiente propagando los ideales de los demás. ¿No era más que un instrumentista de talento ejecutando una pieza de música con una habilidad técnica perfecta, pero sin una verdadera convicción? No estaba muy seguro de ello. Matthews, por locuaz que fuese, encerraba profundidades de reserva que Dirk era incapaz de sondear. En esto, si no bajo ningún otro aspecto, llenaba las especificaciones de aquella fabulosa criatura que se llama el típico inglés.

—He recibido una cantidad considerable de cartas —prosiguió sir Michael—, de amigos míos de Irlanda a quien no gusta en absoluto la idea y creen que no debemos nunca abandonar la Tierra, ¿qué debo decirles?

—Recuérdeles usted la historia —respondió Matthews—. Dígales que somos exploradores, y ruégueles que no olviden que en un tiempo *alguien descubrió* Irlanda. —Dirigió una mirada de soslayo a Dirk como para decirle: ¡Ahora verá usted lo bueno!

»Imagine, sir Michael, que estamos cinco siglos atrás, y que me llamo Cristóbal Colón. Quiere usted saber por qué quiero hacerme a la vela hacia el oeste a través del Atlántico y yo le he dado mis razones. No sé si le habrán convencido a usted o no; puede usted no tener un interés particular en abrir una nueva ruta hacia las Indias. Pero, este es el punto importante, ninguno de nosotros es capaz de imaginar qué podrá significar para el mundo este viaje. *Dígales a sus amigos, sir Michael, que piensen en la diferencia que representaría para Irlanda que América no hubiese sido jamás descubierta.* Luna es mucho mayor que América del Norte y del Sur reunidas, y es sólo el primero y el más pequeño de los mundos que vamos a alcanzar.»

El gran salón de recepción estaba casi desierto cuando se despidieron de sir Michael. Parecía todavía un poco perplejo cuando se estrecharon las manos y se separaron.

—Espero que esto fije la cuestión de Irlanda por algún tiempo —dijo Matthews mientras salían del edificio para entrar en la sombra de Victoria Tower—. ¿Qué le parece a usted este hombre?

—Me parece un gran personaje. Daría mucho por oírle explicar las ideas que usted le ha expuesto a sus constituyentes.

—Sí —respondió Matthews—, sería verdaderamente interesante.

Siguieron andando algunos metros y se dirigieron hacia el puente. Entonces Matthews dijo súbitamente:

—De todos modos, ¿qué piensa usted de todo esto?

Dirk eludió la respuesta.

—Pues que no estoy de acuerdo... lógicamente; pero, en cierto modo, me es difícil ver la cosa de la misma manera que usted la ve al parecer. Más tarde, quizá... es posible; no puedo decirlo.

Dirigió una mirada a la gran ciudad que lo circundaba latiendo de vida y de actividad. Parecía tan antigua y sin edad como las colinas; cualquier cosa que le reservase el futuro, no podía jamás desaparecer. Y, no obstante, Matthews tenía razón y él más que nadie tenía que reconocerlo. La civilización no puede permanecer nunca estática. Aquel mismo suelo que estaba ahora pisando había sido hollado por los mamuts que llegaban en manadas de las orillas del río. Ellos, y no el hombre-mono que acechaba desde sus cavernas, habían sido los dueños de estas tierras. Pero el día del mono había amanecido también; las selvas y los pantanos habían cedido el paso ante la potencia de sus máquinas. Dirk se daba cuenta ahora de que la historia no hacía más que comenzar. En aquel mismo momento, en lejanos mundos, bajo extraños soles, el tiempo y los dioses estaban preparando para el hombre las ciudades y los sitios del porvenir.

8

Sir Robert Derwent, M.A., F.R.S., Director-General del Interplanetario, era un hombre robusto y corpulento que recordaba invariablemente a todo el mundo el difunto Winston Churchill. La semejanza quedaba en cierto modo desvirtuada por su extremada afición a la pipa, de las cuales poseía dos variedades; «Normal» y «Urgencia». El modelo «Urgencia» estaba constantemente preparada de forma que pudiese entrar inmediatamente en funciones a la llegada de algún visitante inoportuno. La mezcla secreta empleada para este objeto consistía, principalmente, según el rumor, en hojas de té impregnadas de sulfuro.

Sir Robert era un personaje tan prominente que a su alrededor habían nacido una serie de leyendas. Muchas de ellas habían sido elaboradas por su secretario, que hubiera sido capaz de bajar a los infiernos por su jefe, y con frecuencia hubiera debido hacerlo, pues la forma de lenguaje del noble prócer no era la que hubiera podido esperarse normalmente de un ex astrónomo real. No tenía el menor respeto a las personas o rangos, y algunas de sus respuestas a famosos pero no excesivamente inteligentes interrogadores habían llegado a ser históricas. Incluso Royalty estuvo una vez contento de escapar a su

fuego en una célebre ocasión. Y, sin embargo, a pesar de esta fachada, era en el fondo un hombre sensible y de gran corazón.

Muchos eran los que tal sospechaban, pero pocos los que habían tenido ocasión de adquirir la prueba a su plena satisfacción.

A los sesenta años, y tres veces abuelo, sir Robert tenía el aspecto de un hombre de cuarenta y bien conservado. Como su histórico doble, atribuía esta cualidad al meticuloso desprecio de las más elementales reglas sanitarias y a una metódica absorción de nicotina. Un brillante reportero lo había llamado una vez «un Francis Drake científico, uno de los exploradores astronómicos de la segunda era elisabetiana».

No había, en realidad, nada de muy elisabetiano en el Director-General mientras estaba sentado leyendo el correo del día, envuelto en un nimbo de humo de tabaco. Despachaba su correo a una velocidad sorprendente, formando montoncitos con las cartas a medida que las iba leyendo. De vez en cuando tiraba una misiva directamente a la cesta de papeles, de la cual su personal la extraería cuidadosamente para incluirla en una voluminosa carpeta que ostentaba el epígrafe de «CHIFLADOS». Sobre un uno por ciento de la correspondencia que llegaba al Interplanetario estaba incluida en esta categoría.

Acababa de terminar cuando se abrió la puerta del despacho, y el Dr. Groves, consejero psicólogo del Interplanetario, entró con una carpeta de papeles. Sir Robert lo miró melancólicamente.

—Bueno, pájaro de mal agüero, ¿qué lío es éste del joven Hassell? Creía que todo estaba arreglado...

Groves puso una expresión preocupada mientras dejaba los expedientes sobre la mesa.

—Yo también, hasta hace algunas semanas. Hasta entonces los cinco muchachos se mantenían en forma sin dar muestras de cansancio. Entonces nos dimos cuenta de que Vic parecía preocupado por algo, y, finalmente, ayer conseguí sacárselo.

—¿Es su mujer, supongo?

—Sí, el caso, en conjunto, es muy lamentable. Vic es el tipo de padre que suele dar trabajo en el momento más inoportuno, y Maude Hassell no sabe que probablemente su marido estará en camino hacia Luna cuando llegue el hijo.

El D.G. arqueó las cejas.

—¿Cómo sabe usted que es un hijo?

—El tratamiento Weismann-Mathers es noventa y cinco por ciento infalible, Vic quería un hijo... para el caso de que no regresase.

—Ya veo. ¿Cómo cree usted que reaccionará Mrs. Hassell cuando lo sepa? Desde luego, no es todavía seguro que Vic forme parte de la tripulación.

—Me parece que lo tomará bien. Pero Vic es el que se preocupa. ¿Qué sensación tuvo usted cuando tuvo su primer hijo?

Sir Robert hizo una mueca.

—Esto es sondear el pasado. Por casualidad estaba yo fuera también, en una expedición de eclipse. Estuve a punto de destrozar un coronógrafo, de manera que comprendo el punto de vista de Vic. Pero es una gran contrariedad, tendrá usted que hacerle algunas reflexiones.

Dígale que hable de ello con su mujer, pero dígale a ella que no diga nada. ¿Es probable que se susciten nuevas complicaciones?

—Que yo prevea, no. Pero no se puede decir nunca...

—No, no se puede..., ¿verdad?

Los ojos del Director-General se fijaron en una divisa enmarcada que tenía colgada detrás de su mesa de trabajo. Desde donde estaba sentado, el Dr. Groves no podía verla, pero sabía el texto de memoria y con frecuencia le había intrigado.

«Hay siempre una cosa olvidada
aunque el mundo vaya bien.»

Un día tenía que preguntar de dónde era esta frase.

SEGUNDA PARTE

A doscientas setenta y cinco millas sobre la superficie de la Tierra, «Beta» estaba describiendo su tercer circuito alrededor del globo. Recorriendo la atmósfera como un diminuto planeta, completaba una revolución cada noventa minutos. A menos que el piloto pusiese nuevamente en marcha los motores, permanecería allí para siempre, en las fronteras del espacio.

Y, sin embargo, «Beta» era una criatura de la atmósfera superior más que de las profundidades del espacio. Como aquellos peces que algunas veces trepan por la tierra, la nave se aventuraba fuera de su verdadero elemento y sus grandes alas eran ahora inútiles placas de metal ardiendo bajo la ferocidad del sol. Sólo cuando regresase al aire que tenía debajo, volverían a entrar en servicio.

Fijado sobre el dorso de «Beta» había un torpedo alargado que podía, a la primera mirada, ser tomado por otro cohete. Pero no tenía portillas de observación, ni zumbido de motor, ni aparato de aterrizaje. La afilada forma metálica carecía casi de características, era como una bomba gigantesca que esperase el momento de ser lanzada. Era el primero de los depósitos de combustible para «Alfa», conteniendo toneladas de metano líquido que sería inyectado a los tanques de la nave del espacio cuando estuviese a punto de realizar su viaje.

«Beta» parecía estar suspendida inmóvil del cielo de ébano mientras la Tierra giraba debajo de ella. Los técnicos que llevaba a bordo, que controlaban sus instrumentos y comunicaban sus datos a las estaciones de control del planeta no parecían tener gran prisa. Para ellos no había la menor diferencia entre circundar la Tierra una vez o una docena de veces. Permanecerían en su órbita hasta que estuviesen convencidos de su tesis, a menos, cómo había hecho observar el ingeniero-jefe que se viesen obligados a regresar antes por falta de cigarrillos.

Diminutas explosiones de gas se producían a lo largo de la línea de contacto entre «Beta» y el tanque de combustible que llevaba en su dorso. Las tuercas que los unían habían sido aflojadas; muy lentamente, a una

velocidad de pocos pies por minutos, el gran tanque comenzaba a alejarse de la nave.

En el casco de «Beta» se abrió una compuerta de aire y dos hombres saltaron en el espacio revestidos de sus trajes espaciales. Por medio de cortas explosiones de gas de unos diminutos cilindros se dirigieron hacia el tanque que avanzaba y lo inspeccionaron minuciosamente. Uno de ellos abrió una escotilla y comenzó a tomar datos de los instrumentos, mientras el otro inspeccionaba el casco con un aparato portátil detector de fisuras.

Nada nuevo ocurrió durante casi una hora, aparte de los eventuales escapes de vapor de los motores a chorro auxiliares de «Beta». El piloto la iba orientando de forma que señalara su avance orbital y se veía claramente que no se daba prisa en realizar la maniobra. Una distancia de unos cien pies separaba ahora «Beta» del tanque de combustible que había transportado de Tierra. Era difícil darse cuenta de que durante su lenta separación los dos cuerpos habían dado casi la vuelta a la Tierra.

Los dos ingenieros vestidos con sus trajes del espacio habían terminado su misión. Lentamente fueron dirigiéndose hacia la nave que los esperaba y de nuevo la compuerta de aire se cerró tras ellos. Se produjo otra larga pausa mientras el piloto esperaba el momento exacto de poner los frenos en acción.

Súbitamente, un chorro de insoportable incandescencia brotó de la popa de «Beta». Los gases al rojo blanco parecían formar una sólida barra de luz. En el momento en que los motores comenzaron a funcionar, los hombres de la nave recuperaron su peso normal. Cada cinco segundos «Beta» iba perdiendo cien millas por hora de su velocidad. Rompía la órbita y no tardaría en caer de nuevo sobre la Tierra.

La intolerable llama del cohete atómico disminuyó y finalmente cesó. Una vez más los tenues chorros de control arrojaron vapor; el piloto sentía ahora prisa mientras iba haciendo virar la nave nuevamente sobre su eje. Fuera, en el espacio, una orientación es tan buena como otra, pero dentro de pocos minutos la nave entraría de nuevo en la atmósfera y tenía que ir orientando la dirección de su avance.

La espera de este primer contacto sería siempre un momento de tensión. Para los hombres de la nave se produjo en forma de suave pero irresistible tensión de los tirantes de los asientos. Aumentó lentamente minuto tras minuto hasta que se produjo un tenue zumbido a través del aislamiento de los muros. Iban cambiando altura por velocidad, velocidad que sólo podía perderse a través de la resistencia del aire. Si el tipo de cambio era demasiado alto, las recias alas podrían romperse, el casco se convertiría en metal fundido y la nave se aplastaría convertida en meteórica ruina a través de miles de millas de cielo.

Las alas mordían nuevamente el tenue aire a una velocidad de dieciocho mil millas por hora. Pese a que las superficies de control eran todavía inútiles, la nave no tardaría en responder lentamente a sus mandos. Incluso sin el uso de sus motores, el piloto podía elegir un punto de aterrizaje casi en cualquier lugar de la Tierra. Volaba con un deslizamiento hipersónico cuya velocidad le había dado un alcance mundial.

La nave iba descendiendo muy lentamente por la estratosfera perdiendo velocidad minuto por minuto. A un poco más de mil millas por hora las válvulas de aire de los tubos de chorro fueron abiertas y los hornos atómicos comenzaron a brillar con una vida mortífera. Chorros de aire abrasador brotaban de las válvulas y la nave fue abandonando su tono habitual pardo-rojizo de los óxidos nítricos. Cruzaba nuevamente la atmósfera, segura bajo su energía, y una vez más podía dirigirse a su punto de partida.

La prueba final estaba terminada. A casi trescientas millas de elevación, pasando de la noche al día cada cuarenta minutos, el primer tanque de combustible iba girando en su eterna órbita. Dentro de pocos días su compañero sería lanzado al mismo sendero por los mismos medios. Ambos serían conectados esperando el momento en que verterían su contenido en los vacíos tanques de «Alfa», lanzando la nave del espacio en dirección a la Luna...

1

Como Matthews había dicho, el «Departamento de Publicidad Negativa» había puesto en marcha sus motores, y una vez en marcha adquirieron rápidamente su máximo de velocidad. El éxito del primer lanzamiento del depósito de combustible y el triunfal regreso de «Beta» demostraban que todo lo que era controlable funcionaba perfectamente. La ya bien experimentada tripulación saldría para Australia dentro de breves días y la necesidad de guardar el secreto había pasado.

La mañana en que salió en la prensa el primer reportaje de la visita a la «Nursery», fue una mañana de hilaridad en Southbank. Los redactores científicos de los grandes cotidianos habían dado, como de costumbre, gacetillas razonablemente detalladas, pero algunos de los periódicos de menor cuantía, que habían mandado reporteros deportivos, críticos dramáticos y cualquier otro que tuviesen a mano, habían redactado historias verdaderamente maravillosas. Matthews pasó la mayor parte del día entre la jovialidad y la mortificación, y estableciendo una barricada telefónica en la dirección general de Fleet Street. Dirk le aconsejó que guardase una buena dosis de su indignación para la llegada de los reporteros de prensa trasatlánticos.

Hassell, Leduc, Clinton, Richards y Taine no tardaron en ser los blancos de una casi jamás igualada curiosidad. Sus vividas historias (minuciosamente mimeografiadas por adelantado, por Relaciones Públicas) no tardaron en convertirse en los seriales de los periódicos de todo el mundo. Ofertas de matrimonio cayeron de todas partes, abarcando los solteros y los casados sin distinción. Cartas de petición llegaron también a montones, y como Richards hizo agudamente observar: «Todos, menos los agentes de seguros de vida, quieren ofrecemos algo».

Los asuntos del Interplanetario iban ahora avanzando hacia su a climax, con la meticulosidad de una operación militar. En el plazo de una semana, la tripulación y todo el alto mando saldría rumbo a Australia. Con ellos saldría todo aquel que hubiese sido capaz de

encontrar una excusa verosímil. Durante los días que iban a seguir, por el edificio podrían con seguridad verse muchas expresiones preocupadas. Empleados jóvenes contrajeron el hábito de descubrirse súbitamente tías enfermas en Sydney o paupérrimos primos en Camberra, que requerían su inmediata presencia.

La idea de la fiesta de despedida había nacido, al parecer, en la mente del Director-General, siendo entusiásticamente aceptada por Matthews, que lamentaba no haber pensado en ello él mismo. Todo el personal del Cuartel General tenía que ser invitado, así como gran número de personas pertenecientes a la industria, la prensa, las universidades y las innumerables organizaciones con las cuales el Interplanetario mantenía relaciones. Después de la redacción de numerosas listas y su consiguiente revisión y discusión, se lanzaron un poco más de setecientas invitaciones. Incluso el Jefe de Contabilidad, que todavía temblaba ante la idea de las dos mil libras del capítulo «Hospitalidad», fue puesto en razón ante la amenaza de ser excluido.

No faltaba quien consideraba que todos estos festejos eran prematuros y que hubiera sido mejor esperar el regreso del «Prometheus». A estos eternos criticones se les contestaba que muchos de los colaboradores en el proyecto no regresarían a Londres después del lanzamiento, sino que se volverían cada cual a su tierra. Aquella era la última oportunidad de poderlo celebrar todos juntos. Pierre Leduc resumió la actitud de la tripulación cuando dijo: «Si regresamos, tendremos fiestas suficientes para el resto de nuestras vidas. Si *no,* tenéis que hacernos una buena despedida».

El hotel elegido para la «bacanalia» fue uno de los mejores de Londres, pero no lo suficientemente bueno para que sólo algunos de los ejecutivos y prácticamente ninguno de los científicos se encontrase bien en él. Se había hecho la promesa de que los discursos serían reducidos a su mínima expresión, a fin de dejar más tiempo para otros propósitos. Esto convenía perfectamente a Dirk, que tenía una profunda aversión a la oratoria y una fuerte inclinación a banquetes y «buffets».

Llegó diez minutos antes de la hora oficial y encontró a Matthews andando arriba y abajo por el *foyer,* acompañado de un par de musculados camareros. Se los indicó sin un esbozo de sonrisa.

—Son mis guardias de *corps* —dijo—. Mire atentamente y podrá ver los bultos de sus bolsillos. Esperamos cantidad de aguafiestas, especialmente por parte de la sección de Fleet Street, que no hemos invitado. Temo que esta noche tendrá usted que arreglarse solo, pero si quiere usted saber quién es quién, los tipos que vea usted con la palabra «camarero» en la solapa podrán informarle.

—Perfectamente —dijo Dirk, quitándose sombrero y gabán—. Espero que debe poderse echar un trago de cuando en cuando mientras defiende uno la posición.

—Mis reservas de urgencia están bien organizadas. Las bebidas, a propósito, se las proporcionarán los amigos que llevan en la solapa la etiqueta «técnicos de combustible». Hemos tenido que dar a cada bebida el nombre de un combustible de cohete u otro, de manera que nadie

sabe lo que obtendrá hasta que lo ha conseguido. Pero voy a decirle a usted un secreto.

—¿Cuál es?

—*¡Apártese del hidrato de hidracina!*

—Gracias por el aviso —se rió Dirk. Sintió cierto alivio al descubrir, pocos minutos después, que no se había echado mano de tales mixtificaciones y que Matthews se había estado burlando de él.

Durante la siguiente media hora, el local se llenó rápidamente. Dirk no conocía más de una persona de cada veinte y se sentía un poco aislado. Como consecuencia, se mantuvo más cerca del bar de lo que en realidad hubiera convenido. De vez en cuando saludaba a alguien con un movimiento de cabeza, pero todo el mundo estaba demasiado ocupado para que nadie se ocupase de él. Estaba verdaderamente contento de ello cuando otro compañero solitario, se unió a él en busca de compañía.

Iniciaron la conversación de una manera indiferente hasta que ésta recayó, inevitablemente, en la cercana aventura.

—A propósito —dijo el desconocido—. No le había visto a usted nunca por el Interplanetario. ¿Lleva usted mucho tiempo en él?

—Sólo cosa de tres semanas —dijo Dirk—. Tengo una misión especial para la Universidad de Chicago.

—¿De veras?

Dirk se sintió locuaz y el otro pareció sentir un especial interés por sus asuntos.

—Tengo que escribir la historia oficial del primer viaje y los acontecimientos que llevaron a él. Este viaje va a ser una de las cosas más importantes que habrán ocurrido jamás en la Tierra, y es necesario dejar constancia de ello para el futuro.

—¿Pero seguramente habrá miles de relatos técnicos y periodísticos?

—Perfectamente, verdad; pero olvida usted que serán escritos para los contemporáneos y asumirán un fondo ambiental que podría ser sólo familiar para los lectores del día. Yo tengo que intentar situarme fuera del tiempo y dejar una memoria que pueda ser enteramente leída y comprendida dentro de mil años.

—¡Cáspita! ¡Vaya trabajo!

—Sí; sólo ha llegado a ser posible recientemente gracias al nuevo desarrollo en el estudio del lenguaje y su significación, y el perfeccionamiento de los vocabularios simbólicos. Pero temo que lo estoy aburriendo...

Con gran contrariedad, por su parte, el otro no lo contradijo.

—Supongo —dijo el desconocido— que debe tener usted que conocer a la gente de aquí muy bien. Quiero decir, que ocupa usted una posición verdaderamente privilegiada.

—Es verdad; me han tratado de una forma excelente y me han ayudado en todo lo que han podido.

—Ahí va el joven Hassell —dijo su compañero—. Parece un poco preocupado, pero también lo estaría yo si estuviese en su pellejo. ¿Debe usted conocer a toda la tripulación, verdad?

—Todavía no, pero espero hacerlo pronto. He hablado con Hassell y Leduc un par de veces, pero esto es todo.

—¿Quién cree usted que va a ser elegido para la expedición?

Dirk se disponía a darle su no muy bien informado punto de vista sobre la materia, cuando vio que Matthews le hacía frenéticas señas desde el extremo de la habitación. Durante un instante, alarmantes posibilidades de un desastre vestimentario cruzaron por su mente. Después, una lenta sospecha fue alboreando en su cerebro, y murmurando una excusa se separó de su compañero.

Un momento después, Matthews confirmaba sus temores.

—Mike Wilkins es uno de los mejores en su clase; trabajábamos juntos en el *News.* Pero, por lo que más quiera, tenga cuidado con lo que le dice. Si hubiese usted asesinado a su esposa, sería capaz de hacérselo confesar haciéndole preguntas sobre el tiempo.

—Sin embargo, no creo que hubiese mucho que pudiese decirle que él no supiese ya.

—No lo crea usted. Antes de que se dé usted cuenta, se verá usted mencionado en el periódico como «importante funcionario del Interplanetario» y yo tendré que publicar la habitual e ineficaz rectificación.

—Ya comprendo. ¿Cuántos periodistas más tenemos entre nuestros huéspedes?

—Han sido *invitados* sobre unos doce —dijo Matthews en tono sombrío—. Yo en su lugar evitaría hablar demasiado francamente con gente que no conozco. Y ahora perdóneme..., tengo que volver a mi puesto de guardia.

En cuanto a él hacía referencia, pensaba Dirk, la fiesta distaba mucho de ofrecer gran animación. El Departamento de Relaciones Públicas parecía tener la obsesión de la seguridad, que Dirk consideraba esta vez había llevado al extremo. Sin embargo, comprendía perfectamente el horror de Matthews hacia las entrevistas oficiosas; había visto ya algunos de sus lamentables resultados.

Durante largo rato, la atención de Dirk estuvo después totalmente absorbida por la presencia de una muchacha extraordinariamente linda que acababa de llegar, hecho sorprendente de por sí, sin ninguna compañía. Había decidido, después de no pocas vacilaciones, lanzarse a la brecha cuando vio con excesiva claridad que la escolta había sido demorada por los deberes del convoy en alguna otra parte. Dirk no había perdido la oportunidad; no la había tenido nunca. Volvió, por lo tanto, a sus filosóficas reflexiones.

Su ánimo, sin embargo, cobró considerable brillantez durante la cena. La comida en sí fue excelente, e incluso el discurso del Director General (el cual marcó un límite a todos los demás) sólo duró diez minutos. Fue, por lo que Dirk podía recordar, una peroración sumamente amena, llena de ironías y bromas, que produjeron carcajadas en algunos sitios y amargas sonrisas en otros. El Interplanetario había sido siempre aficionado a reírse de sí mismo en privado, pero sólo desde hacía poco tiempo podía permitirse el lujo de hacerlo en público.

Los siguientes discursos fueron incluso más cortos. Algunos oradores hubieran deseado, evidentemente, disponer de más tiempo, pero no se atrevieron a tomárselo. Finalmente, McAndrews, que había actuado durante toda la fiesta de eficiente maestro de ceremonias, pidió un «toast» por el éxito del «Prometheus» y su tripulación.

Después se bailó durante mucho tiempo al ritmo nostálgico y gentil de los aire populares de los años 70.

Dirk, que en el mejor de los casos era muy mal bailarín, tuvo que realizar unos cuantos circuitos más o menos erróneos en compañía de Mrs. Matthews y otras esposas de funcionarios antes de que una total carencia de coordinación muscular le obligase a abandonar al campo. Se sentó, pues, contemplando el desarrollo de los acontecimientos, pensando en cuan amables eran todos sus amigos y haciendo leves ruiditos con la lengua cuando veía algún bailarín que había embarcado visiblemente una cantidad excesiva de «combustible».

Podía ser alrededor de medianoche cuando repentinamente se dio cuenta de que alguien estaba hablando con él. (No se había dormido, desde luego, pero descansaba mucho cerrar los ojos de cuando en cuando.) Se volvió lentamente y vio a un hombre alto, de mediana edad, que lo estaba mirando con curiosidad desde la silla de al lado. Con gran sorpresa de Dirk, no iba vestido de etiqueta ni parecía dar al hecho la menor importancia.

—He visto su placa de fraternidad —dijo el desconocido a modo de presentación—. Yo soy Sigma X también. He llegado de California hoy mismo, demasiado tarde para asistir a la cena.

Esto explicaba, pues, lo del traje, pensó Dirk, contento de sí mismo ante esta obra maestra de la deducción. Se estrecharon las manos, encantado de conocer un compatriota californiano, si bien no pudo entender su nombre. Parecía ser algo como Mason, pero en realidad no tenía importancia.

Durante algún tiempo estuvieron hablando de los asuntos de América y discutiendo las probabilidades de los demócratas de volver al poder. Dirk pretendía que los liberales tendrían nuevamente la balanza en sus manos e hizo algunos brillantes comentarios sobre las ventajas e inconvenientes del sistema tripartito. Por raro que pareciese, su compañero no pareció quedar en lo más mínimo impresionado por su ingenio y volvió a llevar la conversación al Interplanetario.

—¿No lleva usted aquí mucho tiempo, verdad? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas?

Dirk se lo dijo, extensamente. Le explicó su misión, extendiéndose pródigamente sobre su objeto e importancia. Una vez hubiese terminado su trabajo, todas las eras subsiguientes y todos los planetas posibles se darían exactamente cuenta de lo que la conquista del espacio había significado para la edad que la había conseguido.

Su amigo parecía sumamente interesado, si bien había en su voz un tenue rastro de ironía por el cual Dirk hubiera podido darle una gentil, pero firme, reprimenda.

—¿Cómo está usted en sus relaciones con la parte técnica? —le preguntó.

—A decir verdad —dijo Dirk tristemente—, llevo toda la semana pasada tratando de hacer algo a este respecto. Pero tengo un verdadero pánico a los científicos, sabe usted. Además, ahí está Matthews. Me ha sido muy útil, pero tiene sus ideas propias respecto a lo que debo hacer y no quiero herir sus sentimientos.

Era una confesión lamentablemente débil, pero había una dosis considerable de verdad en ella. Matthews lo había organizado todo, quizá con un exceso de asiduidad.

Pensar en Alfred trajo a su memoria ciertos recuerdos y Dirk sintió súbitamente una grave sospecha. Miró fijamente a su compañero decidido a no volverse a dejar coger.

El correcto perfil y la despejada frente eran tranquilizadores, pero Dirk era ya demasiado ducho en el juego para dejarse engañar. Alfred, pensó, estaría orgulloso de la manera como eludía respuestas categóricas a las preguntas de su compañero. Era, realmente, una lástima, porque el otro era un compatriota americano y había hecho un largo viaje en busca de un «hallazgo»*;* sin embargo, la lealtad más esencial tenía que observarla ante todo con sus huéspedes.

El otro debía darse cuenta de que no llegaría a ninguna parte, porque se puso de pie y dirigió a Dirk una sonrisa de perspicacia.

—Me parece —dijo antes de marcharse—, que podría ponerle a usted en contacto con las personas que le interesan de la sección técnica. Llámeme mañana a Extensión 3..., no lo olvide, 3.

Y se marchó, dejando a Dirk en un profundo estado de turbación mental. Sus temores habían sido, por lo visto, infundados; su amigo pertenecía sin duda al Interplanetario. En fin, no había manera de evitarlo.

Su siguiente claro recuerdo era estar dando las buenas noches a Matthews en el *foyer.* Alfred estaba todavía animado y contento por el éxito de la fiesta, si bien, al parecer, había tenido de vez en cuando algunos vahídos.

—Durante el concierto de gaita —dijo—, me ha parecido que el suelo se hundía bajo mis pies. ¿Se da usted cuenta de que esto hubiera retrasado la conquista del espacio lo menos durante medio siglo?

Dirk no se sentía particularmente interesado por estas lucubraciones metafísicas, pero mientras le daba las buenas noches bostezando recordó repentinamente a su desconocido californiano.

—A propósito —dijo—. He estado hablando con otro americano; creía que era un periodista, al principio. Acaba de llegar, debe usted haberlo visto; no iba vestido de noche. Me ha dicho que lo llamase mañana a «Extensión...» no sé cuántos. ¿Sabe usted quién era?

Matthews entornó los ojos.

—¿Lo tomó usted por otro periodista, verdad? Espero que ha recordado usted mis advertencias...

—Sí —dijo Dirk con orgullo—, no le he dicho nada. Por más que ¿no hubiera tenido importancia, verdad?

Matthews lo metió en el coche y cerró la puerta con un golpe. Se inclinó por la ventanilla para decirle las últimas palabras.

—No; ciertamente, no hubiera tenido importancia. No era más que el profesor Maxton, Representante del Director-General. ¡Váyase a casa y duerma pensando en ello!

2

Dirk consiguió llegar a la oficina a tiempo para almorzar, comida que, por lo que pudo ver, no gozaba de gran popularidad. No había visto nunca a tan pocos clientes en la cantina.

Cuando llamó a Extensión 3 y se presentó tímidamente al profesor Maxton, éste pareció estar contento de oírlo y lo invitó a ir a verlo en seguida. Lo encontró en el despacho contiguo al de sir Robert Derwent, casi rodeado de cajas de embalaje que contenían, según explicó, instrumentos especiales de control que tenían que ser expedidos inmediatamente a Australia. Su conversación fue frecuentemente interrumpida por las órdenes y contraórdenes del profesor a sus sudorosos ayudantes mientras iba ocupándose de todo aquel equipo.

—Siento haberle parecido quizá un poco ausente anoche —se excusó Dirk—. El hecho es que no era bien yo mismo.

—Lo comprendí —respondió secamente Maxton—. Después de todo llevaba varias horas... ¡Eh, idiota, no ponga esta caja cabeza abajo! Perdone, Alexson, no me refería a usted...

Hizo una pausa para respirar.

—Esto es infernal; no sabe uno nunca lo que va a necesitar, y puede usted estar seguro de que al final lo más importante se habrá quedado en tierra.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Dirk, asombrado del número de relucientes instrumentos y la mayor cantidad de tubos de radio que había visto en toda su vida.

—Instrumental de autopsia —dijo Maxton suficientemente—. Los datos de los instrumentos principales de «Alfa» son telemetrados a la Tierra. Si algo ocurre, por lo menos sabremos lo que ha pasado.

—Esto no es una conversación muy alegre después de la animación de anoche.

—No, pero es práctica y puede economizar millones de dólares, y salvar muchas vidas. He oído hablar de su proyecto en los Estados Unidos, y me pareció una idea muy interesante. ¿Quién la inició?

—La Fundación Rockefeller. División de Historia y Registros.

—Celebro que, por fin, los historiadores se hayan dado cuenta de que la ciencia juega un papel muy importante en la forma del mundo. Cuando yo era chiquillo, sus libros no eran más que hazañas militares. Entonces los deterministas económicos ocupaban el campo hasta que los neo-freudianos los echaron con una gran carnicería. Acabamos solamente ahora de obtener su control, de manera que esperemos que finalmente tendremos un punto de vista equilibrado.

—Esto es exactamente a lo que tiendo yo —dijo Dirk—. Comprendo que toda clase de motivos tiene que haber inspirado a los hombres que fundaron el Interplanetario. Quiero analizarlos y estudiarlos hasta

donde sea posible. Respecto a los hechos, Matthews ha puesto a mi disposición cuanto deseo.

—¿Matthews? ¡Ah, el de Relaciones Públicas! Se imaginan dirigir la casa; no se crea todo lo que le digan, especialmente acerca de nosotros.

Dirk se echó a reír.

—¡Yo creía que el Interplanetario era una gran familia, unida y feliz!

—En conjunto, nos llevamos bastante bien, en particular en las altas esferas. Por lo menos, ofrecemos un frente unido al mundo exterior. Como clase, creo que los científicos son los que mejor trabajan, especialmente cuando tienen una meta común. Pero siempre se producen choques personales y parece haber una inevitable rivalidad entre los grados técnicos y no técnicos. Algunas veces todo ocurre dentro de una cierta cordialidad, pero con frecuencia se mezcla una cierta dosis de amargura.

Mientras Maxton hablaba, Dirk había estado estudiándolo cuidadosamente. Su primera impresión se había confirmado. El R. del D.G. no era solamente un hombre de gran brillantez, sino de vasta cultura y simpatía. Dirk se preguntaba cómo podía entenderse con su igualmente brillante, pero ferozmente estricto colega, sir Robert. Sus personalidades de tan relevante contraste tenían que entenderse perfectamente o no trabajar juntas jamás.

A la edad de cincuenta años, el profesor Maxton era generalmente considerado como el ingeniero que ocupaba la cabeza del mundo atómico. Había desempeñado un papel importantísimo en el desarrollo de los sistemas de propulsión nuclear de la aviación, y los dispositivos de propulsión de la nave «Prometheus» estaban basados casi enteramente en sus proyectos. El hecho de que un hombre como él, que hubiera podido pedir el precio que hubiese querido a la industria, trabajase allá a un salario casi nominal, le parecía a Dirk un detalle muy significativo.

Maxton llamó a un muchacho muy rubio, de unos veinte años, que pasaba por allí.

—Venga un minuto, Ray, tengo otro trabajo para usted.

El muchacho se acercó con una sonrisa preocupada.

—Espero que no sea nada pesado. Tengo un poco de dolor de cabeza esta mañana.

Maxton hizo una seña a Dirk, pero se abstuvo, después de una visible lucha interior, de hacer ningún comentario.

Los presentó en pocas palabras.

—El doctor Alexson... Ray Collins, mi secretario particular. El fuerte de Ray es la hiperdinámica; en una palabra, pero justa, en aerodinámica hipertónica, por si no lo sabía usted. Ray, el doctor Alexson es especialista en historia, de manera que supongo que adivina usted lo que está haciendo aquí. Espera ser el Gibbon de la astronáutica.

—¡No la «Decadencia y Caída del Interplanetario», espero!... Encantado de conocerlo.

—Quisiera que ayudase usted al doctor Alexson con sus conocimientos técnicos. Acabo de rescatarlo de las feroces garras de la

banda McAndrews, de manera que probablemente tiene algunas ideas fantásticas sobre estas cosas.

Se volvió para contemplar el caos que lo rodeaba, vio que sus secretarios estaban mirando el precario asiento que había ocupado y se trasladó a otra caja de embalaje.

—Será mejor que le explique —continuó—, si bien es probable que lo sepa usted ya, que nuestro pequeño imperio técnico tiene tres principales divisiones. Ray; aquí presente, es uno de nuestros técnicos del aire; se preocupa de llevar la nave en seguridad a través del espacio en ambas direcciones, con un mínimo de daño. Su sección suele ser mirada con desprecio por los sabuesos del espacio que consideran la atmósfera únicamente como una molestia. Ahora que les hemos enseñado cómo utilizar el aire como abastecimiento gratis de combustible, para la primera parte del viaje por lo menos, han cambiado de tonada.

Este era uno de los cien puntos que Dirk no había entendido nunca debidamente y tomó mentalmente nota de ponerlo a la cabeza de su lista de preguntas.

—Después hay los astrónomos y los matemáticos, que forman una especie de sindicato muy estricto por sí solos, pese a que han sufrido alguna pesada infiltración por parte de los ingenieros electrónicos con sus máquinas de calcular. Ellos son quienes, desde luego, tienen que hacer el cómputo de las órbitas y nuestro trabajo matemático grueso, que es en realidad muy extenso. Sir Robert se ocupa personalmente de ellos.

»Finalmente, tenemos a los ingenieros de cohetes, benditos sean. Encontrará usted muy pocos aquí, porque están casi todos en Australia.

»De manera que ya lo tiene usted, si bien he pasado por alto varios grupos, como el de comunicaciones y control, y los facultativos médicos. Ahora lo pondré a usted en manos de Ray y él se ocupará de usted.

Dirk hizo una leve mueca al oír la frase; le parecía que había demasiada gente que había estado «ocupándose de él». Collins lo llevó a un pequeño despacho no lejos de allí donde se sentaron y cambiaron un cigarrillo. Después de estar echando humo durante. algún rato, el aerodinamista señaló la puerta con el pulgar, y dijo:

—¿Qué le parece a usted el jefe?

—Estoy un poco influenciado, comprende usted... Somos del mismo Estado. Parece un hombre notable, culto, así como técnicamente brillante. No es una combinación muy corriente. Y es sumamente servicial.

Collins comenzó a dejar translucir su entusiasmo.

—¡Es perfectamente cierto! Es el hombre mejor con quien puede uno trabajar y no creo que tenga un solo enemigo. Hay un gran contraste con sir Robert, que los tiene a docenas entre la gente que lo conoce sólo superficialmente.

—He hablado con el Director-General sólo una vez. No acabo de sacar nada en limpio.

Collins se echó a reír.

—Se necesita tiempo para acostumbrarse a él; no tiene, indudablemente, la simpatía fácil del profesor Maxton. Si uno hace una cosa mal, el D.G. le tira a uno de las orejas, mientras que el profesor le dirige una mirada dolorida que le hace a uno sentirse como un envenenador profesional de niños. Ambas técnicas son perfectas, y todo el mundo quiere a sir Robert una vez se ha acostumbrado a él.

Dirk examinaba la habitación con peculiar interés. Era la típica sala de dibujo con la iluminación moderna sobre la mesa de los planos situada en una esquina. Las paredes estaban cubiertas de gráficos y dibujos sobre papel oscuro, alternados con fotografías, de cohetes dirigiéndose espectacularmente a lejanos puntos. El sitio de honor estaba dedicado a una vista ampliada de la Tierra tomada a una altura de, por lo menos, mil millas. Dirk supuso que pertenecía también a la película que Matthews le había facilitado ver. Sobre la mesa de Collins había una fotografía de una especie muy diferente; la fotografía de una muchacha muy linda a quien Dirk creía haber visto un par de veces durante el almuerzo. Collins debía haber observado su interés, pero en vista de que no daba explicación alguna, Dirk supuso que no estaba todavía casado y era, como él mismo, un soltero lleno de optimismo.

—¿Supongo que ha visto usted nuestro film «La Ruta del Espacio»? —dijo finalmente el aerodinamista.

—Sí, me ha parecido muy bueno.

—Ahorra muchas palabras y expone las ideas básicas con mucha claridad. Pero, desde luego, está ya un poco pasado de moda, y supongo que está usted todavía un poco en la oscuridad respecto los últimos adelantos; particularmente la propulsión atómica del «Prometheus».

—Es verdad —dijo Dirk—. Para mí es un misterio completo.

Collins esbozó una leve sonrisa de extrañeza.

—Me asombra usted —se lamentó—. Bajo un punto de vista técnico es mucho más sencillo que el motor de combustión interna que todo el mundo conoce perfectamente. Pero, por una razón u otra, la gente imagina que la propulsión atómica *tiene* que ser incomprensible, de manera que no hacen siquiera el esfuerzo para entenderla.

—Yo haré el esfuerzo —dijo Dirk riéndose—. A usted le toca hacer lo demás. Pero le ruego recuerde... que sólo quiero entender lo suficiente para seguir lo que se está haciendo. No tengo la intención de dedicarme a hacer planos de una nave del espacio.

3

—Creo poder suponer —dijo Collins con cierta vacilación— que conoce usted los cohetes de tipo común y que entiende cómo funcionan en el vacío...

—Comprendo —respondió Dirk— que si se expulsa una gran cantidad de materia desde un artefacto a gran velocidad tiene forzosamente que producirse una reacción de impulso.

—Bien. Es sorprendente la cantidad de gente que parece creer que un cohete tiene que tener «algo contra qué empujarse», como suele invariablemente decir. Comprenderá usted, por lo tanto, que el inventor

de un cohete trata siempre de alcanzar el máximo posible de velocidad, y un poco más, del chorro que impulsa la máquina hacia delante. Es obvio que la velocidad del vaciado determina la velocidad que el cohete conseguirá alcanzar.

»Los viejos cohetes químicos, como la V-2, tienen velocidades de chorro de una a dos millas por segundo. Con estos resultados, transportar una carga de una tonelada a la Luna y regreso hubiera requerido varios miles de toneladas de combustible, lo cual era impracticable. Lo que todo el mundo buscaba era un suministro de combustible sin peso. Las reacciones atómicas, que son un millón o más de veces más poderosas que las químicas, virtualmente nos lo dan. La energía soltada por las pocas libras de materia de las primeras bombas atómicas hubieron podido llevar mil toneladas a la Luna..., y regreso.

»Pero si bien la energía había sido creada, nadie sabía exactamente cómo utilizarla para la propulsión. Este pequeño problema acaba sólo de ser solucionado ahora, y han sido necesarios treinta años para producir los ineficientes cohetes atómicos de que disponemos hoy.

»Mire el problema desde este punto de vista. En el cohete químico, conseguimos nuestro vacío propulsor quemando un combustible y dejando a los gases calientes adquirir velocidad expansionándose a través de una válvula. En otras palabras, cambiamos calor por velocidad, cuanto más caliente está la cámara de combustión, más rápidamente saldrá el chorro de ella. Obtendríamos el mismo resultado si hoy en lugar de quemar combustible calentásemos la cámara de combustión con alguna fuente exterior. En otras palabras, podemos hacer un cohete inyectando en él el gas que queramos, incluso aire, a un dispositivo calentador, y después dejándolo escapar por la válvula. ¿O. K.?

—Sí, hasta ahora está bastante claro.

—Muy bien. Ahora bien, como usted sabe, se puede obtener tanto calor como quiera de una pila atómica haciéndola de materias más y más ricas. Si se pasa usted, desde luego, la pila se fundirá quedando reducida a un charco de uranio líquido con carbono formando pompas en la superficie. Mucho antes de que tal cosa ocurra, todo hombre sensible hubiera salido disparado por encima del horizonte.

—¿Quiere usted decir que puede estallar como una bomba atómica?

—No, no podría hacer esto. Pero un horno radiactivo inacercable puede ser tan nocivo a su manera. De todos modos, no se alarme usted, esto no podría ocurrir si se tomaban las precauciones más elementales.

»Teníamos, por consiguiente, que planear una especie de reactor atómico que calentase una corriente de gas a una temperatura sumamente alta, no de menos de 4.000 grados centígrados. En vista de que todos los metales conocidos se funden muy por debajo de esto, el problema nos dio serios dolores de cabeza.

»La respuesta que dimos es llamada «reactor de foco lineal». Es una larga y delgada pila de plutonio y el gas es inyectado por uno de los extremos intensamente caliente en el cual podemos concentrar o enfocar el calor de los elementos circundantes. En el centro, la

temperatura del chorro es de 6.000 grados, más caliente que el sol, pero donde toca las paredes es sólo de una cuarta parte de esto.

»Hasta ahora no le he dicho qué gas vamos a emplear. Supongo que comprende usted que cuanto más ligero es, estrictamente hablando, cuanto más bajo es su peso molecular, con mayor rapidez avanzará cuando salga por el chorro. Siendo el hidrógeno el más ligero de los elementos, sería el combustible ideal, con el helio como buen sustituto. Tengo que explicarle, al pasar, que seguimos usando todavía la palabra «combustible», pese a que actualmente no lo quemamos, sino que lo usamos simplemente como fluido accionador.

—Esta es una de las cosas que me habían intrigado —dijo Dirk—. Los viejos cohetes químicos llevaban sus propios tanques de oxígeno, y es un poco desconcertante ver que los actuales artefactos no llevan nada parecido.

Collins se rió.

—Podemos incluso usar helio como «combustible» —dijo—, pese a que no lo quememos, ni incluso tome parte alguna en ninguna reacción química.

»Ahora bien, pese a que el hidrógeno es el «fluido accionador», como lo he llamado, es un elemento imposible de tratar. En estado líquido hierve a una temperatura fantásticamente baja y es tan ligero que una nave del espacio tendría que llevar tanques del tamaño de un gasógeno. De manera que lo llevamos combinado con carbono en forma de metano líquido (CH_4) que no es difícil de manejar y tiene una densidad razonable. En el reactor se transforma en carbono e hidrógeno. El carbono es un poco molesto y tiende a entorpecer la acción, pero esto es inevitable. De vez en cuando nos desembarazamos de él cerrando el chorro principal y regando el motor con un chorro de oxígeno. Se forma un lindo castillo de fuegos artificiales.

»Este es pues el principio de los motores de las naves del espacio. Dan velocidades de expulsión tres veces superiores a las de los cohetes químicos, pero aun así tenemos que trasportar una enorme cantidad de combustible. Y hay además toda una serie de problemas de los que no le he hablado; preservar la tripulación de las radiaciones de la pila era el peor.

»Alfa, el componente superior del «Prometheus» pesa unas trescientas toneladas de las cuales doscientas cuarenta son combustible. Si parte de una órbita alrededor de la Tierra, puede hacer el aterrizaje en la Luna y regreso con una pequeña reserva.

»Tiene, como usted sabe, que ser llevada hasta esta órbita, por «Beta». «Beta» es una máquina voladora de velocidad superalta dotada también de chorros atómicos. Arranca como un cohete de chorro usando aire como o combustible, y solo conecta con los tanques de metano cuando sale del plafón de la atmósfera. Como se dará usted cuenta, el no tener que transportar combustible para la primera parte de su viaje, ayuda considerablemente.

»Al despegue, el «Prometheus» pesa quinientas toneladas y es no solamente la más rápida, sino la más pesada de todas las máquinas voladoras. Para lanzarla al aire, Westinghouse nos ha construido una

pista de lanzamiento eléctrica de cinco millas de longitud en el desierto. Cuesta casi tanto como la nave misma, pero desde luego será utilizada una y otra vez.

»Para resumir, por consiguiente; lanzamos los dos componentes a la vez y suben hasta que el aire es demasiado tenue para accionar los chorros. Entonces «Beta» conecta con ella los tanques de combustible y alcanza una velocidad circular de trescientas millas. «Alfa», desde luego no ha usado todavía combustible, en realidad, sus tanques están casi vacíos cuando «Beta» lo lleva hacia arriba.

»Una vez la «Prometheus» ha embarcado el combustible de los dos continentes que hemos hecho girar alrededor, las dos naves se separan, «Alfa» se acopla a los tanques por medio de tuberías e inyecta el combustible a bordo. Esto lo hemos practicado ya y sabemos que es factible. Es llamado aprovisionamiento orbital y es en realidad la clave de todo el problema porque nos permite realizar el trabajo en diferentes fases. Sería absolutamente imposible construir un enorme nave del espacio que pudiese hacer el viaje a la Luna y regreso con una sola carga de combustible.

»Una vez «Alfa» está aprovisionada, hace funcionar sus motores hasta conseguir dos millas suplementarias por segundo a fin de salir de la órbita y alcanzar la Luna. Llega a la Luna al cabo de cuatro días, permanece en ella una semana y entonces regresa, entrando en la misma órbita que antes. La tripulación se traslada a «Beta», que sigue girando pacientemente con su aburrido piloto (que no tendrá la menor publicidad) y la trae nuevamente a la Tierra. Y eso es todo lo que hay. ¿Puede ser más sencillo?»

—Me hace usted extrañarme —dijo Dirk riéndose— de que no se haya hecho hace ya años.

—Esta es la reacción habitual —dijo Collins contrariado e irónico—. Al forastero no le es fácil darse cuenta de las terribles dificultades que había que resolver en casi cada una de las fases del problema. Aquí es donde el tiempo y el dinero intervienen. Hubiera sido posible, incluso ahora, sin las investigaciones mundiales que se han estado llevando a cabo durante los últimos treinta años. La mayor parte de nuestro trabajo era recoger los resultados del trabajo de otros y adaptarlos a nuestro uso.

—¿Cuánto diría usted que ha podido costar la «Prometheus»? —preguntó Dirk pensativo.

—Es casi imposible decirlo. Todas las investigaciones de los laboratorios del mundo durante dos generaciones, a partir de 1920, han sido consagradas a esta máquina. A esto hay que añadir los dos billones de dólares que cuesta el proyecto de la bomba atómica, los centenares de millones de marcos que los alemanes gastaron en Peenemünde y la serie de millones de libras que el gobierno británico ha gastado en el desierto australiano.

—De acuerdo, ¿pero debe usted tener una idea del dinero que en conjunto se gastó en la «Prometheus» misma?

—Pues, incluso en esto obtuvimos apoyo técnico impagable... y equipo, por nada. Sin embargo, el profesor Maxton una vez calculó que

la nave costó unos diez millones de libras en investigaciones y cinco millones en su construcción. Esto significa, hizo observar alguien, que estamos comprando la Luna a una libra la milla cuadrada. No parece mucho y, desde luego, las futuras naves costarán mucho menos. Incidentalmente, me parece que estamos ya casi recuperando los gastos, con el film y los derechos de la radio. ¡Pero quién se preocupa del dinero, además!

Sus ojos se fijaron en la fotografía de la distante Tierra y su voz adquirió repentinamente un acento pensativo.

«Estamos conquistando la libertad de todo el Universo, y todo lo que esto implica no creo que pueda ser valorado en términos de libras y dólares. A la larga, el conocimiento paga siempre en buena moneda, pero sigue estando todavía fuera de todo precio.»

4

Las entrevistas de Dirk con el profesor Maxton y Raymond Collins marcaron un punto inconscientemente crucial en su manera de pensar y en general, en toda su vida. Le parecía, quizá erróneamente, que había encontrado la fuente de las ideas que McAndrews y Matthews le habían comunicado de segunda mano.

Nadie hubiera podido estar más alejado del tipo del científico de la ficción fríamente apasionado, que el Secretario del Director-General. Era no solamente un ingeniero de primera clase, sino que se daba cuenta de una manera obvia de la importancia de su trabajo. Hubiera sido apasionante descubrir los motivos que lo habían llevado, a él y a sus colegas, a aquel campo de actividades. La codicia del poder personal no parecía una explicación verosímil en los casos que Dirk había conocido. Tenía que ser cauteloso con ciertas ilusiones, pero aquellos hombres parecían tener unos desinteresados proyectos que eran muy reconfortantes. El Interplanetario estaba inspirado por un celo misionero que la competencia técnica y un sentido del humor habían librado del fanatismo.

Dirk se daba sólo parcialmente cuenta de los efectos que su nuevo ambiente estaba produciendo en su carácter. Iba perdiendo mucha de su desconfianza; la idea de conocer gente extraña, que no hacía mucho tiempo le producía una cierta aprensión, no lo preocupaba ya. Por primera vez en su vida se encontraba entre hombres que estaban dando forma al futuro y no meramente interpretando el caduco pasado. Aunque no era más que un espectador, empezaba a compartir sus emociones y sentir sus triunfos y fracasos.

«Estoy muy impresionado», escribió en su diario aquella noche, «por el Profesor Maxton y su personal. Parecen tener un punto de vista de las aspiraciones del Interplanetario mucho más claro y vasto que el personal no-técnico que hasta ahora he conocido. Matthews, por ejemplo, está siempre hablando del avance científico que alcanzaremos una vez hayamos llegado a la Luna. Quizá porque dan esta clase de cosas por descontadas, los científicos parecen a su vez más interesados

por las repercusiones culturales y filosóficas, pero no tengo que generalizar a causa de algunos casos que pueden no ser típicos.»

«Me parece que tengo ya una visión muy clara del conjunto de la organización. Ahora se trata solamente de ir añadiendo detalles, y me será posible hacerlo gracias a mis notas y a la cantidad de fotostatos que he recogido. No tengo ya la impresión de ser un forastero contemplando el trabajó de una máquina incomprensible. En realidad, ahora me siento como si formase ya parte de la organización..., si bien no tengo que dejarme absorber demasiado por ella. Es imposible ser neutral, pero un poco de independencia es necesaria.»

«Hasta ahora he conservado ciertas dudas y vacilaciones acerca del vuelo por el espacio. Sentía, de una manera subconsciente, que era algo demasiado grande para el hombre. Como Pascal, me sentía aterrado por el silencio y el vacío del infinito espacio. Ahora veo que estaba equivocado.» sí «El error que cometía era la eterna obsesión de aferrarse al pasado. Hoy conozco hombres que piensan en millones de millas con la misma naturalidad que yo pensaba en centenares de ellas. En otros tiempos mil millas era una distancia que escapaba a toda comprensión y no obstante hoy es una distancia que se recorre entre las dos comidas. La escala de velocidad tiene que cambiar nuevamente en breve y con una rapidez sin precedentes.»

«Los planetas, ahora lo comprendo, no están más lejos de lo que nuestra imaginación los sitúa. La nave «Prometheus» no necesitará más allá de cien horas para alcanzar la Luna, sin dejar un instante de hablar con Tierra; los ojos del mundo estarán fijos sobre ella. ¡Cuan insignificante parece hoy un viaje interplanetario si lo comparamos con las semanas y los meses y los años de los grandes viajes del pasado!»

«Todo es relativo, y el tiempo llegará a serlo también cuando nuestras mentes abarquen todo el Sistema Solar como hoy abarcan la Tierra. Entonces, supongo, cuando los científicos miren pensativamente hacia los estrellas, muchos gritarán: "¡No queremos el vuelo interestelar! ¡Los nueve planetas les bastaban a nuestros abuelos y por lo tanto tienen que bastarnos a nosotros!"»

Dirk dejó su pluma con una sonrisa y dejó que su imaginación vagase por el reino de la fantasía. ¿Se enfrentaría jamás el hombre con este maravilloso reto mandando sus naves a los insondables golfos que separan las estrellas? Recordaba una frase que un día había leído: «Las distancias interplanetarias son un millón de veces mayores que las que estamos acostumbrados en la vida cotidiana, pero las distancias interestelares son un millón de veces más grandes todavía.» Su mente se tambaleaba ante el misterio, pero seguía aferrándose a la frase: «Todo *es relativo».* En unos cuantos miles de años, el hombre ha pasado del remo a la nave del espacio. ¿Qué será capaz de hacer todavía en el seno de los eones que se extiende delante de él?

5

Sería falso afirmar que los cinco hombres sobre los cuales estaban fijas las miradas de todo el mundo en aquellos momentos se

consideraban como unos osados aventureros dispuestos a arriesgar sus vidas en un maravilloso juego científico. Eran unos técnicos prácticos y obstinados sin la menor intención de jugar juego alguno, en todo caso, en cuanto a sus vidas hacía referencia. Había un riesgo, desde luego, pero un riesgo se corre cuando uno toma el tren de las 8.10 para la City.

Cada cual había reaccionado a su manera ante la publicidad de la última semana. La habían esperado, y se encontraban preparados. Hassell y Leduc habían atraído ya las miradas del público en otras ocasiones y sabían cómo aguantarlas evitando la parte más enojosa. Los otros tres miembros de la tripulación, al ver caer sobre ellos la fama, mostraron una tendencia a agruparse buscando una mutua protección. Este gesto les fue fatal, porque los hacía fácil pasto para los periodistas.

Clinton y Taine estaban todavía poco acostumbrados a ser interviuados para gozar con ello, pero su colega canadiense Jimmy Richards lo odiaba. Sus respuestas, no excesivamente corteses al principio, se fueron haciendo progresivamente más y más bruscas a medida que pasaba el tiempo y se iba cansando de contestar las mismas preguntas *ad nauseam.* En una famosa ocasión, al verse acorralado por una dama reportero, particularmente indiscreta, su actitud fue bastante menos que galante. Según la descripción más tarde propalada por Leduc, la interviú se desarrolló más o menos de esta forma:

—Buenos días, mister Richards. ¿Espero que no tendrá usted inconveniente en contestarme algunas preguntas para el *West Kensington Clarion...?*

Richards (enojado, pero todavía bastante amable):

—Desde luego, pero tengo que reunirme con mi mujer dentro de unos minutos.

—¿Lleva usted mucho tiempo casado?

—Unos doce años.

—¡Oh!... ¿Hijos?

—Dos. Las dos niñas, si mal no recuerdo.

—¿Aprueba su esposa que vuele usted fuera de la Tierra de esta forma?

—Ella sabrá lo que hace.

(Pausa, durante la cual la periodista se dio cuenta de que su ignorancia de la taquigrafía no le representaba un handicap.)

—¿Supongo que siempre ha sentido usted el ansia de ir hacia las estrellas y... eh... plantar el pabellón de la humanidad en otros mundos?

—Ni hablar. Jamás pensé en ello hasta hace un par de años.

—¿Entonces cómo ha sido usted elegido para este vuelo?

—Porque soy el segundo ingeniero atómico de este mundo.

—¿Siendo el primero...?

—El Profesor Maxton, que tiene demasiado valor para arriesgarse.

—¿Se siente usted algo nervioso?

—¡Oh, sí! Tengo mucho miedo a las arañas, a los charcos de plutonio de más de un pie de ancho y a todo lo que mete ruido por la noche.

—Me refiero..., ¿siente usted algún nerviosismo por este viaje?

—Tengo un miedo cerval. Ya ve usted que estoy temblando. (Hace una demostración con avería menor en los muebles.)

—¿Qué espera usted encontrar en la Luna?

—Mucha lava y poca cosa más.

(La periodista adoptando una actitud inquieta y visiblemente dispuesta a dar por terminada la interviu.)

—¿Espera usted encontrar alguna vida en la Luna?

—Es muy probable. En cuanto aterricemos espero oír un golpe en la puerta y una voz que diga: «¿Tendría usted inconveniente en contestar algunas preguntas para el *Selenites Weekly?*»

No todas las intervius, desde luego, se desarrollaron siguiendo estas normas y hay que decir en honor a Richards que éste siempre juró que todo había sido inventado por Leduc. La mayoría de los periodistas que actuaban en el Interplanetario eran graduados en ciencias que habían emigrado al periodismo. Su tarea era en cierto modo ingrata y desagradecida, porque el mundo periodístico los consideraba unos desertores, mientras el mundo científico los tenía por unos apóstatas y marrulleros.

Quizá ningún punto había atraído tanto la atención del mundo como el hecho de que dos de los cinco miembros de la tripulación eran meros reservas destinados a permanecer en la Tierra. Durante algún tiempo el número de combinaciones posible llegó a ser tan popular que los «bookmakers» comenzaron a interesarse por el asunto. Era creencia general que siendo Hassell y Leduc ambos pilotos de cohete, uno de ellos, pero no los dos, sería elegido. Pudiendo este género de discusión tener efectos nocivos sobre los hombres, el Director General manifestó claramente que este argumento carecía totalmente de valor. Debido a su entrenamiento, cualquier combinación de tres hombres formaría una tripulación apta y eficiente. Insinuó, sin hacer una declaración formal, que la elección final podía en todo caso hacerse a la suerte. Nadie, y menos aún ninguno de los cinco hombres afectados, era de esta creencia.

La preocupación de Hassell por su futuro hijo había llegado a ser del dominio público, lo cual no arreglaba las cosas. Al principio sólo había sido un vago recelo mental que había estado en condiciones de ocultar, pero a medida que pasaban las semanas había ido preocupándolo más y más hasta que su eficiencia llegó a fallar. Cuando se dio cuenta de ello, su preocupación aumentó y el proceso alcanzó su apogeo.

No siendo su temor una cosa personal, sino que afectaba a una persona amada, y teniendo además un fundamento lógico, poco era lo que podían hacerle los psicólogos. No podían proponerle, por ejemplo, tratándose de un hombre de su carácter y temperamento, que pidiese su retiro de la expedición. No podían hacer más que observar y esperar; y Hassell sabía perfectamente lo que estaban esperando.

Dirk pasó poco tiempo en Southbank durante los días que precedieron el éxodo. Allí era imposible trabajar; los que se iban a Australia estaban demasiado ocupados haciendo sus equipajes y poniendo en orden sus asuntos, mientras los que se quedaban no parecían muy dispuestos a colaborar. El irreprensible Matthews había sido uno de los sacrificados; McAndrews lo dejaba en representación suya. Era una decisión muy razonable, pero los dos hombres no se dirigían ya la palabra. Dirk estaba muy contento de mantenerse alejado de su camino, especialmente habiéndose mostrado un poco vejados por su deserción al mundo de los científicos.

Veía también muy poco a Maxton y Collins porque el departamento técnico estaba en un estado de tumulto organizado. Por lo visto se había llegado a la decisión de que en Australia se necesitaría *todo.* Sólo Sir Robert Derwent parecía completamente feliz en medio del desorden y Dirk quedó bastante sorprendido al recibir su llamada una mañana. Ocurrió casualmente uno de los raros días en que se encontraba en el Cuartel General. Era su primera entrevista con el Director-General desde su breve visita del día de su llegada.

Entró con cierta timidez pensando en todas las historias que había oído referir sobre él. El D.G. se dio probablemente cuenta y comprendió su desconfianza porque hubo en sus ojos una franca sonrisa de afabilidad mientras le estrechaba la mano y le ofrecía asiento.

La habitación no era mayor que la mayoría de las otras que había visto en Southbank, pero su situación en la esquina del edificio le daba una vista sin rival. Desde allí se dominaba toda la orilla del río desde Charing Cross hasta el Puente de Londres.

Sir Robert no perdió tiempo y fue derecho al grano.

—El Profesor Maxton me ha hablado de su misión —dijo—. ¿Supongo que nos tiene usted a todos medidos y pesados, a punto de ser archivados para ser examinados por la posteridad...?

—Espero, Sir Robert —dijo Dirk sonriendo—, que el resultado final no será tan extático como esto. No estoy aquí principalmente para registrar los hechos, sino las influencias y motivos.

El Director-General golpeó ligeramente la mesa y tranquilamente dijo:

—¿Y cuáles son los motivos, a su juicio, que alientan nuestro trabajo?

La pregunta, por su claridad e intención, dejó a Dirk algo perplejo.

—Son muy complejos —comenzó diciendo, a la defensiva—. Provisionalmente, yo diría que pueden dividirse en dos clases, material y espiritual.

—Consideraría bastante difícil imaginar otra categoría —dijo el D.G. sonriendo.

Dirk esbozó una sonrisa ligeramente embarazada.

—Quizá haya generalizado demasiado —dijo—. Lo que quiero decir es esto: los primeros hombres que adelantaron la idea de un viaje interplanetario eran unos visionarios enamorados de un sueño. El hecho de que fuesen a la vez técnicos no tiene importancia: eran, esencialmente, artistas que usaban su ciencia para crear algo nuevo. Si

el vuelo por el espacio hubiese sido una cosa sin uso práctico concebible, hubiesen sentido exactamente el mismo deseo de realizarlo.

»Este es el motivo espiritual, como lo he llamado. Quizá «intelectual» sería la expresión más apropiada. Es imposible analizarlo más allá, porque representa un impulso básico humano, el de la curiosidad. Por el lado material, tienen ustedes ahora la visión de grandes y nuevas industrias y procesos de ingeniería y el deseo de crear compañías de comunicación de un billón de dólares, para reemplazar los millares de transmisoras de superficie por dos o tres estaciones en el espacio. Este es el aspecto Wall Street de la imagen, que, desde luego, tiene que venir mucho después.

—¿Y cuál de estos motivos? —dijo Sir Robert, apremiando implacablemente— consideraría usted el predominante aquí?

Dirk empezaba ya a sentirse completamente a sus anchas.

—Antes de venir a Southbank —dijo— imaginaba el Interplanetario, cuando pensaba en él, como un grupo de técnicos en busca de dividendos científicos. Esto es lo que pretenden ustedes ser y engañan a mucha gente. La descripción puede ser aplicable a algunos de los grados intermedios de su organización, pero no es verdad en su alto grado.

Dirk tendió su arco y lanzó una larga flecha al invisible blanco que se hallaba en la oscuridad.

—Creo que el Interplanetario es dirigido, y ha sido dirigido siempre, por visionarios, poetas, si usted quiere, que son casualmente también científicos. Algunas veces el disfraz no es muy bueno.

Hubo un momento de silencio. Después Sir Robert, en una voz en cierto modo retenida, si bien había en ella un cierto rasgo de ironía, dijo:

—Es una acusación que nos ha sido dirigida ya otras veces. No lo hemos negado nunca. Alguien dijo que toda forma de actividad humana es una especie de juego. No nos damos vergüenza de querer jugar con naves del espacio.

—Y durante el curso de su juego —dijo Dirk— cambiarán ustedes el mundo y quizá el Universo.

Miró a Sir Robert con una nueva comprensión. No veía ya en él aquella cabeza decidida de bulldog, con su ancha frente, porque súbitamente había recordado la descripción que Newton hizo de sí mismo, comparándose a un chiquillo recogiendo brillantes guijarros de colores en las orillas del océano del saber.

Sir Robert Derwent, como todos los grandes científicos, era este chiquillo. Dirk lo creía así; en un análisis final, hubiera sido capaz de cruzar el espacio sin más objeto que ver la Tierra girar día y noche sobre los brillantes picos de la Luna, o los anillos de Saturno, en todo su inimaginable esplendor, franqueando el espacio hasta su más próxima luna.

El hecho de saber que aquel era su último día en Londres llenaba a Dirk de un culpable pesar. Pesar, porque no había visto prácticamente nada de la ciudad; culpable porque no podía dejar de reconocer que esto era en parte culpa suya. Verdad era que había estado terriblemente ocupado pero mirando atrás, hacia las semanas transcurridas, era difícil creer que sólo había estado dos veces en el British Museum y en la catedral de San Pablo sólo una. No sabía cuándo volvería a ver Londres, porque tenía que regresar directamente a América.

Hacía un día más bien frío y era probable que más tarde lloviese. No tenía en su casa nada que hacer porque todos sus papeles habían sido enviados ya y le precedían estando ya a medio viaje alrededor del mundo. Había dicho adiós a la mayoría de los miembros del Interplanetario, a quienes no volvería a ver más y a los otros tendría que verlos todavía en el aeropuerto de Londres la mañana siguiente a primera hora. Matthews, que le había cobrado al parecer un gran afecto, lo había despedido casi con lágrimas en los ojos e incluso sus compañeros de lucha, Sam y Bert, habían insistido en dar una pequeña fiesta de despedida en la oficina. Cuando se alejó de Southbank por última vez, Dirk se dio cuenta con el corazón encogido, de que estaba diciendo adiós también a una de las épocas más felices de su vida. Había sido feliz porque había estado ocupado, porque había puesto en juego todas sus posibilidades hasta el máximo y, por encima de todo, porque había vivido entre hombres cuyas vidas tenían un propósito que ellos sabían mayor que ellos mismos.

Entre tanto, tenía un día libre delante de él y no sabía en qué ocuparlo. Teóricamente, esta situación podía ser considerada imposible; y, no obstante, era así.

Entró en una apacible plazuela preguntándose si había sido prudente salir sin impermeable. Estaba sólo a algunos metros de la Embajada donde tenía un pequeño asunto que solventar, y tuvo la osadía de tomar un camino que creyó más corto. Como resultado de ello se encontró perdido al poco tiempo en el dédalo de callejuelas y «*culs-de-sac*» que hacen de Londres una continua fuente de exasperantes deleites. Sólo el afortunado encuentro del monumento a Roosevelt le permitió orientarse de nuevo.

Un almuerzo en compañía de uno de sus amigos de la Embajada en su club favorito ocupó la primera parte de la tarde y por fin quedó abandonado a sus propios recursos. Podía ir donde quisiera, podía visitar lugares que de otra manera siempre más lamentaría haber omitido. Y, sin embargo, una especie de inquieto letargo le imposibilitaba de hacer otra cosa que vagar sin rumbo por las calles. El sol había finalmente afirmado sus derechos y la tarde era tibia y agradable. Era agradable recorrer las callejuelas alejadas y tropezar con algún edificio más antiguo que los Estados Unidos... ostentando, sin embargo, letreros como «Grosvenor Radio & Electronic Corporation» o «Provincial Airways Ltd.».

A última hora de la tarde Dirk salió a un sitio que juzgó tenía que ser Hyde Park. Durante una hora anduvo rondando por las avenidas manteniéndose siempre a la vista de las calles adyacentes. El Albert

Memorial lo dejó paralizado de incredulidad durante algunos minutos, pero finalmente huyó de su hipnótico hechizo y decidió cortar a través del parque hasta Marble Arch.

Había olvidado la apasionada oratoria por la cual el lugar era famoso, y era ciertamente muy divertido ir de un grupo a otro escuchando los oradores y sus críticos. ¿Qué podía haber dado a la gente la extravagante idea de que el inglés era reservado y poco comunicativo?, se preguntaba...

Durante algún tiempo permaneció subyugado por un dúo entre un orador y su contrincante durante el cual ambos sostenían con igual pasión que Karl Marx había... o no había... hecho una cierta observación. A Dirk le fue imposible averiguar de qué observación se trataba y empezaba a sospechar que los mismos contrincantes lo habían olvidado hacía ya tiempo también. De cuando en cuando, oportunas intervenciones eran procuradas por el subyugado auditorio, que no tenía con toda seguridad una opinión muy arraigada sobre la materia, pero quería mantener hirviente la marmita.

El siguiente orador estaba consagrándose a demostrar, al parecer con la ayuda de los textos de la Biblia, que el Día del Juicio estaba próximo. Aquello recordó a Dirk los apocalípticos profetas del angustioso año 999 d.J.; ¿estarían sus sucesores diez siglos después haciendo la predicción del año 1999, ya próximo a sonar, como fecha del Juicio Final? Le era difícil dudarlo. Bajo muchos conceptos, la naturaleza humana cambia muy poco; los profetas seguían seguramente allí, y siempre habría alguien dispuesto a creérselos.

Pasó a un nuevo grupo. Un público escaso pero sumamente atento estaba reunido alrededor de un hombre de edad, con cabello blanco, que estaba dando una conferencia, una conferencia extraordinariamente bien documentada, sobre filosofía. No todos los oradores, pensó Dirk, eran unos charlatanes. Aquel conferenciante podía muy bien ser un maestro de escuela retirado con tan arraigadas opiniones sobre la educación de los adultos que se sentía impelido a predicar en el mercado ante todo el que le quisiera escuchar.

Su discurso giraba sobre la vida, su origen y su destino. Sus ideas, como las de su auditorio, estaban sin duda influenciadas por aquel monstruo alado que yacía en el desierto, en la otra parte del mundo, porque en aquel momento empezaba a hablar de la astronómica escena en la cual el extraño drama de la vida se estaba representando.

Hizo una viva descripción del sol y sus circulantes planetas, llevándose con él los pensamientos de sus adeptos de mundo en mundo. Tenía el don de las frases pintorescas, y si bien Dirk no estaba muy seguro de que se ciñese a los conocimientos científicos aceptados, la impresión general que daba era bastante justa.

Al diminuto Mercurio, brillando bajo su enorme sol, lo describió como «un mundo de ardientes rocas, bañado por horrendos océanos de metal fundido». Venus, la hermana de Tierra, estaba para siempre oculta a nuestros ojos por aquellas eternas nubes que no se apartaron jamás durante todos los siglos que los hombres han estado buscándola. Bajo esta manta nebulosa podían haber océanos y selvas y el murmullo de

una extraña vida. O podía no haber nada más que un desnudo desierto azotado por vientos abrasadores.

Habló de Marte; y pudo verse un murmullo de redoblada atención entre el público. A cuarenta millones de millas más allá del Sol, la naturaleza ha marcado su segundo punto. Allí había vida también; era fácil ver el cambio de colores que en nuestro mundo corresponden al cambio de estaciones. Aunque en Marte había poca agua y su atmósfera era estratosféricamente tenue, la vegetación y acaso la vida animal podían existir. De la inteligencia, no había prueba alguna concluyente.

Más allá de Marte, los gigantescos mundos exteriores yacían en la helada penumbra que iba haciéndose tenue y fría a medida que el sol se iba convirtiendo en una lejana estrella. Júpiter y Saturno estaban sumidos en atmósferas de centenares de millas de profundidad, atmósferas de metano y amoníaco, azotadas por huracanes que podíamos observar a través de medio billón o más de millas de espacio. Si en aquellos extraños planetas exteriores, y aun en los mundos más alejados y más fríos, había vida tenía que ser la cosa más fantástica que nadie fuese capaz de imaginar. Sólo en la zona temperada del Sistema Solar, en estrecho cinturón, en el que flotaban Venus, Marte y la Tierra, podía haber vida tal como nosotros la conocemos.

¡Vida tal como nosotros la conocemos! ¡Y cuan poco sabemos! ¿Qué derecho tenemos *nosotros,* en nuestro minúsculo mundo, de pretender dar la pauta de todo el Universo? ¿Puede acaso la vanidad ir más lejos?

El Universo no era hostil a la vida sino meramente indiferente. Su misma rareza era una oportunidad y un reto, un reto que la inteligencia aceptaría. Shaw había dicho la verdad, hace cincuenta años, cuando puso estas palabras en boca de Lilith, que compareció delante de Adán y Eva:

«Sólo la Vida no tiene fin; y si bien de sus millones de estrelladas mansiones muchas están vacías y muchas todavía no construidas, y pese a que sus vastos dominios son hasta ahora un insoportable desierto, mi semilla puede un día llenarlos y dominarlos hasta sus más extremos confines.»

La clara y culta voz se desvaneció y Dirk se pudo dar mejor cuenta de cuanto le rodeaba. Había sido un curioso experimento; hubiera querido saber algo más del orador que estaba ahora desmontando su pequeño estrado y disponiéndose a llevárselo en una desmantelada carretilla. La muchedumbre iba dispersándose por los alrededores buscando nueva distracción. De vez en cuando frases más o menos perceptibles le decían a Dirk que otros oradores seguían operando a pleno rendimiento.

Dirk dio media vuelta para marcharse y en aquel momento vio un rostro conocido. Por un momento fue cogido vivamente por la sorpresa; la coincidencia parecía demasiado improbable para que fuese verdad.

En medio de la muchedumbre, a pocos pasos de él, estaba Victor Hassell.

Maude Hassell no había necesitado complicadas explicaciones cuando su marido le dijo que se iba a «dar una vuelta por el Parque». Comprendió perfectamente y sólo expresó su esperanza de que no fuese reconocido y de que estuviese de vuelta para el té. Ambos anhelos estaban destinados a causar un desengaño, tal como estaba segura de que ocurriría.

Victor Hassell había vivido en Londres casi toda su vida, pero sus primeras impresiones de la ciudad eran todavía vivas y seguían ocupando el primer lugar en sus afectos. Siendo estudiante de ingeniero vivió en el barrio de Paddington y cada día iba al colegio atravesando Hyde Park y Kensigton Gardens. Cuando pensaba en Londres no imaginaba calles populosas ni edificios famosos en el mundo, sino apacibles avenidas de árboles y vastos jardines, y las anchas arenas de Rotten Row en las cuales los matinales jinetes domingueros seguirían todavía galopando en sus hermosos caballos cuando las primeras naves de la humanidad regresasen de las estrellas. Y no tenía ninguna necesidad de recordar a Maude su primer encuentro en las orillas del Serpentino, hacía sólo dos años, pero ya alejado de toda una vida. A todos estos sitios tenía ahora que decirles adiós.

Pasó algún tiempo en South Kensington, paseando por delante de los viejos colegios que ocupaban en sus recuerdos una parte tan importante. No habían cambiado; los estudiantes eran los mismos que en sus tiempos, con sus reglas de cálculo en el bolsillo, como él. Parecía un poco extraño pensar que hacía casi un siglo H.G. Wells había sido uno de los más estudiosos y aplicados discípulos.

Dejándose llevar por el impulso, Hassell entró en el Museo de Ciencia y se detuvo, como había hecho tantas veces de chiquillo, delante de la copia del biplano de Wright. Hacía treinta años la máquina original había estado colgada en aquella vasta galería, pero hacía ya muchos que había sido devuelta a los Estados Unidos y pocos recordaban ya la encarnizada lucha de Orville Wright con la Smithsonian Institution que fue causa de su destierro.

Setenta y cinco años, una larga vida, no más, se extendían entre el frágil armazón de madera que había volado algunos metros sobre el suelo de Kitty Hawk y el enorme proyectil que en breve sería mandado a la Luna. Y no dudaba de que en el trascurso de otra vida, el «Prometheus» parecería tan extraño y primitivo como ahora aquel insignificante biplano suspendido sobre su cabeza.

Al salir a Exhibition Road, Hassell encontró un sol radiante. Hubiera podido estar algún tiempo más en el museo pero vio demasiada gente que lo estaba mirando con excesivo interés. Sus probabilidades de pasar desapercibido eran, imaginó, probablemente, muchas menos en el interior de aquel museo que en cualquier otra parte del mundo.

Cruzó lentamente el parque por aquellos senderos que tan bien conocía, deteniéndose algunas veces para contemplar panoramas que quizá no volvería a ver nunca más. No había nada morboso en el hecho de que se diese cuenta de ello; podía incluso apreciar con cierta indiferencia la creciente intensidad que daba a sus emociones. Como la mayoría de los hombres, Victor Hassell tenía miedo a la muerte; pero

había ocasiones en que un cierto riesgo estaba justificado. Esto, en todo caso, había sido verdad cuando sólo tenía que pensar en sí mismo. Su único deseo era poder demostrar que seguía siendo verdad ahora, pero hasta entonces había fracasado en su intento.

No lejos de Marble Arch había un banco dónde Maude y él se habían sentado muchas veces antes de su matrimonio. Allí se había declarado muchas veces, y ella lo había rechazado casi, pero no del todo, otras tantas. Se alegró de ver que en aquel momento estaba desocupado y se dejó caer en él con un suspiro de satisfacción.

Su satisfacción tuvo, sin embargo, corta vida, pues pocos minutos después se sentó también un anciano caballero con una pipa y el *Manchester Guardian.* (Que alguien se propusiese guardar Manchester era una cosa que siempre había asombrado en extremo a Hassell.) Decidió marcharse, después de un intervalo, pero antes de que pudiese hacerlo sin parecer descortés hubo una nueva interrupción. Dos muchachos que habían estado jugando en la calle iniciaron súbitamente un viraje a estribor y se dirigieron al banco. Lo miraron fijamente con aquella inexpresión que tienen algunos chiquillos y el mayor de ellos le dijo en tono de acusación: «¡Oiga, *mister,* no es usted Vic Hassell?»

Hassell les dirigió una mirada escrutadora. Se veía claramente que eran hermanos y formaban una pareja francamente desagradable. Se estremeció ligeramente al darse cuenta de hasta qué punto el parentesco depende del azar.

En circunstancias normales, Hassell hubiera contestado afirmativamente a la acusación, pues no había olvidado muchos de sus entusiasmos escolares. Hubiera incluso contestado en este mismo sentido si se hubiesen dirigido a él de una forma más cortés, pero aquellos dos rapaces parecían estar haciendo oposiciones a la Academia del Dr. Fagin para Jóvenes Delincuentes.

Los miró fijamente, y en su mejor acento de Mayfair *circa* 1920, dijo:

—Son las tres y media y *no tengo* cambio de seis peniques.

Ante este magistral non *sequitur,* el más joven de los dos se volvió hacia su hermano y le dijo con calor:

—¡Hey, George, ya te he dicho yo que no lo era!

El otro lo estranguló lentamente tirando de su corbata y prosiguió como si nada hubiese ocurrido.

—Usted es Vic Hassell, el tío del cohete.

—¿Es que me parezco a Mr. Hassell? —dijo Hassell en tono de indignada sorpresa.

—Sí.

—Es curioso, no me lo habían dicho nunca.

Esta declaración podía ser tendenciosa, pero era la pura verdad. Los dos muchachos lo miraron pensativos; el más joven se permitía ya el lujo de volver a respirar. Súbitamente George apeló al lector del *Manchester Guardian,* si bien había un cierto tono de duda en su voz.

—¿Eh, nos está engañando, mister, no es verdad?

Por encima del periódico un par de lentes asomaron y lo miraron con expresión de búho. Después se fijaron en Hassell que empezaba a

sentirse incomodado. Hubo un silencio largo, reflexivo. Después el desconocido golpeó su periódico y dijo severamente.

—Aquí hay una foto de mister Hassell. La nariz es completamente diferente. Y ahora largaos, por favor.

La barricada de papel volvió a elevarse. Hassell miró a lo lejos, ignorando a sus inquisidores que siguieron mirándolo incrédulos durante otro minuto. Finalmente, con gran alivio por su parte, empezaron a alejarse, sin dejar de discutir.

Hassell se estaba preguntando si tenía que dar las gracias a su desconocido defensor, cuando éste dobló el periódico y se quitó las gafas.

—¿Sabe usted —dijo con una ligera tosecilla— que hay una sorprendente semejanza?

Hassell se estremeció. Pensó si tenía que confesar la verdad, pero decidió no hacerlo.

—Si tengo que decir la verdad —confesó—, me ha causado ya algunas molestias.

El desconocido lo miró fijamente, si bien en sus ojos había una mirada nebulosa, lejana.

—¿Se van a Australia mañana, verdad? —dijo retóricamente—. ¿Supongo que no tienen más de un cincuenta por ciento de probabilidades de volver de la Luna, verdad?

—Yo diría que tienen muchas más.

—De todos modos, hay una probabilidad, y me parece que el joven Hassell debe estar en estos momentos preguntándose si volverá a ver Londres alguna vez... Sería interesante saber qué debe estar haciendo; se podrían aprender muchas cosas, con él.

—Así lo creo —dijo Hassell, agitándose nervioso en su asiento y preguntándose cómo podría hacerlo para marcharse.

El desconocido, sin embargo, estaba de humor locuaz.

—Aquí hay un artículo —dijo, agitando su arrugado periódico— sobre las implicaciones del vuelo al espacio y los efectos que puede producir en la vida cotidiana; todas estas cosas están muy bien, pero ¿cuándo nos van a dejar tranquilos?

—No acabo de entenderlo —dijo Hassell, sin una completa sinceridad.

—En este mundo hay sitio para todos y si lo gobernamos debidamente no encontraremos ninguno mejor, aunque andemos rondando por el Universo.

—Quizá apreciemos verdaderamente la Tierra una vez hayamos hecho esto que usted dice —dijo Hassell.

—¡Sí, más locos todavía! ¿Es que no vamos a estar nunca tranquilos y vivir en paz?

Hassell, que había oído ya este argumento otras veces esbozó una sonrisa.

—El sueño de los Comedores de Loto —dijo— es una agradable fantasía para el individuo, pero sería la muerte para la raza.

Sir Robert Derwent había hecho una vez esta observación y había llegado a ser la cita favorita de Hassell.

—¿Los «Comedores de Loto»? Veamos... ¿qué dice Tennyson sobre ellos? Nadie lo lee hoy...

«¿Puede hallarse acaso la Paz
trepando siempre por la ascendente ola?...»

—Bien, joven, ¿qué le parece?

—Para alguna gente, sí —dijo Hassell—. Y quizá cuando el vuelo por el espacio sea un hecho se precipite todo el mundo hacia los planetas y dejen los «Comedores de Loto» a sus sueños. Esto contentaría a todo el mundo.

—¿Y los humildes heredarán la Tierra, verdad? —dijo su compañero, que por lo visto tenía una mentalidad literaria.

—Puede decirlo así —dijo Hassell mirando automáticamente su reloj decidido a no enzarzarse en una discusión que sólo podía dar un resultado—. ¡Dios mío, tengo que marcharme! Gracias por la conversación.

Se levantó para marcharse, convencido de haber guardado su anonimato bastante bien. El desconocido le dirigió una curiosa sonrisa y tranquilamente, dijo:

—Adiós... —Esperó a que Hassell se hubiese alejado veinte pies y levantando la voz le gritó—: ¡Y buena suerte... Ulises!

Hassell se detuvo en seco; después dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, pero el otro estaba ya dirigiéndose a buen paso en dirección de High Park Corner. Vio la alta y demacrada silueta perderse entre la muchedumbre y sólo entonces se dijo, con voz explosiva:

—¡Vaya por Dios...!

Y encogiéndose de hombros se dirigió hacia Marble Arch pensando escuchar una vez más los espontáneos oradores que tanto lo habían divertido durante su juventud.

Dirk no necesitó mucho tiempo para comprender que, bien pensado, la coincidencia no era tan sorprendente como parecía. Hassell, recordó, vivía en el West London. ¿Qué más natural que también él estuviese dirigiendo las últimas miradas a la ciudad? Podía incluso ser su última mirada, en un sentido más estricto que en el caso de Dirk.

Sus ojos se encontraron a través de la muchedumbre. Hassell le dirigió una señal de reconocimiento, pero Dirk no creía que pudiese recordar su nombre. Se abrió paso a través de la muchedumbre y fue a presentarse al joven piloto. Hassell hubiera probablemente preferido que lo dejasen en paz, pero le fue difícil dar media vuelta sin decir nada. Más aún, siempre había sentido deseos de conocer al inglés y aquella oportunidad era demasiado buena para dejarla escapar.

—¿Ha oído usted el último discurso? —pregunto a modo de inicio de conversación.

—Sí —respondió Hassell—. Pasaba por aquí casualmente y he oído lo que estaba diciendo el tipo éste. Lo he visto ya muchas veces por aquí. Es uno de los ejemplares más sensatos. ¿Todo esto es un galimatías, no

cree usted? —Se echó a reír y señaló hacia el grupo de gente con el brazo.

—Mucho —respondió Dirk—. Pero me alegro de haber visto la máquina en acción: Es verdaderamente curioso.

Mientras hablaba iba estudiando a Hassell atentamente. No era cosa fácil juzgar de su edad, que podía oscilar entre los veinticinco y los treinta y cinco años. Era de corpulencia ligera, con las facciones duras y el cabello castaño y lacio. Una cicatriz, producto de su primer accidente de aviación, cruzaba diagonalmente su mejilla izquierda, pero sólo era visible cuando la piel se ponía tirante.

—Después de oír este sermón —dijo Dirk—, hay que confesar que el Universo no parece ser un lugar muy lleno de atractivos. No es de extrañar que muchos prefieran quedarse en casa.

Hassell se echó a reír.

—Es curioso que diga usted esto. Acabo de hablar con un anciano caballero que decía lo mismo. Me ha conocido, pero fingió ignorarlo. El argumento que esgrimí fue que hay dos clases de mentalidades; la aventurera, el tipo inquisitivo, y el hogareño, que está encantado de quedarse sentado en su jardín. Yo creo que los dos son necesarios; me parece una tontería pretender que uno tiene razón y el otro no.

—Yo creo que soy un híbrido de los dos —dijo Dirk—. Me gusta estar sentado en mi jardín, pero me gusta también de vez en cuando encontrar alguno de estos trotamundos que me cuenta las cosas que ha visto.

Se interrumpió repentinamente, y añadió:

—¿Qué le parecería a usted ir a tomar una copa a alguna parte?

Se sentía cansado y sediento, y lo mismo le ocurría a Hassell.

—Sólo un momento, entonces —dijo Hassell—. Quiero estar de vuelta antes de las cinco.

Dirk se hacía cargo, si bien en este caso no sabía palabra de las preocupaciones domésticas de Hassell. Dejó que éste lo remolcase hacia el gran salón del Cumberland, donde se instalaron confortablemente delante de dos grandes vasos de cerveza.

—No sé si está usted enterado de mi misión —dijo Dirk con una leve tosecilla como para excusarse.

—Pues en realidad, sí —respondió Hassell, con una sonrisa alentadora—. Nos preguntábamos precisamente cuándo se dedicaría usted a nosotros. ¿Es usted experto en motivos e influencias, verdad?

Dirk quedó un poco sorprendido, así como embarazado, de ver hasta dónde se había extendido su fama.

—Pues... sí... —confesó—. Desde luego —añadió inmediatamente—, no me intereso en principio por los casos individuales, pero para mí es muy útil saber cómo cada individuo empezó a interesarse por la astronáutica.

Se preguntó si Hassell mordería el anzuelo. Al cabo de un momento comenzó a titubear y Dirk sintió toda la emoción del pescador de caña que ve el flotador moverse finalmente sobre la superficie de un plácido lago.

—Hemos discutido este punto con frecuencia en la «Nursery» —dijo Hassell—. La respuesta no es sencilla. Depende de cada individuo.

Dirk guardó un alentador silencio.

—Considere a Taine, por ejemplo. Es el científico puro, buscando el conocimiento e interesándose poco por las consecuencias. Por esto, a pesar de su talento, será siempre un hombre inferior al Director General. No es que critique, fíjese usted... Un Sir Robert es probablemente bastante para una generación.

»Clinton y Richards son ingenieros y aman la maquinaria por ella misma, sí bien son mucho más humanos que Taine. Supongo que ya sabe usted cómo recibe Jimmy a los periodistas que no le gustan... Clinton es un hombre muy especial y no se sabe nunca exactamente lo que pasa por su cerebro. En ambos casos, sin embargo, fueron elegidos para su misión, no anduvieron detrás de ella.

»Pierre es tan diferente de los demás como es posible serlo. Es el tipo que le gusta la aventura por *sí* misma, por esto se hizo piloto. Este fue su gran error, si bien entonces no se dio cuenta. No hay nada aventurero en el vuelo del cohete; o todo sale conforme al plan, o... *Bang*»

Hizo el gesto de descargar su puño sobre la mesa, pero se detuvo en el último instante, de forma que los vasos no vibraron apenas. La instintiva precisión del gesto llenó a Dirk de admiración. No podía, sin embargo, dejar que las observaciones de Hassell quedasen sin respuesta.

—Creo recordar —dijo Dirk—, un pequeño contratiempo que debió procurarle a usted unas ciertas... emociones.

Hassell sonrió con escepticismo.

—Estas cosas ocurren una vez de cada mil. Las restantes novecientas noventa y nueve, el piloto está allí únicamente porque pesa menos que la maquinaria que puede reemplazarlo.

Hizo una pausa, mirando por encima del hombro de Dirk y una lenta sonrisa apareció en su rostro.

—La fama tiene sus compensaciones —dijo lentamente—. Una de ellas se está aproximando ya.

Un dignatario del hotel se dirigía hacia ellos empujando una mesita de ruedas con la seriedad de un sumo sacerdote llevando un sacrificio hacia el altar. Se detuvo delante de ellos y sacó una botella que, a juzgar por la telaraña que la recubría, Dirk consideró tenía más años que él.

—Con todos los respetos de la Dirección —dijo el empleado inclinándose delante de Hassell, que hizo unos ruiditos de apreciación con la lengua, pero mostraba cierta inquietud ante la atención que estaba ya despertando por todas partes.

Dirk no entendía nada en vinos, pero no creía que aquel complicado arte pudiese encontrar la manera de fabricar un vino que se deslizase más voluptuosamente por la garganta. Era un líquido tan discreto, tan bien «criado», que no tuvieron la menor vacilación en brindar por ellos mismos, después por el Interplanetario y finalmente por la nave «Prometheus». Su estimación del obsequio deleitó de tal forma a la

Dirección que en el acto hubiera hecho aparición otra botella, de no haberla Hassell rechazado graciosamente, explicando que era ya demasiado tarde, lo cual era exactamente la verdad.

Se separaron de buen humor en las escaleras del metro, con la sensación de que la tarde había tenido un brillante *finale.* Sólo, una vez Hassell se hubo marchado, Dirk se dio cuenta de que el joven piloto no le había dicho nada, absolutamente nada, acerca de sí mismo. ¿Era modestia... o mera falta dé tiempo? Se había prestado con una sorprendente facilidad a hablar de sus colegas; parecía incluso que su vehemente deseo fuese alejar su atención de sí mismo.

Dirk permaneció algún tiempo reflexionando; después, silboteando una canción emprendió el camino de regreso, siguiendo Oxford Street. A su espalda, el sol iba declinando, cerrando su última tarde de Londres.

TERCERA PARTE

Durante treinta años el mundo se había ido lentamente acostumbrando a la idea de que, algún día, el hombre llegaría a alcanzar los planetas. Las profecías de los primeros pioneros de la astronáutica habían resultado ciertas tantas veces desde que los primeros cohetes surcaron la estratosfera que pocos eran los que no compartían esta creencia ya. Aquel diminuto cráter cerca de Aristarchus y los films de televisión de la otra cara de la Luna eran realidades que nadie podía negar.

Y sin embargo no faltaba quien había deplorado e incluso denunciado estos hechos. Para el hombre de la calle, el vuelo interplanetario era todavía una vasta, y en cierto modo aterradora, posibilidad alejada del horizonte de la vida cotidiana. El público en general, hasta entonces, no tenía acerca del vuelo del espacio más idea que la vaga comprensión de que la «ciencia» iba a convertirlo en realidad en un futuro indefinido.

Dos diferentes tipos de mentalidad habían, sin embargo, tomado la astronáutica muy seriamente, si bien por diferentes razones. El impacto prácticamente simultáneo del cohete de largo alcance y de la bomba atómica sobre la mentalidad militar, había producido, en 1950, una cosecha de profecías capaces de helar la sangre, por parte de los técnicos en asesinato mecanizado. Durante muchos años había habido grandes hipótesis sobre bases en la Luna o incluso, más apropiadamente, en Marte. El retrasado descubrimiento, por parte del ejército de los Estados Unidos, a finales de la Segunda Guerra Mundial, de los planos de Oberth sobre las «estaciones del espacio», ya viejos de veinte años, había despertado ideas que, quizá permitiéndonos una vaga denominación, podríamos llamar «Wellsianas».

En su clásico libro Wege zur Raumschiffahrt*, Oberth había explicado la construcción de grandes «espejos del espacio» capaces de enfocar la luz del Sol sobre la Tierra, ya para propósitos de paz, ya para la incineración de ciudades enemigas. El mismo Oberth no tomó nunca esta idea excesivamente en serio, y debía quedar muy sorprendido al verla aceptada veinte años después.*

El hecho de que sería muy fácil bombardear la Tierra desde la Luna y muy difícil atacar la Luna desde la Tierra, indujo a muchos expertos militares inhibidos a declarar que, en interés de la paz, su país tenía que apoderarse de nuestro satélite antes de que los fomentadores de guerras rivales pudiesen llegar a ella. Tales argumentos eran frecuentes durante el decenio que siguió al empleo de la energía atómica y eran el subproducto típico de aquella era de política paranoica. Se desvanecieron, sin ser llorados por nadie, a medida que el mundo fue volviendo paulatinamente al orden y a la cordura.

Un segundo grupo de opinión, acaso más importante, aun admitiendo que el viaje interplanetario era posible, se oponía a él por razones místicas o religiosas. La «oposición teológica», como era comúnmente llamada, creía que el hombre desobedecería un edicto divino si se aventuraba lejos de este mundo. Según la frase de uno de los primeros y más brillantes críticos del Interplanetario, el licenciado de Oxford C.S. Lewis, «las distancias astronómicas eran los reglamentos de cuarentena de Dios». Si el hombre las sobrepasaba, sería culpable de algo no muy lejano de la blasfemia.

No estando estos argumentos fundados en la lógica, eran absolutamente irrebatibles. De vez en cuando, el Interplanetario se lanzaba al contraataque, arguyendo que las mismas objeciones hubieran podido hacerse a todos los exploradores que jamás han existido. Las distancias astronómicas que el hombre del siglo veinte puede franquear en algunos minutos con sus ondas de radio, constituían una barrera menos infranqueable que los grandes océanos debieron parecer a sus antepasados de la Edad de Piedra. No cabe la menor duda de que en los tiempos prehistóricos no faltaron quienes movían la cabeza y profetizaban grandes desastres cuando los jóvenes de la tribu iban en busca de nuevas tierras por el aterrador y desconocido mundo que los rodeaba. Y, no obstante, estas exploraciones se habían realizado antes de que los glaciares bajasen crujiendo del polo.

Un día los glaciares volverían a formarse; y este era el menor de los desastres que podía caer sobre la Tierra antes de que hubiese terminado su carrera. Algunos de ellos sólo podían ser conjeturados, pero uno por lo menos tenía fatalmente que ocurrir durante los siglos venideros.

Hay un momento en la vida de una estrella en que el delicado equilibrio de sus focos atómicos tiene que inclinarse hacia uno u otro lado. En un remoto futuro los descendientes del Hombre podrán dirigir, desde la seguridad de los planetas exteriores, la última mirada a lo que había sido su patria mientras verán hundirse entre los fuegos del sol abrasador.

Una de las objeciones al vuelo por el espacio que estas críticas ponían de manifiesto era, en realidad, más convincente. En vista de la cantidad de sufrimientos que el hombre había desparramado sobre su mundo, argüían, ¿podía confiársele que ejerciese su acción sobre otros? Por encima de todo, ¿tenía la miserable historia de la conquista y esclavitud de una raza por otra, que ser repetida de nuevo, interminablemente y para siempre, a medida que la cultura humana se extendiese de un mundo al de su vecino?

Contra esto no podía haber una respuesta convincente; no era más que un nuevo choque de dos fes rivales, el antiguo conflicto entre el psicoanalismo y el optimismo, entre los que creían en el Hombre y los que no creían en él. Pero los astrónomos habían aportado su contribución al debate haciendo ver la falsedad de la analogía histórica. El hombre, que había sido civilizado sólo durante una millonésima parte de la vida de su planeta, no era probable que encontrase en otros mundos razas suficientemente primitivas para ser explotadas o esclavizadas. Toda nave de la Tierra que se lanzase al espacio con ansias de imperios interplanetarios tenía que encontrarse, al final de su viaje, con esperanzas de conquista no mayores que las de unas canoas de guerra salvajes entrando lentamente en el puerto de Nueva York.

El anuncio de que la nave «Prometheus» iba a ser lanzada dentro de pocas semanas, había dado nueva vida a estas especulaciones y muchas más. La Prensa y la radio no hablaban casi de nada más, y durante algún tiempo los astrónomos sacaron grandes provechos escribiendo reservados y optimistas artículos acerca del Sistema Solar. Una estadística Gallup, llevada a cabo en la Gran Bretaña durante aquel período, demostró que un 41% del público consideraba el viaje interplanetario una buena cosa, un 26% estaba contra él y un 33% no tenía opinión. Estas cifras, especialmente este 33%, causaron cierta decepción en Southbank y dieron origen a muchas conferencias en el Departamento de Relaciones Públicas, donde reinaba una actividad que no había conocido nunca.

La habitual afluencia de visitantes del Interplanetario se había convertido ahora en un verdadero alud, en cuyo seno había algunos exóticos personajes. Matthews había creado un procedimiento «standard» para tratar con la mayoría de ellos. A los que querían tomar parte en el primer viaje, se les ofrecía una visita al gigantesco centrífugo de la Sección Médica que podía producir aceleraciones de diez gravedades. Pocos eran los que aceptaban la oferta, y los que la aceptaban, una vez restablecidos, eran pasados al Departamento de Dinámica, donde los matemáticos les asestaban el coup de grace *haciéndoles preguntas incontestables.*

Nadie, sin embargo, había encontrado un medio efectivo de desalentar a los auténticos chiflados, si bien algunas veces podían ser neutralizados por una especie de mutua reacción. Una de las insaciadas ambiciones de Matthews era ser visitado simultáneamente por uno de los que creían que la Tierra era plana y otro de los más excéntricos todavía que están convencidos de que el mundo es por dentro una esfera vacía. Aquello daría, estaba seguro de ello, un debate sumamente interesante.

Poco podía hacerse con los exploradores psíquicos (generalmente solteronas de media edad) que estaban ya perfectamente familiarizados con el Sistema Solar y tenían gran interés en dar a conocer sus conocimientos. Matthews había sido lo suficientemente optimista para creer que, ahora que la travesía del espacio estaba tan próxima, su ansia no sería suficientemente grande para ver sus ideas puestas a prueba por la realidad.

Quedó desengañado, y uno de los infortunados miembros de su personal estaba exclusivamente destinado a escuchar a estas damas y dar sus coloreadas y mutualmente incompatibles versiones de los asuntos lunares.

Más serias y significativas eran las cartas y comentarios de los grandes rotativos, muchos de los cuales pedían respuestas oficiales. Un canónigo de la Iglesia de Inglaterra escribió una vigorosa y muy difundida carta al The London Times*, denunciando el Interplanetario y toda su obra. Sir Robert Derwent no tardó en entrar en acción entre bastidores y, como dijo él, «le arreó al buen hombre con un arzobispo». Corrieron rumores de que tenía un cardenal y un rabino en reserva por si los ataques venían por otro lado.*

Nadie quedó profundamente sorprendido cuando un general de brigada retirado, que había pasado al parecer sus últimos treinta años en los alrededores de Aldershot, quiso saber qué medidas se habían tomado para incorporar la Luna al Commonwealth Británico. Simultáneamente, otro general de división despertó súbitamente en Atlanta y pidió al Congreso que hiciese de la Luna el cincuentavo Estado. Peticiones similares acudieron de casi todos los países del mundo, quizá con la única excepción de Suiza y de Luxemburgo, mientras los abogados internacionales veían que la crisis, que hacía ya tiempo estaban advirtiendo, estaba ahora a punto de estallar.

En aquel momento, sir Robert Derwent publicó el famoso manifiesto que hacía tantos años había preparado para este día trascendental.

«Dentro de pocas semanas», decía el mensaje, «esperamos poder lanzar la primera nave del espacio desde la Tierra. No sabemos si saldremos triunfantes, pero la facultad de llegar a los planetas está ahora casi a nuestro alcance. Esta generación se encuentra ahora en la orilla del océano del espacio preparándose para la más grande aventura de la historia.

»Hay algunos cuyas mentes están todavía tan arraigadas al pasado que creen que las creencias políticas de nuestros antepasados pueden ser todavía puestas en práctica cuando alcancemos otros mundos. Hablan incluso de anexionar la Luna a tal o cual nación, olvidando que la travesía del espacio ha requerido los esfuerzos unidos de científicos de todos los países del mundo.

»Más allá de la estratosfera no hay nacionalidades; cualquier mundo que podamos alcanzar será la herencia común de todos los hombres; a menos que otras formas de vida hayan implantado ya la suya propia.

»Nosotros, los que hemos luchado por poner a la humanidad en el camino de las estrellas, hacemos esta solemne declaración, ahora y para el futuro.

»No pondremos fronteras al espacio.»

1

—Me parece que debe ser muy duro para Alfred —dijo Dirk— tenerse que quedar en tierra, ahora que empieza el baile.

McAndrews lanzó un gruñido poco comprometedor.

—No podíamos ir los dos —respondió—. El Cuartel General ya queda bastante diezmado así. Sois ya demasiados los que creen que esto es una excusa para pasar unas vacaciones.

Dirk resistió difícilmente la tentación de dar una respuesta. En todo caso, su presencia no podía ser considerada como estrictamente necesaria. Evocó una compasiva imagen del pobre Matthews contemplando tristemente el sucio Támesis y orientó sus pensamientos hacia otras cosas más felices.

La costa de Kent era todavía visible a popa porque la nave no había alcanzado aún su máxima velocidad y altura. No tenía apenas sensación de movimiento, pero súbitamente Dirk tuvo un indefinible sentido de cambio. Otros debieron notarlo también, porque Leduc, que estaba sentado frente a él, le hizo una señal de satisfacción.

—Los chorros empiezan a funcionar —dijo—. Ahora van a parar las turbinas.

—Lo cual quiere decir —intervino Hassell—: que vamos a más de mil millas.

—¿Nudos, millas o kilómetros por hora, o varas, brazas o leguas por microsegundo? —preguntó alguien.

—¡Por el cielo —gruñó uno de los técnicos—, no empecemos esta discusión otra vez!

—¿Cuándo llegamos? —preguntó Dirk, que sabía muy bien la respuesta, pero quería cambiar de conversación.

—Tocaremos Karachi dentro de unas seis horas, tendremos seis horas de sueño y estaremos en Australia dentro de veinticuatro. Desde luego, tenemos que añadir, o restar, aproximadamente medio día de diferencia horaria, pero esto puede hacerlo otro.

—Eso es trabajo suyo, Vic —dijo Richards riendo, dirigiéndose a Hassell—. La última vez que dio usted la vuelta al mundo necesitó noventa minutos.

—No hay que exagerar —dijo Hassell—. Iba retrasado y requirió sus buenos cien. Además, transcurrió un día y medio antes de que pudiese bajar de nuevo.

—La velocidad está muy bien —dijo filosóficamente—, pero le da a uno una falsa impresión del mundo. Lo mandan a uno de un sitio a otro en pocas horas y olvida que hay algo entremedio.

—Completamente de acuerdo —intervino Richards inesperadamente—. Viajemos aprisa cuando es necesario, pero en otro caso nada puede ganar al viejo buen yate de vela. Cuando era chiquillo pasé la mayor parte de mi tiempo libre navegando por los Grandes Lagos. A mí que me den cinco millas por hora..., o veinticinco mil. No me gustan los ferrocarriles ni los aviones ni nada intermedio.

La conversación adquirió entonces un carácter técnico y degeneró en una discusión sobre los méritos relativos de los chorros y cohetes. Alguien hizo observar que los aviones de hélice podían verse todavía haciendo un trabajo eficaz en los más obscuros rincones de China, pero sus afirmaciones fueron rechazadas. Unos minutos después, Dirk tuvo una satisfacción cuando McAndrews le brindó hacer una partida de ajedrez en un tablero miniatura.

Perdió la primera partida mientras volaban sobre la Europa del Sudeste y se quedó dormido antes de terminar la segunda, probablemente bajo la acción de algún instinto defensivo, porque McAndrews era mucho mejor jugador que él. Se despertó en Irán, a tiempo de apearse y volver a dormir. No era, por lo tanto, sorprendente que cuando Dirk llegó al mar de Timor y reajustó su reloj a la hora australiana, no estuviese muy seguro de si estaba despierto o no.

Sus compañeros, que habían sincronizado su sueño de una manera más eficiente, estaban en mejor forma y comenzaron a reunirse alrededor de las portillas de observación al acercarse el final de su viaje. Habían cruzado un árido desierto con alguna que otra zona fértil durante más de dos horas, cuando Leduc, que había estado observando el mapa, súbitamente gritó:

—¡Allí está, allí, a la izquierda!

Dirk siguió la dirección del dedo. De momento no vio nada; después vio, a muchas millas de allá, los edificios de una pequeña población compacta. En un lado de ella había una pista de despegue, y más allá, una línea negra casi invisible que se extendía a través del desierto. Parecía una carretera inusitadamente recta; después Dirk se dio cuenta de que iba de ninguna parte a ninguna parte. Eran las primeras cinco millas de la carretera que llevaría a sus amigos a la Luna.

Pocos minutos después tenían debajo la gran pista de lanzamiento, y con cierta emoción Dirk vio el proyectil alado, que era el «Prometheus», brillando en el campo de aviación. Reinó un silencio absoluto y todos contemplaban aquel diminuto dardo plateado que sólo pocos de ellos habían visto hasta entonces en planos o fotografías. Después, a medida que fueron bajando, quedó oculto por un bloque de bajos edificios, y por fin tomaron tierra.

—¡Conque esto es Luna City! —dijo alguien sin entusiasmo—. Parece una población del desierto de los buscadores de oro.

—Quizá lo es —dijo Leduc—. ¿Por aquí solía haber minas de oro, no?

—¿Supongo que sabe usted que Luna City fue construida por el Gobierno británico en 1950, como base de investigaciones de los cohetes? —dijo McAndrews en tono ampuloso—. Originalmente tenía un nombre indígena; algo que tenía que ver con arcos y flechas, me parece...

—Me pregunto qué deben pensar los aborígenes de todas estas andanzas. ¿Quedan todavía algunos en las montañas, verdad?

—Sí, hay una reserva indígena a algunas millas de aquí, fuera de la línea de fuego. Probablemente deben pensar que estamos locos, y seguramente están en lo cierto.

El autobús que había recogido a los tripulantes del avión de línea se detuvo delante de un gran edificio ocupado por las oficinas.

—Dejen sus equipajes aquí —les advirtió el conductor—. Aquí es donde tienen ustedes habitaciones reservadas.

Nadie quedó muy encantado del alojamiento. Los alojamientos de Luna City consistían principalmente en tiendas militares, algunas de las cuales tenían, por lo tanto, treinta años. Los edificios más modernos

serían seguramente ocupados por los residentes en permanencia y los visitantes estaban llenos de melancólico porvenir.

Luna City, como era llamada desde hacía cinco años, no había perdido nunca su antiguo sabor militar. Estaba dispuesta como un campamento, y aun cuando algunos enérgicos jardineros aficionados habían hecho lo posible por darle cierta alegría, sus esfuerzos sólo habían servido para poner más en relieve su general sordidez y uniformidad.

La población normal del lugar era alrededor de tres mil almas, de las cuales la mayoría eran técnicos y científicos. Durante los siguientes días se produciría un reflujo limitado sólo por el alojamiento..., y quizá ni por esto. Una compañía había mandado ya una consignación de tiendas de campaña y su personal estaba haciendo indagaciones acerca del tiempo que hacía en Luna City.

Dirk vio con cierto alivio que el alojamiento que se le había destinado era, aunque pequeño, limpio y confortable. Una media docena de miembros del personal administrativo ocupaban también el edificio, mientras en el otro lado, Collins y los demás científicos de Southbank formaban una segunda colonia. Los «Cockneys», como ellos mismos se habían bautizado, habían dado animación al lugar poniendo carteles como «Metro» o «Autobús 25».

El primer día en Australia fue, en su mayor parte, consagrado por los mecánicos a instalarse y aprender la geografía de la «ciudad». La pequeña población tenía una cosa en su favor; era compacta y la alta torre del centro meteorológico formaba un buen jalón. La pista de aterrizaje estaba a unas dos millas y el extremo de la de despegue una milla más allá. A pesar de que todo el mundo tenía ansia de ver la nave del espacio, la visita tuvo que aplazarse hasta el día siguiente. En todo caso, Dirk estuvo demasiado ocupado durante las primeras doce horas tratando de localizar sus notas y observaciones que parecían haberse extraviado entre Calcuta y Port Darwin. Finalmente, las encontró en los Almacenes Técnicos, que estaban a punto de reexpedir el paquete a Inglaterra en vista de que no conseguían encontrar su nombre en la lista establecida por el Interplanetario.

Al final de aquel primer día agotador, Dirk tuvo todavía fuerzas suficientes para consignar en su diario sus impresiones.

«Medianoche: Luna City, como la llamó Ray Collins, parece poder ser un lugar «divertido», si bien me parece que la «diversión» debe desaparecer al cabo de un mes o dos. El alojamiento es bastante razonable, pese a que el amoblamiento es más bien escaso y no hay agua corriente en el edificio. Tendré que recorrer media milla para poder tomar una ducha, pero no sé si vale realmente la pena.

»McA. y alguna de su gente viven en este mismo edificio. Hubiera preferido estar alojado con Collins y los suyos, pero me es difícil pedir el traslado.

»Luna City me recuerda las bases de la «Air Force» que he visto en las películas de guerra. Tiene la misma apariencia triste y eficiente y la misma atmósfera de incesante energía. Y como las bases aéreas, sólo existe por una máquina; la nave del espacio en lugar del bombardero.

»Desde mi ventana puedo ver a una extensión de un cuarto de milla la sombría forma de algunos edificios de oficinas que parecen completamente inadecuados en este desierto bajo las brillantes estrellas. Algunas ventanas están todavía iluminadas, y yo me imagino a los científicos trabajando febrilmente contrarreloj para solventar las últimas dificultades. Pero, en realidad, lo que sé es que los científicos están metiendo un ruido del infierno en el edificio de al lado dando una fiesta a sus amigos. Probablemente el consumidor de bencina a medianoche debe ser algún infortunado, contable o comerciante tratando de poner en orden su contabilidad.

»Bastante lejos, a la izquierda, por una brecha entre los edificios, puedo ver una estrecha franja de luz que se extiende hasta el horizonte. El «Prometheus» yace allá, bañado por los chorros de luz. Es extraño pensar que la nave, o mejor dicho «Beta», ha estado ya en el espacio una docena de veces o más, en las expediciones de suministro de combustible. Y, sin embargo, «Beta» pertenece a nuestro planeta, mientras «Alfa», que está todavía ligada a Tierra, pronto figurará entre las estrellas para no volver a tocar jamás la superficie de este mundo. Todos tenemos gran ansia por ver la nave, y mañana no perderemos tiempo al trasladarnos al lugar del lanzamiento.

»*Más tarde:* Ray ha venido a buscarme para reunirme con sus amigos. Me he sentido halagado, porque he observado que McA. & Co. no estaban invitados. No puedo recordar los nombres de nadie de los que me han presentado, pero fue muy divertido. Y ahora, a la cama.»

2

Incluso a primera vista y al nivel del suelo, a una distancia de una milla, la nave «Prometheus» ofrecía un impresionante aspecto. Yacía sobre un múltiple chasis en el borde del gran espolón de cemento que rodea el dispositivo de lanzamiento, con los agujeros de admisión de aire mostrando sus hambrientas fauces. La pequeña y más ligera auxiliar «Alfa» yacía en su cuna especial a pocos metros de allá, dispuesta a ser elevada en posición. Ambas máquinas estaban rodeadas de cestas, tractores y varios tipos de equipo motorizado.

Una barrera de cuerda estaba tendida alrededor del lugar, y el camión se detuvo a un paso de la cuerda, junto a un gran letrero que decía:

PRECAUCIÓN - ÁREA RADIACTIVA
Prohibido el paso a personas no autorizadas.
Los visitantes deseosos de examinar la nave,
llamen a Ext. 47 (Rel. Publ. II)
¡ESTO ES PARA SU PROTECCIÓN!

Dirk miró un poco nervioso a Collins mientras declaraban sus identidades y se les indicaba con un gesto que podían pasar.

—No sé si acaba de gustarme todo esto —dijo.

—¡Oh! —respondió alegremente Collins—, no hay nada que temer mientras se mantenga usted a mi lado. No entraremos en ninguna zona peligrosa. Llevo siempre uno de estos chismes.

Sacó una pequeña caja rectangular del bolsillo de su chaqueta. Tenía el aspecto de ser de plástico y llevaba un diminuto altavoz en un lado.

—¿Qué es esto?

—Un timbre de alarma Geiger. Se dispara como una sirena si hay alguna actividad peligrosa cerca del mismo.

Dirk tendió la mano en dirección del gran artefacto que yacía delante de ellos.

—¿Es esto una nave del espacio o una bomba atómica? —preguntó en tono lastimero.

Collins se echó a reír.

—Si se pone usted delante del chorro no se enterará nunca de la diferencia.

Se detuvieron delante de la aguda y delgada punta de «Beta», y sus grandes alas, extendiéndose a lo lejos por ambos lados, le daban el aspecto de una polilla en reposo. Las obscuras cavernas de las tomas de aire parecían amenazadoras y siniestras, y Dirk quedó sorprendido al ver los extraños y acanalados objetos que brotaban de ellas en diferentes lugares. Collins se dio cuenta de su curiosidad.

—Difusores de choque —le explicó—. Es totalmente imposible conseguir un admisor de aire que opere en toda la extensión de las velocidades, desde las quinientas millas por hora al nivel del mar hasta las dieciocho mil millas por hora en el límite de la estratosfera. Estos dispositivos son ajustables y pueden ser entrados y salidos. Incluso así el resultado no es satisfactorio y sólo el hecho de que disponemos de una cantidad de energía ilimitada los hace posibles. Vamos a ver si podemos subir a bordo.

Su macizo chasis les permitió acceder a la nave por la compuerta de aire lateral. Dirk se dio cuenta de que la parte posterior de la nave había sido rigurosamente vallada con grandes barreras móviles a fin de que nadie pudiese acercarse a ella. Le hizo el comentario a Collins.

—Esta parte de «Beta» —dijo el aerodinamista con una mueca— estará estrictamente «fuera de límite» hasta el año 2000 o cosa por el estilo.

Dirk lo miró sin comprender.

—¿Qué quiere usted decir?

—Solo esto. Una vez el impulsor atómico puesto en funcionamiento y las pilas radiactivadas nada puede acercarse ya a ellas de nuevo. Durante años enteros sería peligroso tocarlas.

Incluso Dirk, que no era ingeniero, comenzó a darse cuenta de las dificultades prácticas que esto debía comportar.

—¿Entonces cómo diablos revisan ustedes los motores y reparan una avería si la hubiere? No me diga usted que sus planos son tan perfectos que no puede ocurrir nunca nada...

Collins sonrió.

—Este es el gran dolor de cabeza de la ingeniería atómica. Tendrá usted ocasión de ver cómo va más tarde.

Era sorprendente lo poco que había que ver a bordo de «Beta», puesto que la mayor parte de la nave estaba ocupada por tanques de combustible y motores, invisibles e inaproximables detrás de sus barreras aislantes. La larga y estrecha cabina de la proa hubiera podido ser la sala de controles de cualquier avión de línea, pero estaba más cuidadosamente surtida, ya que el piloto y la tripulación de máquinas tenían que vivir a bordo cerca de tres semanas. El tiempo tenía forzosamente que hacérseles largo, y a Dirk no le sorprendió ver que la nave contenía una biblioteca de microfilms y un proyector. Sería lamentable, por no decir nada más, que los dos hombres tuviesen personalidades incompatibles; pero sin duda los psicólogos habían comprobado este punto con meticulosa precisión.

En parte, porque entendía tan poco de todo lo que veía y, en parte, por los grandes deseos que tenía de ir a visitar «Alfa», Dirk no tardó en cansarse de examinar el cuarto de controles. Se acercó a las diminutas y gruesas portillas y miró el espectáculo que ofrecía el exterior.

«Beta» señalaba a través del desierto, casi paralela a la pista de lanzamiento que recorrería dentro de pocos días. Era fácil imaginar que en aquel mismo momento estaba esperando pegar el salto al cielo y trepar por la estratosfera con su preciosa carga...

El suelo tembló de repente como si la nave comenzase a avanzar. Dirk sintió que una mano fría le estrujaba el corazón y perdió casi el equilibrio, salvándose sólo de caer gracias a una barandilla que tenía delante. Sólo entonces vio el pequeño tractor que rondaba alrededor de la nave y se dio cuenta de que se había asustado inútilmente. Esperó que Hay no se hubiese dado cuenta de nada, porque, de lo contrario, se hubiera sonrojado.

—O.K. —dijo Collins finalmente, habiendo terminado su meticulosa inspección—. Ahora vamos a ver «Alfa».

Subieron a la máquina que había sido llevada al fondo de las barreras que la protegían.

—Me parece que están haciendo algo en los motores —dijo Collins—. Han hecho ya..., veamos, quince recorridos sin el menor incidente. Lo cual es un nuevo galón en la gorra del profesor Maxton.

«Alfa» era un masa de motores y tanques de combustible más compacta todavía que la otra nave. No tenía, desde luego, aletas o aspiradores de ninguna especie, pero había indicios de dispositivos de extrañas formas montados en el interior del casco. Dirk interrogó a su amigo respecto a ellos.

—Esto serán antenas de radio, periscopios y propulsores exteriores para los chorros de propulsión —le explicó Collins—. En la parte posterior verá usted dónde los grandes amortiguadores de choque para el aterrizaje en la Luna han sido retirados. Cuando «Alfa» está en el espacio pueden ser extendidos y la tripulación puede probarlos para estar seguros de su perfecto funcionamiento. Entonces pueden dejarlos fuera ya definitivamente, puesto que durante el resto del viaje no hay resistencia de aire.

Alrededor de los dispositivos de cohete de «Alfa» había una pantalla protectora contra la radiación, de manera que era imposible tener una

visión completa de la nave. Aquello recordó a Dirk el fuselaje de un antiguo avión de línea que hubiese perdido sus alas o no se las hubiesen puesto todavía. «Alfa» recordaba, bajo varios aspectos, un gigantesco proyectil de artillería, con un insólito círculo de portillas alrededor de su proa. La cabina de la tripulación ocupaba menos de una quinta parte de la longitud del cohete. Debajo de ella estaban las innumerables máquinas y controles necesarios para un viaje de medio millón de millas.

Collins le indicó sumariamente las diferentes secciones del artefacto.

—Detrás de la cabina —dijo—, hemos situado la compuerta de aire y los principales controles que pueden tener que ser ajustados en vuelo. Después vienen los tanques de combustible, en número de seis, y la instalación refrigeradora para mantener el metano en estado líquido. Después tenemos las bombas y turbinas, y después el motor, que se extiende en toda la longitud de la nave. Alrededor hay una gran capa protectora, y toda la cabina está al margen de la radiación, de manera que la tripulación está protegida hasta el máximo. Pero el resto de la nave es «caliente», pese a que el mismo combustible contribuye en gran parte a la protección.

La diminuta compuerta de aire tenía sólo cabida para dos personas, y Collins fue a examinarla. Advirtió a Dirk por adelantado que la cabina estaría seguramente demasiado llena de visitantes, pero un momento después volvió a salir y le hizo señal de que entrase.

—Todos, a excepción de Jimmy Richards y Digger Clinton, se han ido a los talleres —dijo—. Estamos de suerte; hay sitio.

Dirk no tardó en darse cuenta de que ello era una exageración. La cabina había sido destinada a albergar tres personas viviendo bajo gravedad cero, pudiendo sus muros y suelo ser libremente intercambiables y todo su volumen destinado a cualquier otro propósito. Ahora que la maquina yacía horizontalmente sobre la Tierra, las condiciones estaban considerablemente afectadas.

Clinton, el especialista electrónico australiano, estaba medio sumergido en el vasto diagrama de alambres que se había visto obligado a arrollarse alrededor del cuerpo a fin de meterlo en la cabina. Recordaba, pensó Dirk, una oruga tejiendo su cantillo. Richards parecía estar poniendo a prueba una serie de controles.

—No se asuste —dijo al ver que Dirk lo observaba inquieto—. No vamos a salir, en los tanques de combustible no hay nada.

—Empiezo a sentir un complejo respecto a esto —confesó Dirk—. La próxima vez que venga a bordo me cercioraré primero de que estamos amarrados a una sólida ancla.

—En cuanto a anclas hace referencia —dijo Richards riéndose—, no haría falta que fuese muy grande, «Alfa» no tiene gran impulso; unas cien toneladas como máximo. ¡Pero las puede transportar durante mucho tiempo!

—¿Cien toneladas solamente? ¡Pero si pesa tres veces más!

—Sí. pero cuando arranca está en el espacio libre y cuando despegue de la Luna su peso efectivo será sólo de treinta y cinco toneladas. De manera que todo está controlado.

El decorado de la cabina parecía el resultado de una encarnizada batalla entre la ciencia y el surrealismo. Todo había sido establecido sobre la base de que durante ocho días los ocupantes no tendrían gravedad alguna y no existiría «arriba» ni «abajo»; mientras durante un período bastante más largo, mientras la nave reposase sobre la Luna, a lo largo de su eje habría un campo de gravitación muy bajo. Como en aquel momento la línea del centro era horizontal, Dirk tenía la neta sensación de que estaba caminando por el techo o las paredes.

Sin embargo, aquella primera visita a una nave del espacio era para él un momento que recordaría toda su vida. Las pequeñas ventanillas a las que ahora se asomaba, dentro de pocos días darían a las solitarias llanuras lunares; el cielo que tendrían encima no sería azul, sino negro, claveteado de estrellas. Cerrando los ojos, le parecía imaginar que estaba ya en la Luna y que si miraba a través de las portillas superiores podía ver la Tierra flotando en el espacio. Pese a que hizo repetidas visitas a la nave, Dirk no fue nunca capaz de volver a experimentar las mismas sensaciones que el día de su primera visita.

En la compuerta de aire se produjo un súbito ruido de pisadas y Collins apresuradamente, dijo:

—Será mejor que nos marchemos antes de que llegue el alud y muramos pisoteados. Ahí vienen esos.

Consiguió detener el grupo que llegaba el tiempo suficiente para escapar. Dirk vio que Hassell, Leduc, Taine y tres hombres más se disponían a entrar en la nave, algunos de ellos bastante cargados, y su mente se turbó al tratar de imaginar las condiciones de instalación interior. Esperaba que nada ni nadie se quebrase.

Ya en el espolón de cemento se desperezó y pudo estirarse de nuevo. Miró en dirección a una de las portillas para ver qué ocurría en el interior de la nave, pero no le extrañó encontrarla obstruida. Alguien se había sentado delante de ella.

—Bien —dijo Collins ofreciéndole un cigarrillo, que él aceptó con gusto—, ¿qué le parecen a usted nuestros juguetes?

—Ahora veo dónde va a parar el dinero —respondió Dirk—. Me parece una cantidad enorme de maquinaria para llevar sólo tres hombres a mitad camino, como dice usted.

—Hay algo más que ver todavía. Vamos a la pista de despegue.

La pista de despegue era impresionante por su misma simplicidad. Dos pares de raíles empezaban en el espolón de cemento y avanzaban rectos hasta desaparecer en el horizonte. Era la perspectiva más perfecta que Dirk había visto jamás.

La catapulta de lanzamiento era un enorme artefacto metálico con unos brazos que empujarían el «Prometheus» hasta que hubiese cobrado la velocidad de vuelo suficiente. Sería lamentable, pensó Dirk, que no lo soltasen en el momento preciso.

—Lanzar quinientas toneladas a tantas millas por hora debe necesitar un generador considerable —le dijo a Collins—. ¿Por qué no despega el «Prometheus» por su propio esfuerzo?

—Porque con esta carga inicial la nave pierde velocidad a cuatro cincuenta y los propulsores a chorro no funcionan hasta alcanzar una

velocidad superior. La energía de lanzamiento proviene de la central principal, allá abajo; aquel pequeño edificio que hay a su lado alberga una batería de ruedas que son puestas a la velocidad requerida antes del lanzamiento. Entonces son acopladas directamente a los generadores.

—Comprendo —dijo Dirk—. Ponen en tensión el muelle y..., ¡allá va!

—Esta es la idea —respondió Collins—. Cuando «Alfa» está lanzada, «Beta» no está sobrecargada ya, y puede ser devuelta al suelo a una velocidad razonable; menos de doscientas cincuenta millas por hora; lo cual es fácil para quien tiene el capricho de volar con planeadores de doscientas toneladas.

3

La aullante muchedumbre del pequeño hangar guardó súbitamente silencio al ver al Director-General subir al estrado. Se habían instalado amplificadores y su voz resonó sonora entre las paredes de metal. Mientras hablaba, centenares de estilográficas corrían sobre centenares de cuartillas.

—Sería mi deseo —comenzó sir Robert— dirigirles unas palabras ahora que están todos reunidos aquí. Tenemos especial interés en ayudarles en su misión y darles todas las oportunidades de poder relatar el despegue, que tendrá lugar, como ustedes saben, dentro de cinco días.

»Ante todo, comprenderán que es materialmente imposible permitir que todo el mundo pueda visitar la nave. Durante la semana pasada hemos admitido a tantos como ha sido posible, pero a partir de mañana no podemos admitir más visitantes a bordo. Los ingenieros estarán ya haciendo los últimos ajustes y nos hemos encontrado ya ante uno o dos casos de... cazadores de recuerdos.

»Todos ustedes han tenido la oportunidad de elegir un sitio a lo largo de la pista de despegue. Durante los cuatro primeros kilómetros habrá sitio para mucha gente. Pero, recuérdenlo bien, nadie debe pasar de la barrera roja del quinto kilómetro. Allí es donde los propulsores a chorro comienzan a funcionar y está todavía ligeramente radiactivado de los anteriores ensayos. Cuando las explosiones comienzan a producirse, despiden productos de escisión sobre una vasta área. Daremos la voz de campo libre en cuanto puedan ustedes recoger en plena seguridad las cámaras automáticas que hayan instalado allá.

»Un cierto número de personas nos han preguntado cuándo van a ser retiradas las pantallas de radiación a fin de que la nave pueda ser visitada debidamente. Esto será hecho mañana por la tarde y pueden ustedes venir a verlo. Traigan gemelos o telescopios si quieren ver los aparatos de chorro, pues no se les permitirá acercarse a más de cien metros. Y si alguno de ustedes considera que estas precauciones son una tontería, en el hospital tienen ustedes a dos que se metieron donde no debían y ahora se arrepienten.

»Si por alguna razón a última hora surgiese un obstáculo, el lanzamiento sería demorado doce horas, veinticuatro horas o, el

máximo, treinta y seis horas. Más allá tendríamos que esperar una nueva luna, o sea cuatro semanas. Para nosotros no tiene importancia *cuándo* vayamos a la Luna, pero querremos aterrizar de día en la región que mejor conocemos.

»Los dos componentes se separarán cosa de una hora después del despegue. Será posible ver la explosión de «Alfa» si el cohete se encuentra por encima del horizonte cuando inicie su poderosa órbita. Vamos a conectar todo mensaje radiado con el sistema de altavoces del campo en nuestra longitud de onda normal.

»«Alfa» tiene que estar en camino hacia la Luna en caída libre unos noventa minutos después del despegue. Esperamos el primer mensaje radiado para entonces. Después de esto, durante tres días se producirán muy pocas cosas hasta que la maniobra de frenaje empiece a unas treinta mil millas de la Luna. Si por alguna razón el consumo de combustible ha sido demasiado grande, no habrá aterrizaje. La nave describirá una órbita alrededor de la Luna a una altura de algunos centenares de kilómetros hasta el momento del vuelo de regreso calculado.

»¿Alguna otra pregunta?»

—¿Cuándo sabremos quién forma parte de la tripulación.

El Director-General esbozó una sonrisa de contrariedad.

—Probablemente mañana. Pero les ruego que recuerden... que este asunto es demasiado grande para hacer de él una cuestión personal. No tiene la menor importancia quién tome parte en el primer vuelo. Lo que importa es el viaje.

—¿Podremos hablar con la tripulación cuando la nave esté en el espacio?

—Sí, habrá algunas oportunidades limitadas. Esperamos establecer una emisión general una vez al día. Y, desde luego, cambiaremos continuamente informaciones fijas y técnicas, de manera que la nave estará siempre en contacto con alguna estación de la Tierra.

—¿En qué forma será radiado el aterrizaje en la Luna?

—La tripulación estará demasiado ocupada para hacer un exceso de comentarios en honor nuestro. Pero los micrófonos estarán funcionando, de manera que tendremos una perfecta idea de lo que estará ocurriendo. Los observatorios podrán también ver el chorro cuando esté en acción. Es probable que cree perturbaciones cuando alcance la Luna.

—¿Qué programa hay para después del aterrizaje?

—La tripulación lo decidirá de acuerdo con las circunstancias. Antes de salir de la nave radiarán una descripción de todo lo que vean, y la cámara de televisión estará funcionando. De manera que tendremos algunas imágenes perfectas. En color, desde luego.

»Esto requerirá una hora y dará tiempo de dispersarse el polvo y los productos de radiación. Después dos miembros de la tripulación se pondrán trajes del espacio y saldrán a explorar. Radiarán sus impresiones a la nave y éstas serán transmitidas directamente a la Tierra.

»Esperamos que será posible explorar minuciosamente una región de diez kilómetros de anchura, pero no debemos correr el menor riesgo. Gracias al enlace de la televisión, todo lo que se descubra podrá ser retransmitido inmediatamente a la Tierra. Lo que más interés tenemos en encontrar son, naturalmente, depósitos de minerales con los cuales pudiésemos fabricar combustible en la Luna. Buscaremos, naturalmente, signos de vida también, pero nadie quedaría más sorprendido que nosotros si los encontrásemos.

—Si pescan ustedes un selenita —dijo alguien burlonamente—, ¿lo traerán para la colección zoológica?

—¡De ninguna manera! —dijo sir Robert con firmeza, pero guiñando un ojo—. Si empezamos a hacer cosas de estas es probable que seamos nosotros quienes acabemos en el zoológico.

—¿Cuándo estará la nave de regreso?

—Aterrizará a primera hora de la mañana y volverá a despegar a última hora de la tarde, hora lunar. Lo cual equivale aproximadamente a unos ocho de nuestros días. El viaje de regreso dura cuatro días y medio, de manera que la ausencia total será de dieciséis a diecisiete días.

¿Ninguna pregunta más? Bien, en este caso dejémoslo así. Pero hay otro punto. Para estar seguros de que todo el mundo tiene una clara idea del fondo técnico de la cuestión, hemos organizado tres charlas para los próximos días. Serán dadas por Taine, Richards y Clinton, y cada uno de ellos cubrirá su línea especial de territorio, pero no en lenguaje técnico. Les aconsejo encarecidamente que no las pierdan. Gracias.

El final de la peroración no hubiera podido ser más exactamente calculado. En el momento en que el Director-General bajaba del estrado, un terrible estallido llegó rugiendo del desierto, haciendo resonar el hangar de acero como un tambor.

A tres millas de allá, «Alfa» estaba probando sus motores, quizá a una décima parte de su potencia. Era un ruido que desgarraba los tímpanos y aguzaba los dientes; lo que podría ser a pleno rendimiento escapaba a toda imaginación.

A toda imaginación y a todo conocimiento, porque jamás nadie lo oiría. Cuando los cohetes de «Alfa» funcionasen de nuevo, la nave estaría en el eterno silencio que reina entre los mundos, donde la explosión de una bomba atómica es tan silenciosa como la caída de los copos de nieve bajo una luna de invierno.

4

El profesor Maxton tenía el aspecto muy cansado mientras arreglaba cuidadosamente las hojas de servicio sobre su mesa de trabajo formando un alto montón. Todo había sido cuidadosamente comprobado; todo funcionaba perfectamente, casi demasiado perfectamente, parecía. Los motores pasarían su inspección final mañana; entretanto las dos naves habían sido abastecidas. Era una lástima, reflexionaba, que fuese necesaria dejar una tripulación

permanente a bordo de «Beta» mientras circundaba la Tierra. Pero era inevitable, porque los instrumentos y las instalaciones de refrigeración del combustible tenían que ser vigiladas, y ambas máquinas tenían que ser fácilmente manejables a fin de poder establecer nuevo contacto. Una escuela del pensamiento consideraba que «Beta» tendría que aterrizar y despegar nuevamente quince días después a fin de reunirse con «Alfa» a su regreso. Sobre este punto había habido muchas discusiones, pero, finalmente, se adoptó el punto de vista orbital. Se añadirían algunos detalles suplementarios a fin de dejar a «Beta» donde estaba, ya en posición, en los límites de la atmósfera.

Las máquinas estaban a punto; pero ¿y los hombres?, pensaba Maxton. Se preguntaba si el Director-General había tomado su decisión y súbitamente decidió ir a verlo.

No le sorprendió encontrar al psicólogo-jefe con sir Robert. El doctor Graves le dirigió un cordial saludo al verlo entrar.

—¡Hola, Rupert! ¿Supongo que teme usted que haya cancelado todo esto, verdad?

—Si es así —dijo Maxton sonriendo—, me parece que voy a nombrar una tripulación entre mi personal y voy yo también. Supongo que saldríamos perfectamente del paso, además. Pero en serio, ¿cómo están los muchachos?

—Muy bien. No va a ser cosa fácil elegir a sus tres hombres, pero es necesario hacerlo pronto, porque la espera los pone nerviosos. ¿No hay motivo ya de demora, no?

—No; han sido todos sometidos a prueba de reacción en los controles y están plenamente familiarizados con la nave. Estamos todos a punto de salir.

—En este caso —dijo el Director-General—, será lo primero que haremos mañana.

—¿En qué forma?

—A la suerte, como prometí. Es la única manera de evitar rencillas.

—Lo celebro —dijo Maxton. Se volvió hacia el psicólogo y añadió—: ¿Está usted completamente seguro de Hassell?

—De él iba a hablar. Irá, desde luego, y está deseando ir. En estos últimos momentos en que la excitación se ha apoderado de él no se preocupa ya tanto. Pero hay todavía una pega.

—¿Cuál?

—Lo considero muy improbable, pero ¿supongamos que ocurre algo aquí mientras él está en la Luna...? El niño es esperado hacia mitad del viaje, ya lo sabe usted...

—Ya... ¿Si su mujer moría, para poner el peor de los casos, qué efecto produciría la cosa en él?

—No es fácil responder, desde luego, ya que se encontrará en condiciones que jamás han sido experimentadas por un ser humano. Puede tornárselo con calma, pero puede ser todo lo contrario. Lo considero un riesgo sumamente remoto, pero existente.

—Siempre podríamos mentirle, desde luego —dijo sir Robert pensativo—, pero siempre he sido muy estricto en estas cosas. No me gustaría tener un pecado como éste sobre mi conciencia.

Hubo unos minutos de silencio. Después el Director-General continuó:

—Bien, muchas gracias, doctor. Rupert y yo hablaremos de esto. Si lo consideramos estrictamente necesario siempre podemos pedir a Hassell que se quede.

—Puede, pedírselo —dijo—; pero odiaría tenerlo que hacer yo.

La noche estaba cuajada de estrellas cuando el profesor Maxton salió del despacho del Director-General y se dirigió lentamente hacia las habitaciones. Saber que ignoraba el nombre de más de la mitad de las constelaciones que veía le daba una especie de sensación de culpabilidad. Una noche tenía que pedir a Taine que se las identificase. Pero tenía que darse prisa; Taine podía no pasar ya más de tres noches en la Tierra.

A su derecha veía el alojamiento de la tripulación lleno de luz. Vaciló un momento y se dirigió a paso ligero hacia el bajo edificio.

La primera habitación, la de Leduc, estaba vacía, pese a que la luz estaba encendida y acababa de quedarse vacía. Su ocupante había impreso ya su personalidad en la estancia y montones de libros yacían por todas partes, en cantidad superior a la que parecía útil traer para una tan corta estancia. Maxton miró los títulos, la mayoría franceses, y un par de veces sus cejas se arquearon levemente. Se apuntó una o dos palabras esperando la próxima vez que se pusiese en contacto con un diccionario francés verdaderamente extenso.

Una encantadora fotografía de los dos hijos de Pierre sentados en un cohete moderno ocupaba el lugar de honor sobre su mesa. Al lado había otra fotografía de una bellísima mujer, pero el efecto doméstico quedaba en cierto modo profanado por media docena de otras bellísimas mujeres clavadas en las paredes.

Maxton entró en la habitación contigua que resultó ser la de Taine. Allí encontró a Leduc y al joven astrónomo profundamente absortos en una partida de ajedrez. Estuvo viéndolos jugar durante algún tiempo, con el inevitable resultado de ser acusado de estropearles el juego, ante lo cual retó al vencedor; Leduc ganó, y Maxton lo despachó en unas treinta jugadas.

—Esto —le dijo mientras retiraban el tablero— le enseñará a no tener demasiada confianza en sí mismo. El doctor Groves dice que es un defecto general de usted.

—¿Ha dicho algo más el doctor Groves? —preguntó Leduc con fingida indiferencia.

—Pues, no creo divulgar ninguna confidencia facultativa si digo que todos ustedes han pasado ya sus pruebas y pueden pasar a un curso superior. De manera que mañana por la mañana la primera cosa que haremos será echar a suertes y ver quiénes son los tres cobayos elegidos.

Una expresión de alivio apareció en los rostros de sus interlocutores. Cierto era que se les había casi prometido que la elección final sería confiada a la suerte, pero hasta entonces no se les había dado la

seguridad, y la sensación de ser rivales en potencia había afectado algunas veces sus buenas relaciones.

—¿Están aquí todos los demás? —preguntó Maxton—. Me parece que voy a decírselo.

—Jimmy probablemente debe dormir —dijo Taine—, pero Arnold y Vic están todavía despiertos.

—Bien, entonces nos veremos por la mañana.

Extraños ruidos que emanaban de la habitación de Richards demostraban que el canadiense estaba profundamente dormido. Maxton siguió avanzando por el corredor y llamó a la puerta de Clinton.

La escena ante la cual se encontró lo dejó casi sin aliento; hubiera podido ser una escena de film que transcurriese en el laboratorio de un científico loco. Echado en el suelo en medio de un maremágnum de tubos e hilos de radio, Clinton parecía hipnotizado por un osciloscopio de rayos catódicos, cuya esfera estaba llena de fantásticas figuras geométricas que cambiaban y oscilaban continuamente; en el fondo, un aparato de radio estaba tocando suavemente el justamente poco conocido Cuarto Concierto de Piano, de Rachmaninov, y Maxton se dio cuenta de que las cifras de la pantalla estaban sincronizadas a la música.

Subió a la cama, que era al parecer el lugar más seguro y vio a Clinton levantarse finalmente del suelo.

—Suponiendo que usted mismo lo sepa —le dijo finalmente—, ¿puede usted decirme qué diablos está haciendo?

Clinton avanzó como pudo por aquel mar de confusión y se sentó a su lado.

—Es una idea en la que estoy trabajando hace ya mucho tiempo —explicó excusándose.

—Bien, pero espero que recuerda usted lo que le ocurrió al difunto Dr. Frankenstein.

Clinton, que era un hombre serio, no contestó.

—Lo llamo un kaleidofono —dijo—. La idea es que convierta todo sonido rítmico, como la música, en formas visuales agradables y simétricas, pero siempre variables.

—Será un juguete muy agradable. Pero ¿cabrán en una «nursery» normal esta cantidad de tubos y alambres?

—No es un juguete —dijo Clinton ligeramente ofendido—. La televisión y la industria de films de dibujos lo encontrarán muy útil. Será el instrumento ideal para procurar interludios durante las largas radiaciones musicales que resultan siempre aburridas. Tenía incluso la esperanza de sacarle un poco de dinero.

—Mi querido amigo —dijo Maxton sonriendo—, si es usted uno de los primeros hombres en llegar a la Luna, no creo que se encuentre usted jamás en peligro de morirse de hambre en el arroyo durante su vejez.

—No, eso supongo…

—La verdadera razón por la cual he caído aquí es que quería decirle que lo primero que haremos mañana será tirar a la suerte los hombres de la tripulación. No se electrocute usted antes, por lo tanto. Voy a ver a Hassell, ahora, de manera que…, buenas noches.

Hassell estaba tendido en la cama, leyendo, cuando Maxton llamó y entró.

—¡Hola, profesor! —dijo—. ¿Qué hace usted por aquí a esta hora inusitada?

Maxton fue directo al grano.

—Mañana por la mañana tiramos la tripulación a la suerte. He creído que le gastaría a usted saberlo.

Hassell permaneció un momento silencioso.

—Lo cual quiere decir —dijo con voz ligeramente ronca—, que todos hemos sido admitidos...

—¡Válgame el cielo, Vic! —protestó Maxton con calor—. ¿No habrá tenido usted nunca la menor duda?

Los ojos de Hassell parecían querer evitarlo. Evitaban también, Maxton se dio cuenta, la fotografía de su esposa, sobre la mesa.

—Como ya sabe usted —dijo Hassell— he estado muy preocupado por Maude...

—La cosa es muy natural, pero tengo entendido que todo está arreglado. A propósito, ¿cómo va usted a llamar al chiquillo?

—Victor William.

—Bien, pues supongo que cuando llegue, Vic «Junior» será el chiquillo más famoso del mundo. Lástima que la televisión tenga un sentido único. Tendrá usted que esperar hasta su regreso para verlo.

—Hasta..., y si...

—Oiga, Vic —dijo Maxton con firmeza—. ¿Usted quiere ir, verdad?

Hassell levantó la vista con una medio avergonzada desconfianza.

—¡Claro que quiero ir! —exclamó.

—Entonces, muy bien. Tiene usted tres probabilidades sobre cinco de ser elegido, como los demás. Pero, si no sale usted elegido esta vez, formará parte de la segunda, que será todavía más importante, puesto que por aquel entonces estaremos ya haciendo la tentativa de establecer una base. ¿Está bien, no cree?

Hassell permaneció un momento silencioso. Después, algo desabrido, dijo:

—El primer viaje será el que la Historia recordará siempre. Después, ira ya todo el mundo.

Aquel era el momento, decidió el profesor Maxton, de perder la calma. Sabía hacerlo con habilidad y esmero cuando la ocasión lo exigía.

—Escúcheme, Vic —chilló—. ¿Y qué me dice usted de los que construyeron esta nave? ¿Es que cree usted que nos gusta tener que esperar el décimo, o vigésimo, o centésimo viaje para tomar parte en él también? Y si es usted lo suficientemente loco para ansiar la fama..., ¡pardiez, hombre!..., *¿es que olvida usted que alguien tendrá que pilotar la primera nave hacia Marte?*

La explosión cesó. Entonces Hassell le dirigió una sonrisa y soltó una leve risita.

—¿Puedo considerar esto como una promesa, profesor?

—No soy yo el encargado de hacerlas, caramba...

—No, ya lo supongo. Pero comprendo su argumento; si esta vez fallo el viaje, no me sentiré demasiado decepcionado. Y ahora me parece que voy a dormir.

5

El espectáculo del Director-General entrando cuidadosamente con una cesta de papeles en el despacho del profesor Maxton hubiera podido causar normalmente cierta hilaridad, pero todo el mundo lo miró solemne al verlo entrar. No habiendo ningún sombrero hongo en todo Luna City, la cesta de papeles tenía que hacer con menos dignidad sus funciones.

Aparte los cinco miembros de la tripulación, que estaban tratando de disimular su impaciencia, los únicos presentes en la habitación eran Maxton, McAndrews, dos miembros del personal administrativo y Alexson. Dirk no tenía ningún motivo especial para estar allí, pero McAndrews lo había invitado. El Director de Relaciones públicas tenía con él constantemente atenciones como ésta, pero Dirk sospechaba que quería asegurarse de dejar su huella en la historia oficial.

El profesor Maxton cogió una docena de tiritas de panel de sobre su mesa y las agitó entre sus dedos.

—Bien..., ¿están ustedes a punto? —dijo—. Aquí tenemos una tira de papel, cada uno de ustedes escriba su nombre en ella. Si alguno de ustedes está demasiado nervioso, puede poner una cruz y nosotros la avalaremos.

El acudido contribuyó en gran manera a aliviar la tensión nerviosa y hubo algunas pullas y risas mientras todos ellos firmaban en las tiras de papel y las entregaban debidamente dobladas.

—Bien: ahora vamos a mezclarlos con las otras tiritas en blanco..., así. ¿Quién quiere sacarlas?

Hubo un momento de vacilación. Entonces, como obrando bajo un unánime impulso, cuatro de los miembros de la tripulación empujaron a Hassell hacia delante. Vic adoptó una actitud de timidez mientras Maxton le tendía la cesta.

—Sin hacer trampas, Vic —le dijo—. Y sólo una cada vez. Cierre los ojos y adelante.

Hassell metió la mano en la cesta y sacó un papel. Lo tendió a sir Robert, que lo desdobló.

—En blanco —dijo.

Hubo un ligero suspiro de contrariedad..., ¿o de alivio?

Otra tira. De nuevo:

—En blanco.

—¿Eh, es que han usado todos ustedes tinta invisible? —preguntó Maxton—. Pruebe otra vez, Vic.

Esta vez tuvo suerte.

—P. Leduc.

Leduc dijo algo muy rápidamente en francés y pareció quedar muy contento de sí mismo. Todos lo felicitaron cordialmente y se volvieron de nuevo hacia Hassell.

Este sacó inmediatamente un segundo papel.

—J. Richards.

La tensión había alcanzado ya su colmo. Mirándolo con atención, Dirk vio que la mano de Hassell temblaba mientras sacaba el quinto papel.

—Blanco.

Y una tercera vez.

—Blanco.

Alguien que hacía rato que había olvidado respirar lanzó un profundo suspiro.

Hassell tendió el octavo papel al Director-General.

—Lewis Taine.

La tensión nerviosa cesó. Todos se arremolinaron en torno a los tres elegidos. Por un momento Hassell permaneció absolutamente inmóvil; después se volvió hacia los demás. Su rostro no delataba en absoluto emoción de ninguna clase. Entonces el Profesor Maxton le agarró el hombro con una mano y dijo algo que Dirk no pudo entender. El rostro de Hassell dejó de contraerse y contestó con una sonrisa. Dirk oyó muy distintamente la palabra «Marte»; después, aparentemente muy alegre, Hassell se juntó a los demás, para felicitar a sus amigos.

—¡Bien, ya basta! —gritó el Director-General con una sonrisa que abarcaba todo su rostro—. Vengan a mi despacho. Allí hay unas cuantas botellas que nos esperan.

Todo el grupo pasó a la habitación contigua a excepción de McAndrews que se excusó diciendo que tenía que ocuparse de la Prensa. Durante el cuarto de hora que siguió varios sedientos gaznates fueron regados con deliciosos vinos australianos que el Director-General había adquirido para aquella ocasión. Después el grupo se disolvió con un aire general de plena satisfacción. Leduc, Richards y Taine fueron llevados delante de las cámaras fotográficas, mientras Hassell y Clinton permanecían un rato conferenciando con el Director-General. Nadie supo exactamente lo que les dijo, pero cuando salieron tenían un aspecto muy satisfecho.

Una vez la ceremonia hubo terminado, Dirk se juntó al Profesor Maxton, que carecía muy satisfecho de sí mismo y silboteaba jovialmente.

—Estoy seguro de que se alegra que haya terminado —dijo Dirk.

—No lo dude. Ahora todos sabemos como está la cosa.

Siguieron caminando juntos un buen trecho sin decir nada. Entonces Dirk hizo observar, muy inocentemente.

—¿No le he hablado nunca de mi verdadera afición?

El Profesor Maxton pareció quedar muy sorprendido.

—No, ¿cuál es?

Dirk tosió como para excusarse.

—Pues paso por ser un prestidigitador «amateur» bastante bueno.

El Profesor Maxton paró instantáneamente su silbido. Hubo un profundo silencio. Después Dirk dijo, tranquilizándolo:

—No se preocupe. Estoy seguro de que nadie se ha dado cuenta de nada... Particularmente, Hassell.

—Es usted una verdadera calamidad —dijo Maxton con firmeza—. ¿Supongo que querrá hablar de él en su maldita historia?

Dirk se echó a reír.

—Quizá, si bien no soy un escritor de chismes. He observado que usted sólo ha escamoteado el papelito de Hassell, de manera que los otros es de presumir que han sido elegidos al azar. ¿O había ya preparado usted los nombres que el D-G tenía que llamar? ¿Eran todos aquellos papeles en blanco, por ejemplo?

—Es usted un malvado suspicaz. No, los otros han sido realmente elegidos al azar.

—¿Qué cree usted que va a hacer Hassell ahora?

—Estará aquí hasta el despegue y llegará a su casa con tiempo suficiente.

—¿Y Clinton, cómo lo va a tomar?

—Es un hombre flemático, no le importará. Tendremos a los dos haciendo planes para el próximo viaje. Estos los salvará de refunfuñar y quejarse.

Se volvió inquieto hacia Dirk.

—¿Me promete no decir nunca una palabra de esto?

Dirk hizo una mueca.

—Nunca, me parece un tiempo exagerado. ¿Vamos a fijarlo en el año 2000?

—¿Siempre pensando en la posteridad, verdad? Muy bien... vamos a dejarlo en el año 2000. ¡Pero con una condición!

—¿Cuál es?

—Que me regale usted un ejemplar *de luxe,* dedicado, de su Memoria, para leer durante mi vejez.

6

Dirk estaba redactando el borrador de su prefacio cuando sonó imperativamente el teléfono. El hecho de que dispusiese de un teléfono particular era un hecho ya de por sí sorprendente porque otras personas importantes carecían de él y venían constantemente a pedirle autorización para usarlo. Pero le había correspondido así durante la atribución de despachos y si bien esperaba que de un momento a otro se lo quitasen, nadie había venido hasta entonces a llevarse el aparato.

—¿Es usted, Dirk? Ray Collins al habla. Hemos quitado todas las pantallas aislantes del «Prometheus», de manera que por fin puede visitar la nave si quiere. ¿Recuerda que me preguntó cómo funcionan los motores?

—Sí.

—Venga usted y lo verá. Vale la pena de verlo.

Dirk suspiró y apartó sus notas. Un día empezaría a escribir en serio y entonces la historia se materializaría a una velocidad sorprendente. No se preocupaba en absoluto, porque ahora era dueño de su método de trabajo. Hubiera sido inútil empezar antes de estar en posesión de todos los datos, y hasta ahora no había hecho más que hacer índices de sus notas y referencias.

Hacía un día muy frío y se envolvió cuidadosamente mientras se dirigía hacia «Oxford Circus». La mayor parte del tránsito de Luna City convergía en aquel sitio y en él encontraría probablemente quien lo llevase hasta el lugar del lanzamiento. Los medios de transporte eran precarios en la base y había una continua batalla entre los varios departamentos por la posesión de los escasos autos y camiones disponibles.

Anduvo bajo el frío durante diez minutos antes de que un jeep lleno de periodistas encargados de la misma misión llegase metiendo ruido. Parecía en cierto modo una tienda de óptica ambulante porque venía cardado de cámaras fotográficas, catalejos y gemelos. Sin embargo, Dirk consiguió encontrar un sitio entre aquella exhibición de mercancías.

El *jeep* entró en la zona de aparcamiento y cada cual se apeó con su equipo. Dirk ayudó a bajar a un periodista muy pequeño cargado con un enorme telescopio, en parte por bondad natural y en parte con la esperanza de poder mirar un poco a través de él.

Las dos grandes naves yacían ahora desprovistas de sus coberturas y pantallas; por primera vez se podían apreciar plenamente su tamaño y proporciones. «Beta», bajo una mirada profana, hubiera podido ser tomado por una nave de línea de tipo normal. Dirk, que no entendía gran cosa en aviación, no le hubiera dirigido una segunda mirada si la hubiese visto despegar del aeródromo de su país.

«Alfa» no parecía ya tanto una especie de concha gigantesca. La radio del espacio y el equipo de navegación habían sido ya extendidos y sus líneas exteriores quedaban quebradas por una pequeña selva de mástiles y dispositivos de diferentes especies. Alguien debía estar operando desde dentro, porque de cuando en cuando algún mástil reaccionaba o se extendía más lejos.

Dirk siguió a la gente hacia la popa de la nave. Una cuerda cercaba un área vagamente triangular de manera que el «Prometheus» ocupaba un vértice y ellos se encontraban en la base. La distancia mínima a que podían acercarse de los dispositivos de propulsión era de unos cien metros. Mirando hacia aquellos agujeros que parecían bostezar Dirk no sintió ningún deseo de verlos de más cerca.

Las cámaras y los binoculares entraron en acción y Dirk pudo por fin mirar a través del telescopio. Los motores del cohete parecían estar a pocos metros, pero sólo pudo ver un agujero metálico lleno de oscuridad y misterio. Por aquel agujero saldrían en breve centenares de toneladas de gas radiactivo a quince mil millas por hora. Detrás de él, oculto en las sombras, estaban los elementos de la pila a la que jamás un ser humano podría volverse a acercar.

Alguien avanzaba hacia ellos por el área prohibida, pero caminando muy cerca de la barrera de las cuerdas. Al acercarse, Dirk vio que era el Dr. Collins. El ingeniero lo saludó con una sonrisa y dijo:

—Ya supuse que lo encontraría aquí. Estamos esperando que llegue el personal de servicio. Tiene usted un bonito telescopio..., ¿puedo dar una mirada?

—No es mío —dijo Dirk—, es de ese caballero..., aquí.

El pequeño periodista dijo que estaría encantado de que el Profesor mirase a través del instrumento, y más todavía si se dignaba explicarles lo que era digno de ser visto allí.

Collins estuvo mirando intensamente algunos instantes. Después volvió a enderezarse y dijo:

—Temo que de momento no hay gran cosa que ver, pero dentro de pocos minutos se alegrarán ustedes de tener este telescopio.

Y sonrió ligeramente.

—Produce una curiosa sensación, sabe usted —dijo dirigiéndose a Dirk— estar mirando el artefacto que uno ha ayudado a construir y al que no podrá acercarse nunca sin que represente un suicidio.

Mientras hablaba, un extraordinario vehículo iba aproximándose por el asfalto. Era un enorme camión parecido a los que usan las compañías de televisión para las retransmisiones exteriores y remolcaba una máquina que dejó a Dirk asombrado. Al pasar por delante de él le dejó una vaga impresión de palancas articuladas, pequeños motores eléctricos, cadenas y ruedas de oruga, y otros adminículos que no fue capaz de identificar.

Los dos vehículos se detuvieron en el interior de la zona de peligro. Se abrió una puerta del gran camión y por ella salieron media docena de hombres, desengancharon el arrastre y comenzaron a conectarlo a tres gruesos cables blindados que habían desarrollado de dos tambores, en la parte delantera del camión.

La extraña máquina entró súbitamente en acción. Avanzó sobre sus pequeños neumáticos *balloon* como si quisiera probar su movilidad. Las palancas articuladas comenzaron a flexionar, dando una extraña sensación de vida mecánica. Un momento después el artefacto empezó a encaminarse decididamente hacia el «Prometheus», seguido de la máquina más grande a la misma velocidad.

Collins sonreía al ver el profundo asombro de Dirk y de los demás periodistas allí reunidos.

—Es «Tin Lizzie» —dijo a modo de presentación—. No es en realidad un verdadero robot porque cada movimiento que hace es controlado directamente por los hombres del camión. Se necesita un equipo de tres para moverlo y es uno de los artefactos más ingeniosamente construidos de este mundo.

«Lizzie» estaba ahora a pocos metros de los chorros de «Alfa» y después de algunos precisos movimientos de su base giratoria se detuvo nuevamente. Un largo y delgado brazo sujetando varias extrañas piezas de maquinaria desapareció en aquel túnel amenazador.

—El transporte e instalación de la maquinaria ha sido siempre uno de los más importantes problemas de la ingeniería atómica —explicó Collins a su interesado público—. Fue desarrollado por primera vez en alta escala en el proyecto de Manhattan durante la guerra. Desde entonces se ha convertido en una gran industria autónoma. «Lizzie» es uno de sus productos más espectaculares. Es capaz de arreglar un reloj…, o por lo menos un despertador.

—¿En qué forma lo controla la tripulación? —preguntó Dirk.

—En este brazo hay una cámara de televisión de manera que pueden ver el trabajo como si lo estuviesen estudiando directamente. Todos los movimientos son ejecutados por medio de su servomotores controlados por medio de estos cables.

Nadie veía ahora qué estaba haciendo a «Lizzie» y transcurrió mucho tiempo antes de que se apartase del cohete. Dirk vio que llevaba una barra de unos tres pies de longitud de curiosa forma fuertemente sujeta en sus garras de metal. Los dos vehículos se apartaron a unas tres cuartas partes de la distancia hasta la barrera y al aproximarse a los periodistas éstos se retirararon apresuradamente del amenazador objeto gris que el robot llevaba en sus garras. Collins, sin embargo no se movió, en vista de lo cual Dirk dedujo que no era peligroso quedarse.

Se produjo un súbito zumbido ronco en el bolsillo de la chaqueta del ingeniero y Dirk pegó un salto de un pie en el aire. Collins levantó una mano y el robot se detuvo a unos cuarenta pies de ellos. Sus controladores, supuso Dirk, debían estar observándolos a través de los ojos de la televisión.

Collins agitó sus brazos y la barra giró lentamente en las garras del robot. El zumbido del timbre de alarma de la radiación cesó súbitamente y Dirk volvió a respirar.

—Usualmente, de un objeto irregular como este suele producirse algún efecto de radiación —explicó Collins—. Seguimos estando todavía en su campo de radiación, desde luego, pero es demasiado débil para ser peligroso.

Se volvió hacia el telescopio que había sido momentáneamente abandonado por su dueño.

—Esto es verdaderamente práctico —dijo—. No había tenido intención de inspeccionarlo personalmente, pero la ocasión es demasiado buena para desperdiciarla; es decir, si podemos enfocar a esta distancia.

—¿Qué trata usted exactamente de hacer? —preguntó Dirk al ver que su amigo daba a la lente toda su extensión.

—Este es uno de los elementos reactores de la pila —dijo Collins distraídamente—. Tenemos que comprobar su actividad. ¡Hem...! Parece que funciona perfectamente. ¿Quiere dar una mirada?

Dirk miró por el telescopio. Pudo ver algunas pulgadas cuadradas que a primera vista parecían metal pero después vio que era una especie de capa de cerámica. Lo veía tan de cerca que podía distinguir la contextura de la superficie.

—¿Qué ocurriría si lo tocaba? —preguntó.

—Se produciría usted seguramente graves quemaduras; gamma y neutrones. Si estuviese usted cerca el tiempo suficiente, moriría.

Dirk miró con fascinado horror aquella superficie gris de apariencia inofensiva que le parecía tener sólo a algunos pulgadas.

—Supongo que los fragmentos de una bomba atómica deben ser muy parecidos a esto —dijo.

—Igualmente inofensivos, en todo caso —asintió Collins—. Pero aquí no hay peligro de explosión. Todo el material fusible que empleamos ha

sido desnaturalizado. Si se produjesen serias complicaciones, podría ocurrir una explosión, pero muy pequeña.

—¿Qué entiende usted, por «serias complicaciones»? —preguntó Dirk con suspicacia.

—¡Oh, un fuerte golpe por ejemplo! —dijo Collins alegremente—. No le puedo dar las cifras por adelantado, pero no se requerirían menos de algunos centenares de toneladas de dinamita. ¡Nada de que preocuparse!

7

El salón donde se reunía el personal veterano le daba siempre a Dirk la impresión de encontrarse en un club cerrado de Londres. El hecho de no haber puesto nunca los pies en un club de Londres, cerrado o de otra especie, no interfería en su firme convicción.

No obstante, el contingente británico del salón era probable que en un momento dado fuese minoría y durante el transcurso del día se podía oír en el salón todo los acentos del mundo, lo cual no afectaba en nada la atmósfera del lugar que parecía brotar del enteramente británico *barman* y dos ayudantes. A pesar de todas las protestas habían conservado la Unión Jack ondeando allí, centro social de Luna City. Sólo una vez habían cedido un poco de territorio e incluso entonces el enemigo había sido rápidamente rechazado. Hacía seis meses los americanos habían importado un nuevo tipo de distribuidor de Coca-Cola que durante algún tiempo relució de una manera ostentosa sobre los austeros plafones de madera. Pero no por mucho tiempo; después de rápidas consultas y la nocturna intervención de los carpinteros, una mañana, cuando llegaron los sedientos clientes, encontraron que el cromado artefacto había desaparecido y que podían obtener de nuevo sus bebidas de lo que hubiera podido ser una de las obras maestras del difunto mister Chippendale. El *Statu quo* había sido restablecido, pero acerca de lo que había ocurrido, el *barman* confesaba su completa ignorancia.

Dirk venía por lo menos una vez al día a recoger su correo y leer los periódicos. Por las tardes el local solía estar atestado y prefería quedarse en su casa; pero aquella noche Maxton y Collins lo habían arrastrado fuera de su retiro. La conversación, como de costumbre, no se apartaba de la empresa en curso.

—Me parece que voy a ir a la conferencia de Taine, mañana —dijo Dirk—. Habla de la Luna, ¿verdad?

—Sí, supongo que va a andarse con mucha cautela, ahora que sabe que va a ir a ella. Puede tener que comerse sus palabras, si no se anda con cuidado.

—Le hemos dado libertad absoluta —contestó Maxton—. Probablemente hablará de proyectos a largo plazo y del empleo de la Luna como base de abastecimiento para alcanzar los planetas.

—Puede ser interesante. Richard y Clinton hablarán los dos de ingeniería, supongo, y de esto tengo ya bastante.

—Gracias —dijo Collins riéndose—. ¡Es agradable saber que nuestros esfuerzos son apreciados!

—¿Saben ustedes —dijo Dirk súbitamente—, que ni siquiera he visto jamás la Luna a través de un potente telescopio?

—Esto lo podemos fijar para cualquier noche de esta semana..., digamos pasado mañana. La Luna no tiene más que un día, en este momento. Aquí hay varios telescopios que le darán una visión perfecta.

—Siempre me pregunto —dijo Dirk pensativo— si vamos a encontrar vida, vida inteligente, quiero decir, en algún sitio del sistema solar...

Hubo una larga pausa. Después Maxton dijo, secamente.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Mírelo de esta forma. El hombre ha necesitado sólo diez mil años para pasar de la Edad de Piedra a la nave del espacio. Esto quiere decir que el viaje interplanetario tiene que aparecer muy al principio de todo desarrollo de cultura, siempre y cuando éste se produzca siguiendo una línea tecnológica.

—No obstante —dijo Dirk—, si retrocede usted hasta la prehistoria verá usted que han sido necesarios un millón de años para llegar a la nave del espacio.

—Pero esto sigue siendo únicamente una milésima parte, o quizá menos, de la edad del sistema solar. Si existía alguna civilización en Marte, probablemente murió antes de que la humanidad emergiese de la selva. Si estuviera floreciente todavía, hace ya tiempo que nos hubiera visitado.

—La cosa es tan plausible —respondió Dirk— que estoy seguro de que no es verdad. Es más, se pueden encontrar gran cantidad de incidentes que hacen parecer como si hubiésemos sido visitados en el pasado por naves o cosas a quienes no gustamos y se volvieron a marchar.

—Sí, he leído algunos de estos relatos y son interesantes. Pero soy escéptico; si algo una vez ha visitado la Tierra, cosa que dudo, me extrañaría mucho que viniese de otro planeta. El espacio y el tiempo son tan grandes que no parece probable que sólo tengamos vecinos en nuestro camino.

—Es lástima —dijo Dirk—. Yo creo que lo más apasionante de la astronáutica es la posibilidad que ofrece de encontrar otras mentalidades. La humanidad no tendría esta sensación de soledad.

—Esto es perfectamente cierto; pero quizá sería igualmente conveniente que pasásemos algunos de los siglos venideros explorando el sistema solar por nuestra cuenta. Al final de este período habríamos adquirido muchos más conocimientos, mejor dicho, *sabiduría,* no sólo conocimientos, y estaríamos quizá en condiciones de establecer contacto con otras razas. De momento..., en fin, no han transcurrido más que cuarenta años desde Hitler.

—¿Entonces, cuánto tiempo cree usted que tendremos que esperar —preguntó Dirk un poco desalentado—, antes de establecer contacto con una nueva civilización?

—¿Quién puede decirlo? Puede estar tan próximo en el tiempo como los hermanos Wright o tan remoto como la construcción de las pirámides. Puede incluso, desde luego, ocurrir dentro de una semana a partir de mañana, cuando el «Prometheus» aterrice en la Luna. Pero estoy muy seguro de que no.

—¿Cree usted sinceramente que algún día iremos a las estrellas? —preguntó Dirk.

El profesor Maxton permaneció sentado en silencio por algún tiempo echando bocanadas de humo azul hacia el techo.

—Así lo creo. Algún día.

—¿Cómo? —insistió Dirk.

—En *nuestro* universo, dos puntos pueden estar separados por años de luz. Pero pueden sin embargo estar casi tocándose en el alto espacio.

(¿Dónde está el Times? No, asno, no, no el New Yorker)

—Yo hago punto final en la cuarta dimensión —dijo Collins sonriendo—. Esto es demasiado fantástico para mí. ¡Yo no soy más que un ingeniero práctico..., espero!

(En la habitación contigua donde se jugaba al tenis de mesa pareció que el victorioso campeón hubiese saltado la red para ir a estrechar la mano de su adversario.)

—A principios de siglo —respondió el profesor Maxton—, los ingenieros prácticos pensaban de la misma manera acerca de la teoría de la relatividad. Pero una generación después fue generalmente admitida.

Permaneció algún tiempo inmóvil con los codos sobre la mesa, mirando a distancia.

—¿Qué cree usted que nos aportarán los próximos cien años? —preguntó lentamente.

8

La gran tienda de Nissen tenía fama de estar conectada al sistema de calefacción del campo, pero nadie lo hubiera dicho. Dirk, que se había familiarizado con la vida de Luna City, había muy prudentemente traído su gabán. Sentía piedad por los ateridos miembros de la concurrencia que habían descuidado tan elemental medida de precaución. Al final de la conferencia tendrían una viva imagen de las condiciones de vida de los planetas exteriores.

Unas doscientas personas estaban ya sentadas en los bancos y otras iban llegando continuamente, porque sólo pasaban cinco minutos de la hora en que la conferencia hubiera debido comenzar. En el centro de la habitación unos electricistas estaban acabando de ajustar un *episcopio.* Media docena de sillones habían sido colocados frente al estrado del conferenciante y eran blanco de codiciosas miradas. Tan claramente como si hubiesen ostentado una etiqueta proclamaban ante la faz del mundo: «Reservados para el Director-General».

La puerta del fondo de la tienda se abrió y dio paso a Sir Robert Derwent seguido de Taine, profesor Maxton y varias otras personas a

quien Dirk no conocía. Todos menos Sir Robert se sentaron en la primera fila, dejando el sillón del centro vacío.

El murmullo de voces cesó en el momento en que el Director-General subió al estrado. Parecía, pensó Dirk, un gran empresario en el momento de mandar levantar el telón. Y era esto, en cierto modo.

—Mister Taine —dijo— ha accedido amablemente a dirigirnos unas palabras sobre el objeto de esta primera expedición. Siendo, como es, uno de los primeros que la planearon y tomando personalmente parte en ella, estoy seguro de que lo escucharemos con gran interés. Una vez nos haya hablado de la Luna, espero que mister Taine va a dejar..., eh, todo ceremonial y expondrá los planes que tenemos para el resto del sistema solar. Creo que tiene ya muy bien organizada la próxima expedición a Plutón. Mister Taine...

(Aplausos.)

Dirk estudió cuidadosamente al astrónomo mientras éste subía a la tribuna. Hasta entonces había prestado muy poca atención a él. En realidad, aparte su casual encuentro con Hassell, había tenido muy pocas ocasiones de estudiar a nadie de la tripulación.

Taine era un muchacho rollizo que parecía estar en los medios veintes, pese a que pasaba ya de los treinta. La astronáutica, pensó Dirk, los pesca jóvenes. No era de extrañar que Richards, con sus treinta y cinco, fuese considerado como un veterano por sus colegas.

Mientras hablaba, la voz de Taine era seca y precisa y sus palabras se extendían claramente por la tienda. Era un buen orador, pero tenía la enojosa costumbre de hacer juegos malabares con trozos de yeso... que con frecuencia fallaba.

—No creo tenerles que decir gran cosa acerca de la Luna en conjunto —dijo—, puesto que ya han oído y leído suficiente acerca de ella durante estas últimas semanas. Pero les hablaré del lugar donde pensamos aterrizar y de lo que esperamos hacer una vez hayamos llegado a ella.

»Ante todo, aquí tenemos una vista de toda la Luna. (Primera vista, por favor.) Siendo llena y el sol cayendo vertical sobre el centro del disco, todo parece llano y falto de interés. La zona obscura del extremo derecho bajo es el Mare Imbrium, en el cual aterrizaremos.

»Ahora aquí tienen la Luna cuando tiene nueve días, que es como la verán ustedes desde la Tierra cuando nosotros lleguemos a ella. Lanzando el sol sus rayos oblicuamente verán ustedes que las montañas cercanas al centro se destacan muy claramente...; fíjense en estas sombras alargadas que forman.

»Acerquémonos más a examinar el Mare Imbrium en detalle. El nombre, dicho sea de paso, significa «Mar de Lluvias», pero ni es un mar ni llueve en él, como en ninguna otra parte de la Luna. Los antiguos astrónomos le dieron este nombre en los días anteriores a la invención del telescopio.

»Aquí verán por este primer plano que el Mar es una llanura limitada por la parte de arriba (o sea por el sur), por esta realmente bellísima cordillera, los Apeninos lunares. Al norte tenemos esta otra pequeña

cordillera, los Alpes. La escala nos da aquí una idea de las distancias; el cráter, por ejemplo, tiene unas cincuenta millas de diámetro.

»Esta zona es una de las más interesantes de la Luna y tiene con certeza los más bellos paisajes, pero durante nuestra primera visita sólo podremos explorar una pequeña región. Aterrizamos por aquí (la próxima vista, por favor), y esto es un dibujo de la zona en la mayor ampliación que podemos hacer. Está tomada tal como la ve usted ahora a simple vista, desde una distancia de doscientas millas en el especio.

»El punto exacto del aterrizaje será decidido durante la aproximación. Caeremos lentamente durante las últimas cien millas y tendremos tiempo de elegir un lugar conveniente. Como bajamos verticalmente sobre parachoques sosteniéndonos sobre los cohetes hasta el último momento, sólo necesitamos unas cuantas yardas cuadradas de una superficie razonablemente horizontal. Algunos pesimistas han insinuado que podríamos caer sobre una superficie de arenas movedizas, pero no parece probable.

»Saldremos de la nave por parejas, atados con una cuerda, dejando al tercero en la nave para conservar el contacto con la Tierra. Nuestros trajes del espacio llevan aire para doce horas y nos aislarán de todas las temperaturas que pueden encontrarse en la Luna, es decir, desde el punto de ebullición hasta un par de centenares de grados bajo cero Fahrenheit. Como estaremos allá durante el día, no sufriremos las bajas temperaturas a menos que estuviésemos en la sombra durante largo tiempo.

»Me es imposible decir a ustedes todo el trabajo que tenemos intención de hacer durante la semana de nuestra estancia en la Luna, de manera que sólo mencionaré algunos de los más importantes.

»En primer lugar, nos llevaremos pequeños pero muy potentes telescopios a fin de obtener una visión de los planetas, mejor que las conseguidas hasta ahora. Este equipo, como una gran parte de todo lo que llevemos, lo dejaremos allá para futuras expediciones.

»Traeremos aquí miles de muestras geológicas, debería decir «selenológicas», para ser analizadas. Buscaremos minerales que contengan hidrógeno, ya que en cuanto pudiésemos establecer un yacimiento de extracción de combustible en la Luna, el coste de los viajes quedaría reducido a una décima parte o quizá a menos. Más importante todavía, podríamos empezar a pensar en viajes a otros planetas.

»Nos llevamos también gran cantidad de material de radio. Como ustedes saben la Luna tiene enormes posibilidades como estación de enlace y esperamos investigar algunas de ellas. Haremos adicionalmente toda serie de mediciones físicas que serán del más alto interés científico. Una de las más importantes es la determinación del campo magnético de la Luna a fin de comprobar la teoría de Blackett. Y, desde luego, contamos conseguir una espléndida colección de fotografías y films.

»Sir Robert les ha prometido que «abandonaría todo formalismo». Bien, me es difícil decirles gran cosa, pero acaso pueda interesarles

saber lo que yo, personalmente, pienso sobre lo que podrá ser el desarrollo durante el próximo decenio o cosa así.

»Primero de todo, tenemos que establecer una base semipermanente en la Luna. Si estamos de suerte en nuestra primera elección, podremos construirla donde hayamos hecho nuestro primer aterrizaje. De lo contrario habrá que intentarlo de nuevo.

»Para la fundación de esta base se han trazado planos muy extensos. Dentro de lo posible será autónoma y se cultivarán los alimentos bajo cristal. La Luna, con sus catorce días continuos de luz de sol, tiene que ser un paraíso de la horticultura.

»A medida que sepamos más respecto a los recursos naturales de la Luna, la base podrá irse extendiendo y desarrollando. Esperamos explotaciones mineras en una fecha no remota, pero tendrá que ser para procurarnos materiales utilizables en la Luna. Sería demasiado caro importar a la Tierra todo lo que no sea un material muy raro.

»En la actualidad, los viajes a la Luna son sumamente costosos y difíciles, porque tenemos que llevarnos combustibles para el regreso. Una vez podamos abastecernos en la Luna estaremos en condiciones de utilizar naves mucho más pequeñas y económicas. Y, como acabo de decir, podremos ir a otros planetas.

»Puede parecer paradójico, pero es más fácil hacer el viaje de cuarenta millones de millas desde la base lunar a Marte, que cruzar el cuarto de millón de millas de la Tierra a la Luna. Requiere más tiempo, desde luego, unos doscientos cincuenta días, pero no requiere más combustible.

»La Luna, gracias a su bajo campo de gravitación, es el punto de parada hacia los planetas, la base para la exploración del sistema solar. Si todo se desliza normalmente, podremos empezar a hacer planes para alcanzar Marte y Venus dentro de unos diez años a partir de ahora.

»No es mi propósito especular acerca de Venus, salvo para decir, casi con absoluta certeza, que haremos una exploración radar del planeta antes de intentar un aterrizaje. Puede ser posible levantar mapas radar detallados de la superficie oculta, a menos que su atmósfera sea verdaderamente rara.

»La exploración de Marte sería bajo muchos conceptos similar a la exploración de la Luna. Podemos no necesitar trajes del espacio para circular por él, pero con toda seguridad necesitaremos equipo de oxígeno. La base marciana ofrecerá las mismas dificultades que la Luna, si bien en forma mucho menos aguda. Pero tendrá una desventaja, estará a una gran distancia de nosotros y tendrá que contar en gran parte con sus propios recursos. La casi cierta presencia de alguna especie de vida afectará también nuestro establecimiento en forma que no podemos prever. Si hay alguna «inteligencia» en Marte, cosa que dudo, nuestros planes pueden verse obligados a cambiar completamente; podemos incluso vernos absolutamente imposibilitados de establecernos allá. Las posibilidades en cuanto a Marte hacen referencia, son casi ilimitadas; por esto es un lugar tan interesante.

»Más allá de Marte, la escala del sistema solar aumenta considerablemente y no podemos hacer grandes exploraciones mientras

no dispongamos de naves más rápidas. «Prometheus» podría alcanzar los planetas exteriores, pero no podría regresar y el viaje duraría años. Sin embargo, espero que a finales de siglo estemos en condiciones de ir a Júpiter y quizá a Saturno. Muy probablemente estas expediciones partirían de Marte.

»No podemos, desde luego, esperar «aterrizar» en estos dos planetas; si es que tienen superficies sólidas, lo cual es dudoso; están situados debajo de miles de millas de una atmósfera en la que no nos atreveríamos a penetrar. Si hay alguna especie de vida en el corazón de estos infiernos subárticos, no veo cómo podríamos establecer contacto con ellos ni cómo ellos podrían jamás saber algo de nosotros.

»El interés capital de Júpiter y Saturno parte de su sistema de lunas. Saturno tiene por lo menos doce, Júpiter no menos de quince. Lo que es más, muchas de ellas tienen un tamaño considerable, mucho mayores que nuestra Luna. Titán, el satélite mayor de Saturno, es la mitad más grande que la Tierra, y se sabe que tiene atmósfera, si bien irrespirable. Son muy fríos, desde luego, pero no hay de momento ninguna objeción a que podamos conseguir ilimitadas cantidades de calor por medio de reacciones atómicas.

»Los tres planetas más lejanos no nos interesarán durante bastante tiempo del futuro... quizá cincuenta años o más. En todo caso, de momento sabemos muy poco acerca de ellos.

»Esto es todo lo que puedo decir por ahora. Espero que he puesto bien en claro que el viaje que vamos a emprender la próxima semana, aun cuando parece tremendo dados los *standards* de nuestros días, no es en realidad más que el primer paso. Es interesante y emocionante, pero tenemos que situarlo en su verdadera perspectiva. El pequeño mundo de la Luna es, bajo muchos conceptos, poco prometedor, pero puede un día llevarnos a otros planetas más lejanos, algunos mayores que la Tierra, y con más de treinta lunas de diferentes tamaños. El área total que se abre delante de nosotros para su exploración durante algunos decenios es por lo menos diez veces como la superficie de este planeta. En ella habrá sitio para todo el mundo.

»Muchas gracias.»

Terminó abruptamente, sin la menor fioritura retórica, como un locutor de radio cortado por las exigencias del reloj del estudio. Durante cosa de medio minuto reinó en la tienda un silencio absoluto, mientras el auditorio iba regresando paulatinamente a la Tierra. Después hubo una cortés iniciación de un aplauso, que fue creciendo gradualmente a medida que los espectadores iban dándose cuenta de que pisaban suelo firme.

Los periodistas, golpeando el suelo con los pies y tratando de restablecer su circulación, empezaron a salir al exterior. Dirk se preguntaba cuántos de ellos se habían dado cuenta por primera vez de que la Luna no era una meta sino un principio, el primer paso por una ruta infinita. Era una ruta, creía ahora, que todas las razas tenían que recorrer con el mismo fin, si no querían marchitarse y morir en su pequeño y abandonado mundo.

Por primera vez podía ahora verse el «Prometheus» en todo su conjunto. «Alfa» había sido por fin izada sobre los anchos hombros de «Beta», ofreciendo la fea imagen de formarle una joroba. Incluso Dirk, para quien todas las máquinas voladoras eran iguales, hubiera sido incapaz de confundirla con ninguno de los artefactos que hasta ahora habían surcado los cielos.

Siguió a Collins por la escalerilla de la grúa movible para su última visita al interior de la nave del espacio. Era por la tarde y había muy poca gente. Detrás de las cuerdas protectoras, algunos fotógrafos trataban de sacar fotografías de la máquina con el sol poniente detrás de ella. El «Prometheus» formaría una silueta impresionante destacándose sobre la desvaneciente belleza de un sol occidental.

La cabina de «Alfa» estaba tan iluminada y limpia como un teatro en plena representación. Y no obstante había detalles personales; aquí y allá podían verse artículos que indudablemente pertenecían a la tripulación y habían sido metidos en huecos donde estaban firmemente sujetos por medio de bandas elásticas. Varios retratos y fotografías habían sido pegados a las paredes y sobre el asiento del piloto podía verse un marco de plástico encerrando una fotografía de (así lo supuso Dirk) la esposa de Leduc. Mapas y tablas matemáticas habían sido fijadas en puntos estratégicos donde podían ser rápidamente consultadas. Súbitamente Dirk recordó, por primera vez desde hacía días, su visita a la réplica de aquel laboratorio en Inglaterra donde se había encontrado ante toda aquella colección de instrumentos en un tranquilo suburbio de Londres. Le parecía que había transcurrido toda una vida y a más de medio mundo de allí.

Collins se dirigió a una alta compuerta y la abrió.

—¿No ha visto usted nunca uno de estos chismes, verdad? —preguntó.

Los tres fláccidos trajes del espacio colgando de su percha parecían seres de las profundidades del mar, sacados de sus tinieblas a la luz del día. El grueso y flexible material cedía fácilmente al tacto de Dirk y notó la presencia de varillas metálicas de refuerzo. Cascos transparente como bolas de cristal para peces de colores estaban guardados en el rincón de la compuerta que formaba armario.

—¿Son como escafandras, verdad? —dijo Collins. En realidad, «Alfa» es más un submarino que otra cosa, si bien nuestros cálculos son mucho más fáciles, pues no tenemos que tener en cuenta la presión.

—Me gustaría sentarme en la posición del piloto —dijo Dirk de repente—. ¿Hay inconveniente?

—Ninguno, con tal de que no toque usted nada.

Collins lo observaba con una leve sonrisa mientras Dirk se sentaba en el asiento. Conocía su impulso, pues lo había experimentado también más de una vez, habiendo cedido a él.

Cuando la nave estuviese bajo la fuerza o manteniéndose vertical sobre la Luna, el asiento se doblaría hacia delante formando un ángulo recto con su actual posición. Lo que ahora era el suelo bajo los pies de Dirk, sería la pared de enfrente y la lente del periscopio que ahora sus pies tenían que evitar se encontraría convenientemente colocada para

su uso. Debido a esta rotación, tan poco familiarizada con la mente humana, era difícil captar las sensaciones que el piloto de la nave experimentaría cuando ocupase su sitio.

Dirk se levantó y se dispuso a salir. Siguió a Collins en silencio a la compuerta, pero se detuvo un momento delante de la gruesa puerta ovalada para dirigir una última mirada a la diminuta y tranquila cabina:

—¡Adiós, pequeña nave! —dijo mentalmente—. ¡Adiós y buena suerte!

Había obscurecido ya cuando salieron a la grúa, y los focos de luz formaban charcos brillantes sobre el suelo de cemento. Soplaba un aire frío y el cielo estaba cuajado de estrellas cuyos nombres no sabría nunca. Súbitamente Collins, que estaba de pie a su lado en la oscuridad, lo agarró por el brazo y señaló silenciosamente hacia el horizonte.

Casi perdida en el tenue resplandor de la puesta de sol, la pálida hoz de la Luna Nueva de dos días declinaba suavemente hacia el oeste. Sujeto en sus brazos podía verse el disco débilmente luminoso que esperaba todavía la venida del día. Dirk trató de imaginar las altas montañas y las accidentadas llanuras esperando que el sol se elevase sobre ellas y, no obstante, iluminadas ya por la fría luz de la casi llena Tierra.

Millones y millones de veces la Tierra se había elevado y desvanecido sobre aquella tierra silenciosa y sobre su superficie sólo se habían movido sombras. Desde la aurora de la vida terrenal, quizá se habían abierto y vuelto a morir docenas de cráteres, pero no había conocido más cambio que aquél. Y ahora, finalmente, después de todas estas eras, su soledad había llegado a su fin.

9

Dos días antes del despegue, Luna City era probablemente uno de los más tranquilos y menos agitados rincones de la Tierra. Todos los preparativos estaban hechos a excepción del embarque de combustible final y alguna de las pruebas de última hora. No había otra cosa que hacer sino esperar que la Luna ocupase el sitio de la cita.

En todas las redacciones de los grandes periódicos del planeta los redactores jefes estaban ocupados redactando sus titulares, y escribiendo posibles versiones alternativas susceptibles de ser adaptadas a los incidentes más inesperados. Gente totalmente desconocida entre ellos, estaba dispuesta en trenes y autobuses a hacer alarde de sus conocimientos astronómicos a la más ligera provocación. Sólo un asesinato sensacional hubiera sido capaz de llamar la atención que generalmente despierta.

En cada continente los aparatos de radar de largo alcance se disponían a seguir a «Alfa» en su viaje a través del espacio. El pequeño dispositivo de radar de a bordo de la nave permitiría que su posición fuese captada en cualquier momento del viaje.

A cincuenta pies bajo el suelo, en la Universidad de Princetown, uno de los computadores electrónicos mayores del mundo estaba preparado.

Si por alguna razón imprevista la nave se veía obligada a cambiar su órbita o a demorar su regreso, la nueva trayectoria podía ser calculada a través de los cambiantes campos de gravitación de la Tierra y la Luna. Un ejército de matemáticos necesitaría meses para hacer este trabajo; el calculador de Princetown podía dar la respuesta, ya impresa, en algunas horas.

Todos los aficionados a la radio del mundo que podían operar con la frecuencia de la nave del espacio estaban dando a sus aparatos el último toque. No serían muchos los que podrían recibir e interpretar las señales moduladas de hiperfrecuencia de la nave, pero habría algunos. Los perros de guarda del éter, los Comisarios de Comunicaciones, estaban dispuestos a entendérselas con los transmisores no autorizados que pudiesen tratar de interferir el circuito.

En las cumbres de las montañas, los astrónomos estaban preparándose para su competición, la de ver quién obtenía mejores fotografías del aterrizaje. «Alfa» era de mucho demasiado pequeña para que pudiese ser vista cuando alcanzase la Luna, pero las llamaradas de los chorros cuando chocasen contra las rocas lunares serían visibles lo menos a un millón de millas de distancia.

Entre tanto, los tres hombres en quienes estaba fijo el centro de la atención mundial, concedían intervius cuando así les parecía bien, dormían largas horas en sus alojamientos o se entregaban al violento ejercicio del tenis de mesa, que era el único deporte de que se podía disponer en Luna City. Leduc, que tenía un sentido del humor macabro, se divertía diciendo a sus amigos las cosas inútiles u ofensivas que les dejaba por testamento. Richards se comportaba como si no hubiese ocurrido nada de la más mínima importancia e insistía en adquirir compromisos sociales para dentro de tres semanas. A Taine apenas se le veía; más tarde se supo que estaba ocupado escribiendo un tratado matemático que tenía muy poco que ver con la astronáutica. Era, en realidad, el cálculo del número posible de jugadas de *bridge y* el tiempo que se requería para jugarlas todas.

Poca gente sabía, en realidad, que el meticuloso Taine hubiera podido, si tal hubiese sido su deseo, ganar con las cincuenta y dos cartas de la baraja, más dinero del que probablemente ganaría nunca con la astronomía. Pero no era que tuviese que practicarla más ahora, si regresaba con vida de la Luna...

Sir Robert Derwent yacía completamente estirado en su sillón, casi en la absoluta oscuridad, salvo la zona de luz iluminada por la lámpara de sobremesa. Casi lamentaba que los dos o tres postreros días que se necesitaban para los últimos detalles no hubiesen transcurrido ya. Quedaba una noche y un día, y otra noche aún, antes del despegue, y no había otra cosa que hacer más que esperar.

Al Director-General no le gustaba esperar. Le daba tiempo para pensar y el pensamiento era el enemigo del bienestar. Ahora, durante aquellas apacibles horas de la noche, a medida que el gran momento de su vida se acercaba, estaba revisando el pasado en busca de su juventud.

Los cuarenta años de lucha, de éxitos y de decepciones se prolongaban todavía en el futuro. De nuevo era un chiquillo, en los comienzos de su vida universitaria, y la segunda Guerra Mundial que le había robado seis años de vida, no era todavía más que una amenazadora nube en el horizonte. Yacía en una selva del Shropshire durante una de aquellas mañanas de primavera que no habían vuelto nunca más y el libro que leía era el mismo que tenía en aquellos momentos todavía en sus manos. Con una tinta descolorida, en la página de guarda, escrita con una letra todavía medio formada, podía leerse: «Robert A. Derwent. 22 junio 1935».

El libro era el mismo... pero ¿dónde estaba ahora la música de aquellas palabras armoniosas que una vez prendieron fuego a su corazón? Era ya demasiado sensato y demasiado viejo; los trucos de aliteración y repetición no podían engañarlo ya, y el vacío del pensamiento era demasiado claro. Y, sin embargo, una y otra vez le parecía oír el tenue eco del pasado y durante un momento la sangre acudía a sus mejillas como había hecho cuarenta años antes. Algunas veces una simple frase bastaba:

«¡*Oh laúd del Amor oído por las tierras de la Muerte*!»

Otras veces dos versos:

«Hasta que Dios suelte sobre la tierra y el mar
el trueno de las trompetas de la noche...»

El Director-General miraba hacia el espacio. También él estaba liberando un trueno como jamás el mundo lo había conocido. Sobre el océano Indico los marinos levantarían la vista desde las cubiertas de sus barcos buscando aquellos rugientes motores que cruzaban el cielo; los plantadores de té de Ceilán los oirían, ya tenues y confusos, dirigiéndose al oeste, hacia África. Los campos petroleros de Arabia captarían las últimas reverberaciones mientras se filtraban a través de los límites del espacio.

Sir Robert iba volviendo las páginas distraídamente, deteniéndose donde las huyentes palabras captaban su vista.

«No es mucho lo que un hombre puede salvar.
En las arenas de la vida, en los estrechos del tiempo,
Quien nada a la vista de la gran tercera ola.
Que jamás un nadador salvará o trepará.»

¿Qué había salvado, él, del tiempo? Mucho más, lo sabía, que la mayoría de los hombres. Y, no obstante, había llegado casi a los cuarenta años antes de encontrar un verdadero objetivo a su vida. Su amor a las matemáticas no lo habían abandonado nunca, pero durante mucho tiempo había sido una pasión sin propósito. Incluso ahora, le parecía que sólo la suerte había hecho de él lo que era.

«Vivía en Francia un cantor de otros tiempos.
Junto al doloroso mar sin mareas.
En una tierra de arena, de ruinas y de oro.
Brillaba una mujer, y nadie más que ella.»

La magia se desvanecía paulatinamente. Su mente voló hacia los años de la guerra, cuando luchó en aquella silenciosa batalla de los laboratorios. Mientras los hombres morían en la tierra, en el aire y en el mar, él había estado trazando los senderos de los electrones a través de los entrelazados campos magnéticos. No obstante, del trabajo que él había compartido salió la mayor arma táctica de la guerra.

Había sido un pequeño paso del radar a la mecánica celestial, de las órbitas de electrones a los senderos de los planetas alrededor del Sol. La técnica que había aplicado en el pequeño mundo de los magnetrones podía ser usada nuevamente en la escala cósmica. Quizás había tenido suerte; al cabo de sólo diez años de trabajo había conseguido su reputación, gracias a su manera de abordar el problema de los tres cuerpos. Diez años después, con gran sorpresa de muchos, empezando de la suya, había sido nombrado Astrónomo Real.

«El pulso de la guerra y la pasión y el asombro.
Los cielos que murmuran, los sonidos que vibran.
Las estrellas que cantan y los amores que rugen.
La música que abrasa el corazón, como el vino...»

Hubiera podido seguir ocupando su puesto con eficiencia y éxito para el resto de su vida, pero el *Zeitgeist* de la astronáutica fue demasiado fuerte para él. Su mente le había dicho que el día de franquear el espacio se acercaba, pero cuan cercano estaba, al principio no lo había reconocido. Cuando finalmente este conocimiento alboreó, supo por lo menos el objeto de su vida, y los largos años de labor habían madurado sus cosechas.

«*¡Ah, si no hubiese desperdiciado mi vida y dado*
todo lo que da la vida y dejan los años pasar.
El vino y la miel, el bálsamo y el fermento...
Los sueños volar altos y las esperanzas caer...»

Volvió las amarillentas páginas de doce en doce, hasta que sus ojos se posaron sobre la estrecha columna que estaba buscando. Aquí, por lo menos, la magia subsistía; aquí nada se había alterado y las palabras latían todavía en su cerebro con el viejo e insistente ritmo. Hubo un tiempo que en los versos, del principio hasta el fin, en interminable cadena, se habían abierto camino a través de su mente hora tras hora hasta que incluso las palabras habían perdido su significado.

«Entonces ni estrellas ni sol despertarán.
No habrá cambio de luz.
Ni el sonido de las aguas se oirá.

Ni ningún sonido ni visión.
Ni hojas venteadas invernales.
Ni días ni cosas diurnas.
Sólo el sueño eterno.
En una eterna noche.»

La noche eterna vendría, y demasiado pronto, para el gusto del hombre. Pero, por lo menos, antes de desecarse y morir habría conocido las estrellas; antes de desvanecerse como un sueño, el Universo habría confiado sus secretos a su mente. Y si no a la suya, a las mentes que vendrían después y acabarían lo que él había empezado.

Sir Robert cerró el delgado volumen y lo devolvió a la estantería. Su viaje al pasado había terminado en el futuro, y era ya tiempo de regresar.

Al lado de su cama, el teléfono comenzó a llamar con furiosas e insistentes llamadas.

10

Jamás nadie supo gran cosa acerca de Jefferson Wilkes, sencillamente porque había muy poco que saber. Fue un joven contable en una factoría de Pittsburgh durante casi treinta años, durante los cuales sólo había ascendido una vez. Hacía su trabajo con una laboriosa minuciosidad que era la desesperación de sus superiores. Como millones de sus contemporáneos no tenía la menor comprensión de la civilización en medio de la cual se encontraba. Hacía veinticinco años que se había casado y nadie se sorprendió al enterarse de que su esposa lo había abandonado a los pocos meses.

Ni sus mejores amigos, si bien no había pruebas de que jamás hubiese tenido ninguno, hubieran sostenido que Jefferson Wilkes fuese un profundo pensador. Y, sin embargo, había una cosa a la cual, a su manera, había dedicado profundas reflexiones.

El mundo ignoraría siempre qué había vuelto la patética y rudimentaria mente de Jefferson Wilkes hacia las estrellas. Era más que probable que la causa hubiese sido el deseo de escapar de la prosaica realidad de la vida cotidiana. Cualquiera que fuese la razón estudió los escritos de los que predecían la conquista del espacio. Y decidió que, costase lo que costase, era necesario detener aquello.

Por lo que podía deducirse, Jefferson Wilkes creía que el intento de penetrar en el espacio tenía que traer sobre la Humanidad un fatal sino metafísico. Había incluso pruebas de que consideraba la Luna como el Infierno o, por lo menos, como el Purgatorio. Toda llegada prematura de la Humanidad a aquellas regiones infernales, tenía forzosamente que traer incalculables y, para decir lo menos, infortunadas consecuencias.

A fin de encontrar apoyo para sus ideas, Jefferson Wilkes hizo lo que millares antes que él habían hecho. Trató de convertir a los demás a sus creencias formando una organización a la cual dio el ampuloso lema de: «Los Cohetes No Deben Elevarse». En vista de que toda doctrina, por fantástica que sea, encuentra siempre adeptos, Wilkes

reclutó algunos partidarios entre las obscuras sectas religiosas que florecen exóticamente en el oeste de los Estados Unidos. Muy rápidamente, sin embargo, el microscópico movimiento fue disputado por el cisma y contracisma. Al final de todo el fundador se encontró con los nervios destrozados y las finanzas por el suelo. Si queremos establecer claramente una sutil distinción, diremos que se volvió loco.

Una vez el «Prometheus» estuvo construido, Wilkes decidió que su marcha sólo podía ser evitada por su propio esfuerzo. Pocas semanas antes del lanzamiento de la nave, liquidó sus módicos haberes y retiró del banco el saldo de su cuenta. Entonces se dio cuenta de que necesitaba todavía ciento cincuenta dólares más para llegar a Australia.

La desaparición de Jefferson Wilkes sorprendió y apenó a sus jefes, pero después de una rápida inspección de sus libros no hicieron ningún esfuerzo por localizarlo. No se acude a la policía cuando, después de treinta años de leales servicios un contable dispone de ciento cincuenta dólares, de una caja que contiene miles.

Wilkes no tuvo dificultad ninguna en llegar a Luna City y una vez estuvo en ella nadie paró mientes en él. El personal interplanetario creyó probablemente que era uno de los periodistas que rondaban por allá, mientras los periodistas creían que pertenecía al personal interplanetario. Era, en todo caso, el hombre que hubiera podido entrar tranquilamente en Buckingham Palace sin llamar la atención de nadie y los centinelas hubieran jurado que no había entrado nadie.

Qué pensamientos penetraron por la estrecha puerta de la mente de Jefferson Wilkes cuando vio el «Prometheus» yaciendo sobre su cuna, es una cosa que jamás sabrá nadie. Quizás hasta aquel momento no había comprendido la magnitud de la tarea que se había asignado. Hubiera podido causar grandes desperfectos con una bomba, pero si bien las bombas son cosa usual en Pittsburgh, como en todas las grandes ciudades, la forma de adquirirlas no suele ser comúnmente conocida, particularmente entre los contables que se respetan.

Desde la barrera de cuerdas, cuya finalidad no acababa de entender, había observado cómo se cargaba la nave y los ingenieros hacían las pruebas finales. Había observado también que al venir la noche la nave quedaba abandonada bajo los chorros de luz y que incluso éstos eran apagados al aparecer el día.

¿No sería mucho mejor, pensaba, dejar que la nave saliese de la Tierra, pero asegurándose de que no regresaría jamás a ella? Una nave averiada puede ser reparada, una que se desvanece en el espacio sería una lección mucho más elocuente, una advertencia de mucho mayor eficacia.

La mente de Jefferson Wilkes ignoraba la ciencia, pero sabía que una nave del espacio tenía que llevar su provisión de aire y que este aire se transporta en cilindros. ¿Había acaso nada más sencillo que vaciarlos de forma que su pérdida no fuese descubierta hasta más tarde? No quería ningún mal a la tripulación, y lamentaba sinceramente que tuviesen que tener aquel fin, pero no veía otra alternativa.

Sería enojoso enumerar todos los defectos del brillante plan de Jefferson Wilkes. La reserva de aire del «Prometheus» no era

transportada en cilindros, y si Wilkes hubiese conseguido vaciar los tanques de oxígeno líquido se hubiera encontrado con algunas desagradables y frígidas sorpresas, pero los instrumentos automáticos de control hubieran dicho a la tripulación lo ocurrido antes de despegar e incluso sin la reserva *de* oxígeno la instalación de aire acondicionado hubiera podido mantener la atmósfera respirable durante varias horas. Hubieran tenido tiempo de entrar en una de las órbitas de regreso de urgencia que podían ser rápidamente calculadas, para evitar una catástrofe.

Finalmente, y no lo menos importante, Wilkes hubiera tenido que entrar en la nave. A él no le cabía la menor duda de que esto era posible, porque la plataforma móvil de acceso era dejada en posición cada noche y la había estudiado tan minuciosamente que hubiera sido capaz de subir por ella incluso a oscuras. Cuando la muchedumbre se arremolinó alrededor de la proa de la nave se había mezclado a ella y no vio el menor indicio de cerradura en aquella curiosa puerta que se abría hacia dentro.

Esperó en un hangar vacío hasta que la delgada luna se hubo puesto. Hacía mucho frío y no había venido preparado, puesto que en Pensylvania era verano. Pero la importancia de su misión le daba energías y cuando, finalmente, los grandes focos se apagaron, atravesó el desierto mar de hormigón hacia la negra ala que se extendía bajo las estrellas.

La barrera de cuerda lo detuvo y pasó bajo ella. Pocos minutos después sus manos encontraron a tientas un marco metálico en la oscuridad y se dirigió hacia la base de la plataforma. Se detuvo al pie de los escalones de metal, sondeando la noche. El mundo estaba sumido en un absoluto silencio; en el horizonte veía aún el resplandor de las luces que ardían todavía en Luna City. A algunos centenares de metros podía distinguir las vagas siluetas de edificios y hangares, pero estaban obscuros y desiertos. Empezó a subir los escalones.

De nuevo se detuvo, escuchando, en la primera plataforma, a veinte pies del suelo, y de nuevo se tranquilizó. Su lámpara eléctrica y las herramientas que creía poder necesitar pesaban en sus bolsillos; se sentía orgulloso de su previsión y de la minuciosidad con que había llevado a cabo su plan.

Aquel era el último peldaño; estaba en la plataforma superior. Agarró su lámpara con una mano y un momento después sus dedos tocaban la lisa y fría superficie de las paredes de la nave.

En la construcción del «Prometheus» se habían invertido millones de libras y más millones todavía de dólares. Los científicos que habían conseguido estas sumas de sus gobiernos y empresas industriales, no eran exactamente unos locos. A la mayoría de los hombres, pero no a Jefferson Wilkes, les hubiera parecido imposible que el fruto de todos sus esfuerzos pudiese ser dejado sin vigilancia ni protección durante la noche.

Muchos años antes, el personal que trabajaba en el proyecto había previsto la posibilidad de un sabotaje por parte de los religiosos fanáticos y uno de los archivos más apreciado del Interplanetario

contenía las cartas de amenazas que la gente había tenido el poco sentido común de escribir. Entonces se tomaron toda clase de precauciones razonables por parte de los técnicos, algunos de los cuales habían a su vez pasado años durante la guerra saboteando material aliado o del Eje.

Aquella noche el vigilante que estaba de guardia en el extremo de la franja de hormigón era un estudiante de derecho, llamado Achmet Singh, que se ganaba una modesta suma durante sus vacaciones con un trabajo que le sentaba perfectamente. Le bastaba estar ocho horas de servicio y le sobraba amplio tiempo para estudiar. Cuando Jefferson Wilkes llegó a la primera barrera de cuerdas, Achmet Singh estaba profundamente dormido como, cosa por otra parte sorprendente, era de esperar que estuviese. Pero cinco segundos después estaba completamente despierto.

Singh apretó en el acto el timbre de alarma y se dirigió rápidamente hacia el plafón de control lanzando maldiciones en tres lenguas y cuatro religiones. Era la segunda vez que aquello ocurría durante su guardia; la anterior había sido el perro extraviado de un funcionario el que había sembrado la alarma. Probablemente habría ocurrido lo mismo.

Conectó el reflector de imágenes esperando con impaciencia los pocos segundos que los tubos necesitaban para calentarse. Después agarró los controles de proyección y comenzó a inspeccionar la nave.

Achmet Singh tuvo la impresión de que un reflector purpúreo brillaba a través del hormigón hacia la plataforma de lanzamiento. Bajo el chorro de luz del reflector, totalmente ignorante de su existencia, un hombre iba avanzando lentamente en dirección al «Prometheus». Era imposible no reírse de sus movimientos al verlo avanzar a tientas como un ciego, mientras todo su alrededor estaba inundado de luz. Achmet Singh lo siguió con el rayo infrarrojo de su proyector hasta que llegó a la plataforma móvil. Los timbres de alarma secundarios se pusieron en funcionamiento, pero Singh los paró. No quería hacer nada, decidió, hasta saber los motivos que traían aquí a aquel paseante nocturno.

Cuando Jefferson Wilkes se detuvo satisfecho en la primera plataforma, Achmet Singh le hizo una excelente fotografía, que sería una prueba irrefutable ante cualquier tribunal de justicia. Esperó a que Wilkes hubiese llegado a la compuerta de aire; entonces decidió obrar.

El chorro de luz que dejó a Wilkes clavado contra la pared de la nave, lo cegó con la misma efectividad que la oscuridad a través de la cual había venido avanzando. Durante un momento la impresión fue tan paralizadora que fue incapaz de moverse. Después una fuerte voz rugió en sus oídos en medio de la noche.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Baje en seguida!

Wilkes comenzó a bajar automáticamente las escaleras. Llegó a la plataforma inferior antes de que su mente hubiese salido de su parálisis y buscó desesperadamente a su alrededor la manera de escapar. Protegiéndose ojos, ahora podía ver un poco; la fatal zona de luz que bañaba el «Prometheus» no tenía más allá de cien metros de ancho y más allá se extendía la oscuridad y, quizá, la salvación.

La voz resonó de nuevo de más allá de la zona de luz.

—¡Vamos, aprisa! ¡Ven por aquí... te tenemos encañonado!

Este plural era pura invención de Singh, si bien era verdad que los refuerzos en forma de dos aburridos y soñolientos policías estaban ya en camino.

Jefferson Wilkes acabó de bajar lentamente y se detuvo temblando sobre el hormigón, apoyándose contra la plataforma. Permaneció casi inmóvil durante cosa de medio minuto; después, como Achmet Singh había supuesto, dio rápidamente la vuelta alrededor de la nave y desapareció. Iría rondando por el desierto y sería fácil de encontrar, pero economizaría tiempo que pudiese hacerlo volver atemorizándolo. Singh puso en marcha otro altavoz.

Cuando la misma voz rugió nuevamente en sus oídos en la oscuridad donde había creído encontrar su salvación el apocado ánimo de Jefferson Wilkes, finalmente sucumbió. Con un miedo irrazonado, como un animal salvaje, regresó a la nave y trató de ocultarse en su sombra. Y no obstante, incluso entonces, aquel impulso que lo había traído alrededor del mundo seguía empujándolo ciegamente hacia delante, pero apenas se daba cuenta de sus gestos y acciones. Fue avanzando siguiendo la base de la nave, manteniéndose en las sombras.

La gran abertura que aparecía a pocos pies sobre su cabeza parecía ofrecer un nuevo camino para entrar en la máquina, o por lo menos, un sitio donde ocultarse hasta que pudiese escapar. En momentos normales, jamás hubiera sido capaz de hacer aquella escalada por una lisa superficie de metal, pero el miedo y la decisión le dieron fuerzas. Achmet Singh, mirándolo por su pantalla de televisión, a cien metros de allá adoptó súbitamente un tono suplicante. Comenzó a hablar, rápida y precipitadamente, por el micrófono.

Jefferson Wilkes no lo oía; no se daba siquiera cuenta de que aquella voz rugiente que resonaba en la noche no era ya perentoria, sino plañidera. Aquello no tenía significado alguno para él; sólo se daba cuenta del oscuro túnel que se abría ante sus ojos. Sosteniendo su lámpara en una mano, empezó a arrastrarse por él.

Las paredes eran de un material gris y rocoso, muy duro y no obstante ligeramente caliente al tacto. A Wilkes le parecía estar entrando en una cueva de sección absolutamente circular; a los pocos metros se ensanchaba y podía casi caminar medio doblado. A su alrededor tenía ahora un mosaico de barras de metal sin significado alguno y aquella extraña roca gris, la más refractaria de todas las cerámicas, por la cual había estado arrastrándose.

No pudo ir más lejos; la cueva acababa de dividirse en una serie de ramificaciones, cada una de ellas demasiado estrecha para darle paso. Lanzando la luz de su lámpara sobre ellas vio que las paredes estaban llenas de tubos y válvulas. Allí hubiera podido causar algún destrozo, pero estaba todo fuera de su alcance.

Jefferson Wilkes volvió a dejarse caer sobre el duro suelo. La lámpara cayó de sus dedos sin nervios y la oscuridad lo envolvió de nuevo. Estaba demasiado extenuado para sentir decepción o arrepentimiento. No observó, ni hubiera podido comprenderlo, el tenue resplandor que despedían los muros que lo circundaban.

Mucho tiempo después, un ruido del mundo exterior llamó su atención hacia el sitio de donde venía. Se sentó y miró a su alrededor, sin saber dónde estaba ni cómo había venido. Muy lejos podía ver un vago círculo de luz, la boca de su misteriosa caverna. Más allá del agujero se oían voces y ruidos de maquinaria que iban de un lado a otro. Sabía que le eran hostiles y que tenía que permanecer allá donde no podría ser encontrado.

No tenía que serlo. Una luz brillante pasó como un sol saliente por la boca de su caverna y volvió a brillar de pleno sobre él. Avanzaba bajando por el túnel y detrás de la luz había algo extraño y enorme que su mente no lograba comprender.

Lanzó un grito de terror al ver aquellas garras de metal aparecer de lleno en la luz y tenderse hacia él para agarrarlo. Después fue arrastrado indefenso al exterior, donde sus desconocidos enemigos lo esperaban.

Había una confusión de ruidos y luces a su alrededor. Una gran máquina que parecía estar dotada de vida lo sujetaba en sus brazos de metal alejándolo de una tremenda forma alada que hubiera debido despertar sus recuerdos, pero no los despertó. Entonces fue depositado en el suelo en medio de un círculo de hombres en expectación.

Se preguntaba por qué no se acercaban más, por qué se mantenían tan alejados y por qué lo miraban de aquella manera tan extraña. No hizo ninguna resistencia cuando largas pértigas sosteniendo brillantes instrumentos eran paseadas por encima de él como explorando su cuerpo. Nada importaba ya nada; sólo sentía un extraño entorpecimiento y unas irresistibles ganas de dormir.

Súbitamente una oleada de náuseas se apoderó de él y se retorció por el suelo. Instintivamente, los hombres que formaban el círculo alrededor de él, avanzaron un paso, pero en el acto volvieron a retroceder.

La retorcida figura, infinitamente patética, yacía como una muñeca rota bajo las relucientes luces. No había el menor ruido ni movimiento; en el fondo, las grandes alas del «Prometheus» formaban sus grandes zonas de sombra. Entonces el robot avanzó hacia delante arrastrando sus armados cables por el cemento. Muy suavemente, los brazos de metal se inclinaron hacia el suelo y unas extrañas manos se cerraron. Jefferson Wilkes había llegado al final de su viaje.

11

Dirk tenía la esperanza de que los tripulantes hubiesen pasado mejor noche que él. Estaba todavía medio dormido y aturdido pero tenía la neta impresión de haber sido despertado más de una vez por el ir y venir incesante de los coches durante la noche. Quizás había habido un incendio en alguna parte, pero no había oído la alarma.

Se estaba afeitando cuando McAndrews entró en su habitación visiblemente cargado de noticias. El Director de Relaciones Públicas daba la impresión de no haberse acostado en toda la noche, lo cual estaba muy cerca de la verdad.

—¿Se ha enterado usted de la noticia? —dijo jadeante.

—¿Qué noticia? —preguntó Dirk con cierta contrariedad, levantando su máquina de afeitar.

—Ha habido un intento de sabotear la nave.

—¿Qué?

—Ha ocurrido hacia la una, esta madrugada. Los detectores señalaron un hombre tratando de introducirse en «Alfa». Cuando el vigilante le ordenó que se rindiera, el muy loco se escondió... ¡en el tubo de expulsión de «Beta»!

Transcurrieron algunos segundos antes de que todo el significado de estas palabras apareciese en su imaginación. Entonces Dirk recordó lo que Collins le había dicho cuando miró por el telescopio hacia el mortal agujero.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó con voz ronca.

—Lo llamamos por el altavoz pero no hizo caso. De manera que tuvimos que sacarlo con el robot de servicio. Vivía todavía, pero estaba demasiado mal para salvarse. Murió dos minutos más tarde. Los médicos han dicho que probablemente no supo nunca lo que le había ocurrido... es lo que ocurre cuando toma uno una dosis como ésta.

Dirk se echó sobre la cama, como sintiéndose mal.

—¿Ha estropeado algo? —preguntó al fin.

—No lo creemos. No consiguió entrar en la nave y en el hueco aquel no podía hacer nada. Temíamos que hubiese dejado una bomba, pero afortunadamente no es así.

—¡Tiene que haber estado loco! ¿Alguna idea de quién era?

—Probablemente un maniático religioso de alguna especie. Hay una serie que andan detrás de nosotros. La policía está tratando de identificarlo por el contenido de sus bolsillos.

Hubo un silencio melancólico antes de que Dirk hablase de nuevo.

—No me parece un augurio muy halagüeño para el «Prometheus», ¿no cree usted?

McAndrews se encogió de hombros con displicencia.

—No creo que por aquí haya nadie supersticioso. ¿Viene usted a ver cómo llenan el combustible? Está fijado para las dos. Lo llevaré a usted en mi coche.

A Dirk no le entusiasmaba la idea.

—De todos modos, gracias —dijo—, pero tengo realmente mucho que hacer. Además, no creo que haya gran cosa que ver, ¿no cree usted? Inyectar unas cuantas toneladas de combustible no creo que sea muy apasionante... Quizá *podría* serlo... pero en este caso preferiría no estar allí.

McAndrews parecía ligeramente contrariado, pero Dirk no podía hacerle nada. En aquellos momentos sentía una curiosa falta de interés de volverse a acercar al «Prometheus». Era una sensación irrazonada, desde luego, pero ¿era acaso de censurar que la nave se defendiese sola contra sus enemigos?

Durante todo el día Dirk estuvo oyendo rugir los helicópteros que iban llegando de las grandes ciudades australianas, mientras de vez en cuando un avión transcontinental a chorro aterrizaba en el aeródromo.

A Dirk le era imposible imaginar dónde pensarían pasar la noche toda aquella gente. En las cabañas, dotadas de calefacción central, el calor no era excesivo, y los periodistas que habían tenido la mala suerte de dormir en tiendas de lona referían historias aterradoras, muchas de las cuales eran casi verdad.

A última hora de la tarde encontró a Maxton y Collins en el salón y se enteró de que el embarque de combustible se había realizado sin incidente. Como había dicho Collins...

—Ahora sólo nos falta dar el último toque y retirarnos.

—A propósito —intervino Maxton—, ¿no dijo usted la otra noche que no había visto nunca la Luna con un telescopio? Dentro de un momento vamos a ir al Observatorio; ¿por qué no viene usted con nosotros?

—Me encantaría. Pero... ¿no me va usted a decir que tampoco la ha visto usted?

Maxton hizo una mueca.

—Pues no crea usted... Sé muy bien el camino hasta la Luna, pero dudo de que la mitad del personal del Interplanetario haya usado jamás un telescopio. El Director-General es el mejor ejemplo. Llevaba diez años de investigación astronómica antes de ir por primera vez a un Observatorio.

»No diga usted que se lo he dicho —dijo Collins con eran seriedad—, pero he descubierto que los astrónomos se dividen en dos clases. La primera es el astrónomo puramente nocturno, que se pasa las horas de trabajo tomando fotografías de objetos tan lejanos que probablemente ya no existen. No se interesan por el sistema solar, al que consideran un muy extraño y casi inexcusable accidente. Durante el día puede encontrárseles durmiendo bajo grandes piedras y en sitios secos y calientes.

»Los miembros de la segunda trabajan a horas más normales y viven en oficinas llenas de máquinas calculadoras y demás instrumentos. Esto les causa gran obstrucción, a pesar de lo cual consiguen producir resmas de matemáticas sobre los objetos, que probablemente no existen ya, fotografiados por sus colegas, con los cuales comunican por medio de notas escritas dejadas al vigilante nocturno.

»Ambas especies tienen una cosa en común. No se ha sabido jamás que, salvo en momentos de extremada aberración mental, hayan mirado por un telescopio. Sin embargo, sacan algunas bellas fotografías.

—Me parece —dijo el profesor Maxton riéndose— que la especie nocturna va a aparecer ahora de un momento a otro. Vámonos.

El Observatorio de Luna City había sido erigido en gran parte para diversión del personal técnico, que incluía más astrónomos aficionados que profesionales. Consistía en un grupo de casitas de madera modificadas debidamente para contener una docena de instrumentos de todos tamaños de tres a doce pulgadas de objetivo. Un reflector de veinte pulgadas estaba ahora en construcción, pero no estaría listo hasta dentro de algunas semanas.

Los visitantes habían descubiertos ya, por lo visto, el Observatorio y hacían pleno uso de él. Algunos grupos de personas, esperanzadas, se estacionaban delante de los edificios, mientras los defraudados

propietarios de telescopios permitían observaciones de dos minutos acompañadas de conferencias improvisadas. No habían conseguido nada en cuatro días cuando fueron a dar una mirada a la Luna, y ahora habían abandonado ya toda esperanza de poder verla ellos.

—Es un lástima que no puedan cobrar un libra por cabeza —dijo Collins pensativo, contemplando la cola que esperaba.

—Quizá la cobran —respondió el profesor Maxton—. Siempre podemos colocar una bandeja para recoger fondos para los ingenieros atómicos pobres.

La cúpula del reflector de doce pulgadas, único instrumento que no era de propiedad particular y pertenecía al Interplanetario, estaba cerrada y la puerta del edificio también. El profesor Maxton sacó de su bolsillo un manojo de llaves y fue probándolas hasta que una de ellas la abrió. Los primeros de la cola rompieron filas inmediatamente y se dirigieron hacia ellos.

—Lo siento —les gritó el profesor, cerrándoles la puerta—. Está estropeado.

—Querrá usted decir que lo estará —dijo Collins sombríamente—. ¿Sabe usted cómo funciona uno de estos chismes?

—Supongo que seremos capaces de averiguarlo —dijo Maxton con una nota de incertidumbre en la voz.

La alta opinión que Dirk tenía de los dos científicos comenzó a tambalearse ligeramente.

—¿Pretende usted decirme —dijo—, que va a arriesgarse a usar un instrumento tan complicado y caro como éste sin saber cómo funciona? ¡Esto sería como meterse en un automóvil y querer hacerlo funcionar sin saberlo poner en marcha!

—¡Válgame Dios! —protestó Collins, pero con una leve sonrisa en los ojos—. ¿No va usted a creer que esto es tan complicado, verdad? Compárelo con una bicicleta, si quiere, pero no con un automóvil.

—Muy bien —respondió Dirk—, pruebe usted de ir en bicicleta sin haber adquirido práctica antes...

Collins se limitó a reír y siguió examinando el funcionamiento. Durante algún tiempo el profesor y él sostuvieron una conversación técnica que no impresionaba ya a Dirk, porque se daba cuenta de que sabían tan poco acerca del telescopio como él.

Después de algunas tentativas, el instrumento fue enfocado hacia la Luna, que ahora se encontraba muy baja por el sudoeste. Durante largo tiempo, estuvo esperando pacientemente mientras los dos ingenieros se saciaban mirando. Finalmente, se cansó.

—¿Me habían invitado ustedes, no? —se quejó—. ¿O es que lo han olvidado?

—Perdone —se excusó Collins abandonando su sitio visiblemente contrariado—. Mire; enfoque con este tornillo.

Al principio, Dirk sólo pudo ver una cegadora blancura con algunas manchas negras aquí y allá. Fue haciendo girar lentamente el tornillo del foco y súbitamente la imagen se hizo clara y perfilada, como un brillante grabado.

La visión abarcaba una buena mitad del creciente, estando las puntas fuera del campo visual. El borde exterior de la Luna era un arco de círculo perfecto sin el menor desnivel. Pero la línea que separaba el día de la noche era accidentada y quebrada en muchos puntos por montañas y mesetas, que lanzaban sus sombras sobre las llanuras inferiores. Había pocos de los grandes cráteres que esperaba ver y supuso que debían estar en la parte del disco sumido todavía en la noche.

Fijó su atención en una gran llanura ovalada bordeada por montañas, que le recordaba de una manera irresistible un fondo de mar desecado. Debía ser, supuso, uno de los llamados mares de la Luna, pero veía claramente que en toda la extensión de aquel paisaje desierto que se extendía delante de él no había una gota de agua. Cada detalle era neto y brillante, salvo cuando una ondulación, como una neblina de calor, hacía temblar la imagen por un momento. La Luna iba declinando hacía el horizonte y la imagen empezaba a ser turbada por las mil millas de travesía de la atmósfera de la Tierra.

En un lugar situado en el borde mismo de la zona obscura del disco, relucía un grupo de brillantes puntos, como hogueras iluminando la noche lunar. Aquello intrigó a Dirk durante un momento, hasta que se dio cuenta de que se trataba de los picos de las altas montañas que captaban ya la luz del sol antes de que éste alcanzase las llanuras que circundaban sus bases.

Ahora comprendía por que los hombres habían pasado la vida viendo aquellas sombras venir y desaparecer sobre el rostro de aquel extraño mundo que parecía tan cercano y que, sin embargo, hasta la actual generación fue siempre el símbolo de lo imposible el alcanzarlo. Se dio cuenta de que una vida humana no basta para maravillarse; siempre había algo nuevo que ver a medida que el ojo iba adquiriendo pericia en el arte de descubrir esta riqueza de detalles casi infinita.

Algo bloqueó su vista y levantó la mirada contrariado. La Luna iba ocultándose bajo el nivel de la cúpula; no podía bajar más el telescopio. Alguien encendió de nuevo las luces y vio a Maxton y Collins que lo miraban sonriendo.

—Espero que habrá visto usted todo lo que deseaba —dijo el profesor—. Nosotros hemos estado mirando diez minutos cada uno, usted se ha pasado veinticinco, y estoy muy contento de que la Luna se haya puesto ya.

12

«Mañana lanzamos el «Prometheus». Y digo «lanzamos» porque considero ya imposible mantenerme apartado y hacer el papel de espectador desinteresado. Ningún habitante de la Tierra puede hacer tal cosa; los acontecimientos de las próximas horas orientarán las vidas de todos los hombres que en lo sucesivo nazcan hasta los confines del tiempo.

»Alguien describió un día a la humanidad como «una raza de isleños que no han aprendido todavía el arte de construir naves». Por todo el

océano podemos ver otras islas sobre las cuales reflexionamos y especulamos desde los albores de la historia. Ahora, al cabo de un millón de años, acabamos de construir nuestra primera canoa; mañana la contemplaremos hacerse a la vela por entre aquel arrecife de coral y desvanecerse detrás del horizonte.

»Esta noche he visto, por primera vez en mi vida, las relucientes montañas de la Luna y sus sombrías llanuras. La región por la cual Leduc y sus compañeros caminarán dentro de una semana es todavía invisible esperando una salida de sol que no se producirá hasta dentro de tres o cuatro días. Y, sin embargo, sus noches son de una brillantez que sobrepasa toda imaginación, porque la Tierra estará más que medio llena en su cielo.

»Me pregunto cómo deben estar Leduc, Richards y Taine pasando su última noche en la Tierra. Deben haber puesto, desde luego, sus asuntos en orden, y no deben tener ya nada que hacer. ¿Estarán descansando, oyendo música, leyendo... o, sencillamente, durmiendo?»

James Richards no estaba haciendo ninguno de estas cosas. Estaba sentado en el salón con sus amigos, bebiendo lenta y cuidadosamente, mientras los divertía con entretenidas historias de las pruebas a que había sido sometido por locos psicólogos para decidir si era normal, y en este caso qué podía hacerse por él. Los psicólogos que así calumniaba formaban la mayor, y más apreciativa, parte de su auditorio. Lo dejaron hablar así hasta medianoche; después lo metieron en cama. Necesitaron seis horas para conseguirlo.

Pierre Leduc había pasado la noche fuera de la nave observando algunas pruebas de evaporación de combustible que se llevaban a cabo en «Alfa». Su presencia no era en absoluto necesaria, pero, como de cuando en cuando se habían dejado correr algunas insinuaciones, nadie pudo desembarazarse de él. Poco antes de medianoche llegó el Director-General, estalló con su natural bondad y lo mandó a su coche con la orden estricta de dormir un poco. Ante lo cual Leduc pasó las dos horas siguientes leyendo *La Comedie Humaine.*

Sólo Lewis Taine, el preciso, el impasible Taine, había empleado su última noche en la Tierra en la forma que hubiera podido esperarse. Estuvo horas sentado delante de su mesa redactando borradores y destruyéndolos uno tras otro. Al final de la noche había terminado; con una cuidadosa escritura transcribió la carta que tanto trabajo le había costado. Después la selló y pegó a ella una pequeña nota:

«Querido profesor Maxton:

Si no regresase, le agradecería se encargase de que esta carta llegue a su destino.

Sinceramente suyo
L. Taine»

La carta y la nota fue encerrada en un gran sobre dirigido al profesor Maxton. Después cogió la voluminosa carpeta de las órbitas alternativas de vuelo y comenzó a poner en ellas con lápiz notas marginales.

Era él mismo de nuevo.

13

El mensaje que sir Robert había estado esperando llegó poco después de amanecer en uno de los rápidos aviones, que más tarde se llevaría a Europa los films del lanzamiento. Era una breve nota oficial firmada con dos iniciales que todo el mundo hubiera reconocido, incluso sin la ayuda de las palabras «10 Downing Street», que figuraban como membrete del papel. Y, sin embargo, no era una nota exclusivamente oficial, pues al pie de las iniciales la misma mano había escrito: «¡Buena suerte!»

Cuando el profesor Maxton llegó pocos minutos después, sir Robert le tendió la misiva sin una palabra. El americano la leyó atentamente y lanzó un suspiro de satisfacción.

—Bien, Bob —dijo—, hemos cumplido con nuestro deber. Ahora les toca a los políticos, pero seguiremos empujándolos desde detrás.

—No ha sido tan difícil como temía; los hombres de estado han aprendido a hacernos caso, después de lo de Hiroshima.

—¿Y cuándo se presentará el plan ante la Asamblea General?

—Dentro de cosa de un mes. Cuando los Gobiernos británico y americano propongan formalmente que «todos los planetas y cuerpos celestes, inocupados o no, reclamados por formas no humanas de vida, etc, serán declarados zonas libres, accesibles a todos los pueblos, y no se permitirá que ningún Estado soberano reclame estos cuerpos astronómicos para su exclusiva ocupación o cultivo..., y así sucesivamente».

—¿Y qué hay de la propuesta Comisión Interplanetaria?

—Esto tendrá que ser discutido después. De momento, lo importante es el asentimiento a las primeras fases. Ahora que nuestro Gobierno ha adoptado formalmente el plan —esta tarde lo comunicará la radio—, podemos empezar a chillar como demonios. En esto usted es el mejor de todos. ¿Puede usted empezar a redactar un pequeño discurso dentro de las normas de nuestro primer manifiesto, que Leduc podría radiar desde la Luna? Dé énfasis al punto de vista astronómico y a la estupidez de siquiera intentar llevar el nacionalismo al espacio. ¿Puede usted hacerlo antes del despegue? Si no puede no tiene importancia, pero podría filtrarse demasiado pronto si tenemos que radiar el texto a la nave.

—O.K. Haré que los técnicos políticos revisen el borrador y le dejaré que ponga usted los adjetivos como de costumbre. Pero esta vez me parece que no habrá necesidad de frases incendiarias. Como primer mensaje radiado de la Luna tendrá ya suficiente fuerza psicológica por sí solo.

Jamás aquella parte del desierto australiano había conocido una densidad de población semejante. Trenes especiales de Adelaida y Perth fueron llegando durante toda la noche, y miles de coches y aviones particulares aparcaban a ambos lados de la pista de lanzamiento. Los *jeeps* patrullaban incesantemente arriba y abajo de las zonas de seguridad, en un kilómetro de anchura, echando de allí a los visitantes

demasiado inquisitivos. Nadie estaba autorizado a pasar de la marca del kilómetro cinco, y en aquel punto terminaba también el contingente de las patrullas del aire.

El «Prometheus» yacía reluciente a la luz del sol, todavía bajo, proyectando sobre el desierto su fantástica sombra alargada. Hasta entonces había parecido únicamente un objeto de metal, pero por fin cobraba vida y esperaba satisfacer las esperanzas de sus creadores. La tripulación estaba ya a bordo cuando llegaron Dirk y sus compañeros. Se había celebrado una pequeña ceremonia en honor de las cámaras de cine, de los noticiarios y de la televisión, pero sin discursos formales. Estos podrían pronunciarse, si había lugar, dentro de tres semanas.

En tono apacible y sosegado los altavoces que formaban el borde de la pista iban diciendo: «Pruebas instrumentales terminadas; generadores de despegue funcionando a media potencia; despegue dentro de una hora».

Las palabras se extendían por el desierto, apagadas por la distancia, dichas por los siguientes locutores: «Una hora para el despegue..., una hora..., una hora..., despegue...», hasta que morían a lo lejos por el noroeste.

—Me parece que haremos bien en colocarnos en posición —dijo el profesor Maxton—. Vamos a necesitar tiempo para abrirnos paso por entre esta muchedumbre. Dirija una buena mirada a «Alfa», es la última oportunidad que tiene usted.

El locutor estaba hablando de nuevo, pero esta vez sus palabras no iban dirigidas a ellos. Dirk se dio cuenta de que estaba oyendo una parte de las instrucciones radiadas a todo el mundo.

«Todas las estaciones a la escucha dispuestas a disparar. Sumatra, India, Irán..., hágannos conocer sus datos dentro de los quince minutos siguientes.»

A muchas millas en el desierto, algo se elevó chillando por el cielo, dejando detrás un rastro de vapor blanco que hubiera podido ser trazado con una regla. Mientras Dirk observaba la alargada columna láctea, ésta comenzó a retorcerse y a girar, a medida que los vientos de la estratosfera la dispersaban.

—Cohete de ruta —dijo Collins contestando su no formulada pregunta—. Tenemos una cadena de ellos a lo largo de su línea de vuelo, de manera que sabremos presiones y temperaturas hasta el límite de la atmósfera. Un momento antes del lanzamiento el piloto de «Beta» será avisado si hay algo anormal delante de él. Esta es una preocupación que Leduc no tendrá. ¡En el espacio no hay «tiempo»!

A través de Asia, los delgados cohetes, con sus cincuenta kilos de instrumentos, iban subiendo por la estratosfera en su ruta hacia el espacio. Su combustible había quedado agotado a los primeros segundos de vuelo, pero su velocidad era suficiente para llevarlos a cien kilómetros de la Tierra. Mientras se elevaban, alguno bajo la luz del sol, otros en la oscuridad, mandaban a la tierra un chorro continuo de impulsos de radio que serían captados, transformados y retransmitidos a Australia. Más tarde volverían a caer a la Tierra, sus paracaídas florecerían y la mayoría serían recogidos y vueltos a usar. Otros, menos

afortunados, caerían en el mar, o, quizá, acabarían sus días como dioses de alguna tribu de las selvas de Borneo.

El recorrido de las tres millas, siguiendo la atestada y primitiva carretera, requirió cerca de veinte minutos, y más de una vez el profesor Maxton se vio obligado a dar una vuelta por la «tierra de nadie», que él mismo había declarado fuera de límites. La aglomeración de coches y espectadores se hizo más densa todavía cuando llegaron a la marca del kilómetro cinco, que terminaba bruscamente en una barrera de barrotes de madera pintados de rojo.

Allí se había erigido una improvisada tribuna hecha con viejas cajas de embalaje, que estaba ya ocupada por sir Robert Derwent y varios de sus subordinados. Dirk observó con interés que se hallaban presentes también Hassell y Clinton. Se preguntó qué pensamientos debían pasar por sus mentes.

De cuando en cuando el Director-General hacía comentarios ante un micrófono y a su alrededor había un par de transmisores portátiles. Dirk, que había esperado ver baterías de instrumentos, quedó ligeramente decepcionado. Comprendió que todas las operaciones técnicas se desarrollaban en otra parte y que aquello era meramente un puesto de observación.

—Faltan veinticinco minutos —dijo el altavoz—. Los generadores de lanzamiento van a funcionar ahora a pleno rendimiento. Todas las estaciones detectoras de radar y los observatorios de la red general deben estar a la expectativa.

Desde la plataforma inferior podía verse casi toda la pista. A la derecha había la muchedumbre apiñada y detrás de ella los bajos edificios del aeropuerto. El «Prometheus» era claramente visible en el horizonte y de vez en cuando los rayos del sol se reflejaban en sus flancos que relucían como espejos.

—Quince minutos para el despegue...

Leduc y sus compañeros debían estar sentados en sus curiosos asientos esperando sentir el empuje del primer chorro de aceleración. Y, no obstante, era curioso pensar que no tendrían nada que hacer durante una hora, tiempo en que la separación de las dos naves tendría lugar encima de la Tierra. Toda la responsabilidad inicial residía en el piloto de «Beta», que se llevaría muy poca fama por su participación en la maniobra, si bien, de todos modos, no hacía más que repetir lo que había hecho ya una docena de veces.

—Diez minutos para el despegue... Se recuerda a todos los aparatos las instrucciones de seguridad...

Los minutos iban transcurriendo lentamente; una era terminaba y otra iba a comenzar. Y de repente la voz impersonal de los altavoces recordó a Dirk aquella manaba de hacía treinta y tres años en que otro grupo de científicos habían estado esperando también en otro desierto, disponiéndose a poner en libertad las energías que animan los soles.

—Cinco minutos... Todas las cargas eléctricas pesadas deben ser cerradas. Córtense inmediatamente los circuitos domésticos...

Un gran silencio se había hecho súbitamente sobre la muchedumbre; todas las miradas fijas en las relucientes alas que se destacaban sobre

el cielo. Por algún lugar cercano un chiquillo, asustado por el silencio, se echó a llorar.

—Un minuto para... Cohetes de precaución alejados...

A la izquierda del gran desierto vacío se oyó un o *¡Swoosh!»..., y* una quebrada línea de llamas rojas comenzó a seguir lentamente la línea del cielo. Algunos helicópteros que habían estado rondando por allí minuto tras minuto, retrocedieron.

—Control automático de lanzamiento en acción... Señal de tiempo sincronizada... ¡Ya!

Se oyó un «clik» en el momento de cambiar el circuito y por los altavoces se oyó el tenue zumbido de los estáticos alejados. Después resonó por el desierto un rugido que, pese a ser muy conocido, no podía ser más inesperado.

En Westminster, a media Tierra de allá, el Big Ben se disponía a dar la hora.

Dirk miró al profesor Maxton y vio que también él estaba profundamente sorprendido. Pero en los labios del Director-General había una leve sonrisa y Dirk recordó que durante medio siglo los ingleses de todo el mundo habían esperado delante de sus aparatos de radio que aquel ruido brotase de la tierra que quizá no volverían a ver. Tuvo la súbita visión de otros desterrados, en un próximo o un lejano futuro, escuchando desde otros extraños planetas que aquellas campanas resonasen a través de las profundidades del espacio.

Un sordo silencio pareció llenar el desierto en el momento en que las campanas del último cuarto se desvanecieron lanzando su eco en la distancia de un altavoz a otro. Después la campanada de la hora primera resonó en el desierto y sobre el mundo expectante. El circuito del locutor quedó súbitamente cerrado.

Y, sin embargo, nada había cambiado; el «Prometheus» seguía yaciendo en el horizonte como una gran polilla de metal. Entonces, Dirk vio que el espacio entre sus alas y la línea del cielo era un poco menor de lo que había sido, y un momento después pudo ver claramente que la nave aumentaba de tamaño a medida que se acercaba a ellos. Más y más rápidamente, en medio de un absoluto e impresionante silencio, el «Prometheus» avanzaba rápidamente por la pista. Le pareció que había transcurrido sólo un instante cuando lo tuvo delante de él, y por última vez pudo ver la lisa y reluciente superficie de «Alfa» fija en su espalda. Al avanzar la nave por la izquierda hacia el vacío desierto, sólo pudo oír el silbido del aire rasgado. Incluso este silbido fue muy tenue y la catapulta eléctrica no produjo ruido alguno. Y entonces el «Prometheus» fue perdiéndose paulatinamente en la distancia.

Segundos después aquel silencio fue roto por el ruido de mil cataratas precipitándose por un acantilado de mil metros de altura. El cielo pareció temblar. El «Prometheus» se había desvanecido de la vista en una nube de polvo. En el corazón de aquella nube algo ardía con una intolerable brillantez, que el ojo no hubiera podido resistir sin el tamiz del halo.

La nube de polvo fue haciéndose más tenue y el rugido de los chorros quedó atenuado por la distancia. Entonces Dirk pudo ver que el

fragmento de sol que había estado observando con los ojos medio cerrados no seguía ya la superficie de la Tierra, sino que se elevaba lenta y paulatinamente sobre el horizonte. El «Prometheus» estaba libre de su chasis de lanzamiento y trepaba por el vasto circuito como el mundo que lo llevaría al espacio.

La ardiente llama blanca vaciló y se redujo a la nada contra el cielo desierto. Durante algún tiempo, el ruido de los chorros que se alejaban resonó en el cielo hasta que también éstos se perdieron ahogados por el ruido de los aviones.

Ilimitado lo era, infinito podía serlo; pero no era ya virginal. Habiendo franqueado el arrecife de coral, la primera frágil nave navegaba por entre los desconocidos peligros y maravillas del mar libre.

EPILOGO

Dirk Alexson, en otros tiempos profesor de Historia Social de la Universidad de Chicago, abrió el voluminoso paquete con dedos temblorosos. Durante algún tiempo luchó con el complicado envoltorio; finalmente, el libro apareció ante él, limpio e impecable, tal como había salido de la imprenta tres días antes.

Permaneció contemplándolo durante algún tiempo, acariciando la encuadernación con la punta de los dedos. Sus ojos se fijaron en la estantería donde estaban sus otros cinco campaneros. La mayoría de ellos habían esperado cinco años a que se les reuniese aquel último volumen.

El profesor Alexson se levantó y se dirigió a la estantería con el libro entre las manos. Un observador atento hubiera podido notar algo extraño en su forma de andar; tenía una flexibilidad que no hubiera sido de esperar en un hombre de casi sesenta años. Colocó el libro al lado de sus cinco compañeros y permaneció largo rato contemplando la hilera de volúmenes.

La encuadernación y los títulos habían sido cuidadosamente elegidos; había puesto gran minuciosidad en ello y el conjunto era agradable a la vista. Aquellos libros contenían la mayor parte de su vida de trabajo y ahora, que su tarea había terminado se declaraba satisfecho. Y, sin embargo, le producía como un vacío en su espíritu pensar que su obra había terminado.

Cogió el sexto volumen y volvió a su mesa de trabajo. No tenía valor para buscar las erratas, la infelicidad que sabía tenía que existir. En todo caso, bastante temprano se las harían saber.

La encuadernación protestó con un crujido al abrir el volumen y mirar el índice, frunciendo el ceño al ver: «FE DE ERRATAS. Vols. I-V.» Sin embargo, había cometido pocos errores evitables y, por encima de todo, no se había creado enemigos. Algunas veces, durante el último decenio, la cosa no había sido fácil. Algunos de los centenares de hombres cuyos nombres figuraban en el índice final no se habían sentido halagados por sus palabras, pero ninguno de ellos lo había acusado de indebida parcialidad. No creía que nadie pudiese adivinar

cuál de los hombres de la larga e intrincada historia había sido amigo particular suyo.

Volvió al Prefacio, y su mente retrocedió a más de veinte años atrás. Allí yacía el «Prometheus», esperando la hora de su destino. En medio de aquella muchedumbre se encontraba mezclado él, joven todavía, con toda una vida de trabajo delante de él. Y un joven, que si bien entonces no lo sabía, estaba bajo una sentencia de muerte.

El profesor Alexson se acercó a la ventana de su despacho y se asomó a la noche. La vista, hasta entonces, estaba poco obstruccionada por los edificios y esperaba que seguiría así, de forma que pudiese seguir contemplando la salida del sol sobre las montañas a quince millas de la ciudad.

Era medianoche, pero la blanca irradiación que se vertía de aquellas tremendas pendientes daba a la escena una brillantez casi diurna. Sobre las montañas las estrellas brillaban con una luz fija que le parecía todavía extraña. Y más arriba aún...

El profesor Alexson echó la cabeza atrás y contempló con los párpados entornados el blanco mundo cegador sobre el cual no volvería a caminar nunca más. Aquella noche era muy brillante porque casi todo el hemisferio norte estaba envuelto en deslumbradoras nubes. Sólo África y las regiones mediterráneas no estaban obscurecidas. Recordó que bajo aquellas nubes había un invierno; a pesar de que pareciesen tan bellas y brillantes a través de una cuarto de millón de millas de espacio, parecerían tristes y sombrías sobre las tierras sin sol que tenían debajo.

Invierno, primavera, verano, otoño, aquí no tenían significado. Se había despedido de todo esto cuando hizo el trato. Era un trato duro, pero necesario. Se había despedido de olas y nubes, de vientos y arcos iris, de cielos azules y de los largos crepúsculos de las tardes de verano. A cambio había recibido una indefinida promesa de subsistencia.

Recordaba, a través de los años, aquellas interminables discusiones con Maxton, Collins y los demás sobre el significado del vuelo por el espacio para la raza humana. Algunas de sus predicciones se habían realizado, otras no; pero en su caso habían resultado ciertas hasta el final. Matthews tuvo razón cuando dijo, hacía mucho tiempo, que las mayores ventajas que reportaría el vuelo por el espacio serían aquellas que no se habían previsto nunca.

Hacía más de diez años que los especialistas del corazón le habían dado tres años de vida; pero los grandes descubrimientos médicos realizados en la base de la Luna habían llegado a tiempo para salvarlo. Bajo un sexto de gravedad, donde un hombre pesaba menos de quince kilos, un corazón que en la Tierra hubiera fallado podía seguir latiendo todavía durante años. Había incluso la posibilidad, casi aterradora por sus implicaciones sociales, de que la expansión de la raza humana llegase a ser mayor en la Luna que en la Tierra.

Mucho antes de lo que nadie hubiera osado esperar, la astronáutica había dado los más inesperados dividendos. En el interior de la curva que formaban los Apeninos, en la primera de todas las ciudades que jamás fueron fundadas fuera de la Tierra, vivían felices cinco mil

desterrados, libres de la mortal gravedad de su mundo. Con el tiempo reconstruirían todo lo que habían abandonado; ahora mismo la avenida de cedros de Main Street era un símbolo prometedor de la belleza que llegaría a producirse durante los años venideros. El profesor Alexson esperaba vivir los años suficientes para ver la construcción del parque, cuando estuviese terminada la segunda y mucho mayor cúpula que se estaba construyendo a tres millas al norte.

Por toda la Luna la vida vibraba de nuevo. Hacía un millón de años que vaciló y se había extinguido; esta vez no se extinguiría, porque formaba parte de la creciente marea que en pocos siglos habría surgido en los planetas más alejados.

El profesor Alexson acarició con la punta de los dedos la piedra caliza oriunda de Marte, que Victor Hassell le había dado hacía ya muchos años. Un día, si quería, podría ir a aquel extraño y pequeño mundo; pronto habría naves que harían la travesía en tres semanas cuando el planeta estuviese en su punto más cercano. Había cambiado de mundo una vez; podía hacerlo nuevamente, si llegaba a estar tan obsesionado por la vista de la inalcanzable Tierra.

Bajo su turbante de nubes, la Tierra se despedía del siglo veinte. En las iluminadas ciudades, mientras la medianoche giraba alrededor del globo, la gente estaba esperando la primera campanada de la hora que los separaría para siempre del año viejo y el pasado siglo.

Cien años como aquellos no habían transcurrido nunca y difícilmente volverían a transcurrir. Uno tras otro, los diques se habían derrumbado; las últimas fronteras del pensar habían sido barridas. Cuando el siglo alboreó, el hombre comenzó a prepararse para la conquista del aire; cuando moría, estaba reparando sus fuerzas en Marte para el salto a los otros planetas. Sólo Venus lo mantenía todavía a raya, porque no se había construido todavía nave alguna capaz de afrontar las horribles galernas, eternamente desencadenadas, entre el hemisferio iluminado por el Sol y la oscuridad de la Cara Noche. A sólo quinientas millas de distancia las pantallas de radar habían reflejado formas de continentes y mares bajo aquellas nubes tempestuosas, y Venus, no Marte, se había convertido en el enigma del sistema solar.

Mientras se despedía del viejo siglo, el profesor Alexson no sentía ningún pesar; el futuro estaba demasiado lleno de misterios y promesas. De nuevo las orgullosas naves navegaban hacia tierras desconocidas, llevando las semillas de nuevas civilizaciones que en los años venideros sobrepasarían las antiguas. El alud de los nuevos mundos destruiría las sofocantes restricciones que habían envenenado casi medio siglo. Las barreras habían sido rotas y los hombres podían volver sus energías hacia las estrellas en lugar de luchar unos contra otros.

Saliendo de los terrores y los sufrimientos de la Segunda Era Sombría, amaneciendo libre ¡Oh, que pueda ser para siempre! de las sombras de Belsen e Hiroshima, el mundo avanzaba hacia un espléndido amanecer. Al cabo de quinientos años había vuelto el Renacimiento. El alba, que aparecería por encima de los Apeninos al

final de la larga noche lunar, no sería más brillante que la era a la que acababa de dar vida.

FIN